

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Segunda parte

del cap 15 al cap 28

Stanley M Horton

Comentario a Hechos de los Apóstoles Capítulo 15

El concilio de Jerusalén, del cual trata este capítulo, es otro hito importante en la historia de la Iglesia. Los dirigentes de la Iglesia en Jerusalén estuvieron satisfechos con el relato de Pedro sobre la forma en que Dios había aceptado a los gentiles incircuncisos de Cesarea y los había bautizado en el Espíritu Santo. Después, según Gálatas 2:1-10, cuando Pablo visitó Jerusalén y presentó el Evangelio que predicaba en medio de los gentiles, le dieron su aprobación a su mensaje y no exigieron que Tito fuera circuncidado.

Un poco después (Gálatas 2:11-16), cuando Pedro llegó a Antioquía de Siria, disfrutó de la fraternidad de la mesa con los gentiles y comió comida que no era *kosher* (pura) con ellos, como había hecho en la casa de Cornelio. Pero entonces, llegaron algunos creyentes judíos de parte de Jacobo (no enviados oficialmente, sino enviados a ayudar y animar a los creyentes. No obstante, es probable que fueran fariseos convertidos, todavía estrictos en cuanto a que los creyentes judíos debían conservar las costumbres tradicionales. Por miedo a ellos, Pedro dejó de comer con los gentiles y se apartó de su compañía; su ejemplo había afectado a los otros creyentes judíos de Antioquía. Hasta Bernabé se había dejado llevar por esta hipocresía. Por ese motivo. Pablo tomó posición contra Pedro y lo hizo enfrentarse con la hipocresía que significaba lo que estaba haciendo (Gálatas 2:14)

Pablo y Bernabé son enviados a Jerusalén (15:1-5)

"Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos. Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos, se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles y los ancianos, para tratar esta cuestión. Ellos, pues, habiendo sido encaminados por la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria, contando la conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos. Y llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia y los apóstoles y los ándanos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos. Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés".

Más tarde, después de la visita de Pedro, llegaron otros creyentes judíos de nombre desconocido a Antioquía, procedentes de Judea, y fueron un paso más allá. Comenzaron a enseñarles a los hermanos gentiles que a menos que se circuncidaran de acuerdo con el rito de Moisés, no podían ser salvos.

Estos maestros, que más tarde serían llamados "judaizantes", no negaban que aquellos gentiles fueran creyentes bautizados en el Espíritu Santo. Pero la salvación de la que hablaban era la salvación definitiva por la que recibiremos nuestro nuevo cuerpo (en el rapto de la Iglesia) y seremos transformados. (Compare con Romanos 13:11, "Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos.") Como lo indican 1 Juan 3:2; Romanos 8:17, 23, 24 y 1 Corintios 15:57, ya somos hijos de Dios, pero todavía no tenemos todo lo que Él nos ha prometido. Así será hasta que Jesús venga de nuevo y lo veamos tal cual es; entonces nuestro cuerpo será transformado y se convertirá en semejante a su

cuerpo glorificado. La promesa de Dios incluye también nuestro futuro reinado con Cristo y la conversión de la Nueva Jerusalén en nuestro hogar definitivo, así como en el cielo nuevo y la nueva tierra (2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1, 2)

Así que, lo que estos judaizantes decían en realidad era que los creyentes gentiles debían ser circuncidados y someterse al Pacto Antiguo de la Ley de Moisés; de no ser así, no podrían heredar las promesas que aún estaban por venir. Con esto también decían implícitamente que perderían todo lo que ya habían recibido si no se hacían judíos y se circuncidaban.

Este ha sido con frecuencia el clamor de los falsos profetas: Usted perderá su salvación si no acepta nuestra enseñanza favorita. Todavía hay quienes dicen que una persona no es real o totalmente salva a menos que pase por ciertos ritos o ceremonias prescritos. Todos estos no son capaces de reconocer que la salvación es por gracia a través de la fe solamente, como se enseña con claridad en Romanos 10:9, 10 y Efesios 2:8, 9.

Esta enseñanza judaizante provocó no pequeña discusión (perturbación, discordia, acritud) y contienda (interrogatorios) entre ellos (o, con más probabilidad, entre los hermanos) y Pablo y Bernabé. Entonces ellos (los hermanos) dispusieron que Pablo, Bernabé y algunos otros subieran a Jerusalén, a los apóstoles y a los ancianos, para tratar esta cuestión.

Es probable que estos maestros ya hubieran seguido adelante en un intento por difundir sus enseñanzas en las otras iglesias que Pablo había fundado en el sur de la Galacia. Puesto que Pablo tenía que ir a Jerusalén, no podía ir a estas iglesias a ponerlos en su lugar. Así pues, parece evidente que por este tiempo (años 48 y 49 d.C.), el Espíritu lo guiara y lo inspirara a escribir la epístola a los Gálatas.

La iglesia entera salió a encaminar a Pablo, a Bernabé y a los demás por un corto trecho. Con esto, les estaba demostrando que aún se los amaba, se los respetaba y se tenía confianza en ellos, a pesar de las dudas que habían suscitado aquellos maestros judaizantes.

Pablo tomó el camino con rumbo sur a través de Fenicia y de la provincia de Samaria, deteniéndose a visitar a las iglesias a todo lo largo de su trayectoria. En cada lugar, hacía un relato completo de la forma en que los gentiles se estaban convirtiendo al Señor. Esto causaba gran gozo entre todos los hermanos. Aunque compuestas por creyentes judíos en Fenicia y por creyentes samaritanos en Samaria, las iglesias aceptaron toda la Palabra de Dios en medio de los gentiles sin vacilar.

Al hacerles un informe completo, no hay duda de que Pablo incluyera tanto las persecuciones como los milagros. También podemos estar seguros de que les habló del bautismo en el Espíritu Santo y la confirmación de la fe de estos creyentes.

También en Jerusalén la Iglesia les dio la bienvenida, y los apóstoles y ancianos les dieron una recepción favorable. Todos escucharon el informe de lo mucho que Dios había hecho con ellos (junto con ellos, como compañeros de trabajo). Le dieron a Dios toda la gloria; El había estado con ellos; era quien había hecho el trabajo en realidad. (Compare con 1 Corintios 3:5-7.)

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que algunos fariseos convertidos se levantaran en medio de la asamblea de Jerusalén. Con toda fuerza, expresaron su idea de que era (y seguía siendo) necesario circuncidar a los gentiles y mandarles que guardaran (observaran) la Ley de Moisés.

El estudio del asunto (15:6-12)

"Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto. Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la grada del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos

Entonces toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuan grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles".

Después, los apóstoles y los ancianos se reunieron para estudiar el asunto. Sin embargo, no era una reunión cerrada. El versículo 12 indica que había una multitud (muchedumbre) presente.

Al principio hubo mucha discusión, no en el sentido de disensión, sino más bien que hubo muchas preguntas y muchas argumentaciones durante su intento de escudriñar el asunto. Sabiamente, los dirigentes permitían que los presentes presentaran diversos puntos de vista.

Finalmente, después de un largo debate, Pedro se levantó y les recordó que por decisión de Dios, él les había llevado el Evangelio a los gentiles (de Cesarea) y habían creído. Entonces Dios, que veía la fe de su corazón, les dio testimonio de que eran creyentes, dándoles el Espíritu Santo, tal como lo había hecho con todos los creyentes judíos. De esta manera, indicaba que no hacía distinción ni separación entre creyentes gentiles y judíos en forma alguna, "purificando (limpiando) por la fe sus corazones". Es decir, que Dios ya había purificado sus corazones por fe cuando demostró que no había distinción al bautizarlos en el Espíritu Santo. Dicho de otra forma, no eran la circuncisión, ni la obediencia a la Ley de Moisés las necesarias para que Dios diera testimonio de su fe derramando su Espíritu, sino un corazón purificado por esa misma fe.

Después Pedro les preguntó por qué querían tentar a Dios (ponerlo a prueba) echando a un lado lo que Él había hecho y dejado en claro en Cesarea, con lo cual estaban suscitando su ira. Poner un yugo sobre el cuello de estos discípulos gentiles, que ni los judíos cristianos ni sus antepasados judíos habían tenido fuerza para cargar, sería ciertamente poner a prueba a Dios, después de su misericordiosa revelación de Cesarea.

Después terminó declarando que por medio de la gracia del Señor Jesucristo, los discípulos judíos seguían creyendo para seguir siendo salvos, exactamente de la misma manera que los creyentes gentiles. Es decir, por gracia, sin el pesado yugo de la Ley y las ataduras legalistas a las que los animaban los fariseos (quienes eran muy severos en aquellos tiempos). Así era como todos continuaban su relación con Cristo.

Estas palabras de Pedro calmaron a la multitud, que escuchó en silencio mientras Bernabé y Pablo relataban (y explicaban) los muchos prodigios y señales que Dios había hecho entre los gentiles a través de ellos. Con esto querían decir que los milagros mostraban el interés de Dios por ganar a aquellos gentiles para Cristo y solidificarlos en la fe. Como Pablo les escribiría más tarde a los corintios, su predicación no era con palabras persuasivas, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que su fe no estuviera fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Corintios 2:4, 5)

Una palabra de sabiduría (15:13-29)

"Y cuando ellos callaron, Jacobo respondió diciendo: Varones hermanos, oídme. Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos.

Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios, sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre. Porque Moisés desde tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada día de reposo.

Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia, elegir de entre ellos varones y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé: a Judas que tenía por sobrenombre Barsabás, y a Silas, varones principales entre los hermanos; y escribir por conducto de ellos: Los apóstoles y los ancianos y los hermanos, a los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía, en Siria y en Cilicia, salud. Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, a los cuales no dimos orden, os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas, mandando circuncidaros y guardar la ley, nos ha parecido bien, habiendo llegado a un acuerdo, elegir varones y enviarlos a vosotros con nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Así que enviamos a Judas y a Silas, los cuales también de palabra os harán saber lo mismo.

Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis. Pasadlo bien".

Después de que Pablo y Bernabé terminaron de hablar, la multitud esperó hasta que Jacobo rompió el silencio pidiendo que lo oyeran. Pero en esta solicitud habla como hermano, y no como alguien que tuviera autoridad superior. Primeramente llamó su atención hacia lo que Pedro había dicho, llamándolo por su nombre hebreo. Simón (Simeón). Lo resumió diciendo que Dios, en la casa de Cornelio (antes de que fueran salvos otros gentiles), visitó por primera vez a los gentiles (intervino para llevarles bendición) para tomar de ellos (las naciones) un pueblo para su nombre, esto es, un pueblo que honrara su Nombre y fuera suyo.

Entonces, buscó los fundamentos de esto en los profetas, citando Amos 9:11, 12, de la versión griega de los Setenta. Esta difiere de la hebrea porque pone en lugar de Edom, "los hombres" (la humanidad, los seres humanos). En realidad, el hebreo también podría leerse "hombre" (hebreo, adam) en lugar de Edom.

Es evidente también que Jacobo tomó la reedificación del tabernáculo (tienda) caído de David como una profecía paralela a la que habla de que el Mesías surgiría como un renuevo o brote del trono de Isaí y de la raíz de David. Aunque hubiera desaparecido la gloria de David y su reino hubiera caído. Dios levantaría al Mesías de entre los descendientes de David, y restauraría la esperanza, no sólo para Israel, sino para los gentiles que quisieran aceptar a ese Mesías y convertirse en miembros del pueblo de Dios. Esta era, como habían dicho los profetas, la obra del Señor que ha conocido todas estas cosas desde tiempos antiguos, esto es, desde el principio de los tiempos.

La expresión "yo juzgo" (versículo 19) estaría mejor traducida "me parece buena idea". Jacobo no estaba actuando como juez en este momento, ni como el anciano que gobernaba a la Iglesia. En el versículo 28 leemos: "Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros", y no "a Jacobo y a nosotros". En esta situación, Jacobo no era más que un hermano cristiano, un miembro del Cuerpo, que había dado una palabra de sabiduría por decisión del Espíritu (Vea 1 Corintios 12:8, 11).

La Palabra de Sabiduría del Espíritu fue que no se inquietara más a los creyentes gentiles (con más exigencias a su fe y a su conducta). En cambio, debían escribir una carta en la cual se les dijera (orientara a) que se apartaran (abstuvieran) de las contaminaciones de los ídolos (todo lo relacionado con la adoración de ídolos), de la fornicación (los diversos tipos de inmoralidad hetero y homosexual practicadas habitualmente por tantos paganos gentiles), de ahogado (animales matados sin desangrar), y de sangre.

Estas eran las cosas que se les debían pedir a los gentiles, y no con el propósito de colocarlos bajo el peso de una serie de normas. Más bien era por los creyentes judíos y por el bien del testimonio de las sinagogas en cada ciudad en que habían estado por generaciones, desde tiempos antiguos.

Las dos primeras peticiones, apartarse de la contaminación o de las cosas contaminadas de la idolatría y de todas las formas de inmoralidad sexual, eran por el bien del testimonio judío a favor del único Dios verdadero y las altas exigencias morales que surgen cuando se tiene un Dios que es santo. Los gentiles no debían conservar nada que hubiera formado parte de su antiguo culto a los ídolos, ni siquiera como herencia de familia, y aun cuando ahora ya sabían que aquellas cosas carecían de significado y no podían hacer daño. Sus vecinos idólatras lo interpretarían mal y supondrían que el culto a Dios se podía mezclar con el culto o las ideas paganas.

También había que recordarles a los creyentes gentiles las altas normas de moral que Dios exige. Ellos procedían de un fondo cultural en el cual se aceptaba la inmoralidad, e incluso se fomentaba en nombre de la religión. Hizo falta una gran cantidad de enseñanza para lograr que se dieran cuenta de que las cosas que todos los demás hacían estaban mal hechas. Pablo tuvo que tratar en varias de sus epístolas con gran severidad asuntos relativos a problemas de inmoralidad. (Vea Romanos 6:12, 13, 9-23; 1 Corintios 5:1, 9-12; 6:13, 15-20; 10:8; Gálatas 5:19-21; Efesios 5:3, 5; Colosenses 3:5, 6; 1 Timoteo 1:9, 10.)

Las dos solicitudes segundas tenían por objeto promover las relaciones entre los creyentes judíos y los gentiles. Si había algo que le revolvió el estómago a un judío creyente, era comer carne que no hubiera

sido desangrada, o comer sangre. Si se les iba a pedir a los creyentes judíos que cedieran mucho al comer comida que no fuera *kosher* (pura) en las casas de los creyentes gentiles, entonces los creyentes gentiles podían ceder ellos también un poco, y evitar servir y comer aquellas cosas que ningún judío, por mucho tiempo que llevara en su nueva fe, podía soportar en el estómago.

Había un precedente para estas dos últimas peticiones, porque mucho antes de la época de Moisés, bastante tiempo antes de que se diera la Ley, Dios le había dicho a Noé que no comiera sangre porque representaba la vida. La misma restricción en la Ley de Moisés trataba la sangre como tipo que señalaba proféticamente a la sangre de Cristo y mostraba su importancia. Sin embargo, Santiago no habló de esta tipología. Primariamente, la preocupación por la fraternidad entre judíos y gentiles era lo que le interesaba. Este era el tipo de sabiduría del que habla Jacobo en su epístola (Santiago 3:17, 18). Era pura, pacífica, amable y benigna.

Los apóstoles y ancianos, junto con toda la iglesia, pensaron que sería bueno enviar hombres escogidos de entre ellos mismos para que fueran con Pablo y Bernabé a Antioquía a presentar su decisión y su carta. Los escogidos fueron Judas Barsabás y Silas (contracción de Silvano; 2 Corintios 1:19), varones principales de la Iglesia de Jerusalén.

La carta especificaba con toda claridad que la Iglesia de Jerusalén no ordenaba que los creyentes gentiles debían circuncidarse y guardar la Ley. Su decisión de mandar hombres escogidos con sus amados Bernabé y Pablo, había surgido mientras se hallaban reunidos. En otras palabras, la decisión había sido unánime. Además, tanto Bernabé como Pablo eran hombres amados por ellos. Así se los recomendaban a los creyentes gentiles de Antioquía como hombres que habían expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo (es decir, por todo lo que su nombre significa: su amor, su salvación, su grada, su persona, etc).

Judas y Silas confirmarían personalmente todo aquello. Sólo se les pedirían las cosas necesarias, que les habían parecido bien al Espíritu y a los creyentes de Jerusalén. Si se guardaban de aquellas cosas, harían bien. "Pasadlo bien" se traduciría literalmente "fortaleceos", pero se había convertido en una frase común usada al final de una carta para despedirse.

El regocijo en Antioquía (15:30-35)

"Así, pues, los que fueron enviados descendieron a Antioquía, y reuniendo a la congregación, entregaron la carta; habiendo leído la cual, se regocijaron por la consolación. Y Judas y Silas/ como ellos también eran profetas, consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras. Y pasando algún tiempo allí, fueron despedidos en paz por los hermanos, para volver a aquellos que los habían enviado. Mas a Silas le pareció bien el quedarse allí. Y Pablo y Bernabé continuaron en Antioquía, enseñando la palabra del Señor y anunciando el evangelio con otros muchos".

Cuando Pablo y sus acompañantes llegaron y le leyeron la carta a toda la multitud de los creyentes de Antioquía, ellos (todo el Cuerpo) se regocijaron grandemente por la consolación (aliento, exhortación).

Está claro que Pablo había aceptado la decisión del Concilio de Jerusalén, y le producía regocijo.

Entonces, Judas y Silas hicieron más que limitarse a confirmar lo que decía la carta. Eran profetas (voceros de Dios, usados por el Espíritu Santo en el don de profecía para la edificación, exhortación y consuelo o aliento de los creyentes). Por el Espíritu, consolaron (animaron y exhortaron) a los hermanos con muchas palabras (dadas por el Espíritu). Por medio de esas palabras, los confirmaron (apoyaron, sostuvieron). Es decir, les dieron sólidos alientos para que olvidaran las discusiones de los judaizantes y mantuvieran su fe en Cristo y en el Evangelio que habían recibido, el Evangelio de la salvación por gracia a través de la fe sola (fuera de las obras de la Ley), tal como Pablo afirma claramente en sus epístolas a los Romanos y los Gálatas.

Después de algún tiempo, los hermanos (los creyentes de Antioquía) despidieron en paz (y deseo de bienestar) a Judas y a Silas, para que regresaran a quienes los habían enviado, esto es, a toda la Iglesia de Jerusalén, como aparece en griego. Judas Barsabás regresó, pero Silas prefirió quedarse.

Pablo y Bernabé se quedaron también en Antioquía para enseñar y predicar el Evangelio junto con muchos otros; el Señor había suscitado muchos otros maestros y personas dedicadas a difundir el Evangelio en aquella iglesia aún creciente. Entre ellos es posible que hubiera algunos otros que llegaron

desde Jerusalén y desde otros lugares. Pero, sin duda, la mayoría eran personas de la asamblea local. También ellos estaban entrando en la obra del ministerio para la edificación (construcción) del Cuerpo de Cristo. Pablo escribiría más tarde que todos los santos (todos los creyentes consagrados) debían recibir ministerio de Cristo para que fuera edificado su Cuerpo (Efesios 4:12, 15, 16).

La separación de Pablo y Bernabé (15:36-41)

"Después de algunos días. Pablo dijo a Bernabé: Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están. Bernabé quería que llevasen consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos; pero a Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfília, y no había ido con ellos a la obra. Y hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro; Bernabé, tomando a Marcos, navegó a Chipre, y Pablo, escogiendo a Silas, salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor, y pasó por Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias".

Después de algunos días (lo cual podía significar una cantidad considerable de tiempo). Pablo le sugirió a Bernabé que se fueran a visitar a los hermanos de las iglesias fundadas durante el primer viaje misionero en Chipre y en el sur de la Galacia. A través de todo su ministerio. Pablo siempre mantuvo un amor y una preocupación que lo mantenían orando por las iglesias y los creyentes a los que les había ministrado. Sus epístolas son evidencia de ello.

Cuando Bernabé decidió que quería llevar consigo a Juan Marcos, Pablo no estimó que fuera digno de ello. Marcos los había dejado plantados en un momento importante, cuando ellos lo necesitaban para la obra. Evidentemente, Pablo no creía que fuera bueno llevar a aquellas iglesias jóvenes a una persona que pudiera no ser buen ejemplo en cuanto a fe y diligencia. Sin embargo, Bernabé estaba decidido a darle otra oportunidad a su primo.

Tanto Pablo como Bernabé tenían tan fuertes sentimientos con respecto a esto, que se sintieron irritados por un tiempo, quizá incluso indignados. El griego indica que hubo sentimientos fuertemente heridos entre ellos. Pero no permitieron que esto fuera obstáculo para la obra del Señor; terminaron estableciendo un acuerdo pacífico. Decidieron que lo mejor era separarse y dividirse la responsabilidad de visitar y animar a los creyentes. Así fue como Bernabé tomó consigo a su primo Marcos y se fue a Chipre a visitar las iglesias fundadas en la primera parte del primer viaje. Esto era sabido, porque Chipre era territorio familiar para Marcos. Allí, había sido fiel. Era mejor llevarlo de nuevo a la región donde había tenido éxito.

Se ve que Bernabé tuvo razón en querer darle a Marcos una segunda oportunidad, en el hecho de que Pablo le pediría más tarde a Timoteo que le llevara consigo a Marcos porque le era útil para el ministerio (2 Timoteo 4:11). Marcos estaba también con Pedro cuando éste visitó Babilonia (1 Pedro 5:13). La tradición primitiva también dice que Marcos escribió la predicación de Pedro en su evangelio. Así que tenemos que agradecerles tanto a Bernabé como a Pedro que Marcos llegara a una situación en la que el Espíritu Santo lo pudiera dirigir y le pudiera inspirar la redacción del segundo evangelio.

Pablo escogió a Silas, quien era un creyente maduro, un profeta que ya había sido usado por el Espíritu para exhortar y animar a las iglesias. Silas sería un excelente ayudante para Pablo en su esfuerzo por animar a las iglesias del sur de la Galacia, que se hallaban en un ambiente sumamente difícil.

Puesto que Silas era un miembro distinguido de la iglesia de Jerusalén, esto también ayudaría a demostrar ante las iglesias de la Galacia la unidad entre Pablo y los dirigentes de Jerusalén, y de esta manera terminaría de liquidar las discusiones de los judaizantes. También era una buena ayuda que Silas fuera ciudadano romano, al igual que Pablo. (Vea Hechos 16:37, 38).

Entonces, los hermanos de Antioquía los liberaron y los encomendaron otra vez a la gracia de Dios. Así fue como tomaron el camino a través de Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias. Estas serían las asambleas que había en ciudades situadas al norte de Antioquía en Siria y en Tarso, la ciudad natal de Pablo, en Cilicia.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 16

Desde la Cilicia, Pablo y Silas se dirigieron a los montes del Tauro, que atravesaron por un famoso paso llamado "las Puertas Cilícicas". Caminando en esa dirección, llegarían primero a Derbe y después a Listra.

La elección de Timoteo (16:1-5).

"Después llegó a Derbe y a Listra; y he aquí, había allí cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego; y daban buen testimonio de él los hermanos que estaban en Listra y en Iconio. Quiso Pablo que éste fuese con él; y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellos lugares; porque todos sabían que su padre era griego. Y al pasar por las ciudades, les entregaban las ordenanzas que habían acordado los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén, para que las guardasen. Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día".

En Listra, Pablo conoció un joven discípulo llamado Timoteo. Su madre era una judía creyente llamada Eunice. Su abuela Loida también era una gran creyente. (Vea 2 Timoteo 1:5; 3:14, 15.) Sin embargo, su padre era griego, probablemente miembro de una familia prominente y rica, pero según se ve, inconverso aún.

Afortunadamente, la fe y la educación recibidas de su madre y su abuela tuvieron más efecto en el joven Timoteo que la falta de fe de su padre. Ellas lo habían educado en las Escrituras desde su más tierna niñez. Entonces, cuando aceptó a Cristo, hizo grandes progresos en la vida cristiana. El versículo 2 quiere decir que daban testimonio de él los hermanos creyentes de Listra y de Iconio, el pueblo cercano. Esto significa claramente que Dios le había dado ministerio espiritual en ambas ciudades y que tanto su vida como su ministerio eran una bendición para las asambleas de aquellos lugares.

También es probable que se hubiera convertido bajo el ministerio de Pablo durante una de sus visitas anteriores a Listra. No obstante, cuando Pablo lo llamó "hijo mío" más tarde, es probable que estuviera usando el término "hijo" para querer decir "discípulo", así como compañero de labores más joven. (Vea 1 Timoteo 1:2, 18; 2 Timoteo 1:2.)

Pablo quiso llevarse a Timoteo de la iglesia de Listra para prepararlo mejor, y también para que ayudara en el ministerio de sus viajes misioneros. Pero cuando decidió hacerlo, también hizo algo muy poco frecuente. Circuncidó a Timoteo. En Gálatas 2:3-5, Pablo insiste en que los dirigentes de Jerusalén no exigieron que Tito fuera circuncidado. Entonces, ¿por qué circuncidar a Timoteo?

Tito era gentil. Circuncidarlo hubiera sido ceder ante los judaizantes, que decían que los gentiles debían hacerse judíos para guardar su salvación. Sin embargo, Timoteo había sido criado en las tradiciones judías por su madre y su abuela, que eran judías. Todavía en el día de hoy, los judíos aceptan a una persona como judía si su madre lo es, aunque su padre sea gentil. Comprenden, y con toda razón, que la madre es la que tiene mayor influencia en los valores y las actitudes religiosas de un niño. Podemos estar seguros de que los judíos del tiempo de Pablo también considerarían judío a Timoteo.

Pablo todavía iba primero a los judíos en todas las ciudades nuevas que visitaba. Si él hubiera llevado un judío incircunciso a una sinagoga, hubiera sido lo mismo que llevar a un traidor dentro del campamento de un ejército. Hubiera sido algo intolerable para los judíos: ninguno de ellos lo hubiera escuchado. Por tanto, Pablo tomó a Timoteo y lo circuncidó pensando en el bien de su testimonio ante su propio pueblo.

Quizá 1 Corintios 9:20-23 nos dé un poco más de comprensión con respecto a la manera de pensar de Pablo. El no iba contra las normas culturales del pueblo al que le ministraba, a menos que fueran inmorales o idólatras. De esta forma, lo supeditaba todo a la promoción del Evangelio y a la salvación de las almas. Todos sabían que el padre de Timoteo era griego, así que Pablo tuvo que confirmar la herencia judía de Timoteo antes de que pudieran seguir adelante. En 1 Timoteo 4:14 indica que los ancianos de la asamblea local aceptaron esto, oraron por Timoteo y lo enviaron con su bendición.

Pablo, Silas y Timoteo, mientras atravesaban el sur de la Galacia, iban entregando copias de las ordenanzas o regulaciones escritas en la carta de Hechos 15 para que los creyentes gentiles las guardaran. Reconocían estas normas como algo decidido por los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén. Pero también podemos estar seguros de que le habían prestado atención a lo que dice Hechos 15:28: "Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros."

La consecuencia fue que las inquietantes enseñanzas de los judaizantes fueron contrarrestadas. Lo que había sido un problema crítico, ya no era amenaza ni causa de división; todos aceptaron la decisión del Concilio de Jerusalén. Sin duda, la epístola a los Calatas había ayudado a preparar el camino para esto.

Entonces, las asambleas que había en las diversas ciudades eran todas confirmadas, no sólo en fe, sino en la fe; es decir, crecían en la comprensión de la verdad del Evangelio y en la obediencia a sus enseñanzas y preceptos. Debido a esto, las asambleas siguieron creciendo, aumentando en número día tras día.

El llamado a Macedonia (16:6-10).

"Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió. Y pasando junto a Misia, descendieron a Troas. Y se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos. Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio".

Después de que Pablo y sus acompañantes atravesaron la región de Frigia y Galacia, hubiera sido lógico seguir adelante a la provincia romana de Asia. Éfeso, su gran ciudad, era un verdadero reto. Pero aún no era el momento dispuesto por Dios. El Espíritu Santo les había prohibido ya hablar la Palabra en Asia. La Biblia no dice cómo lo hizo. Puede que lo haya hecho por medio de una palabra de sabiduría dada a alguien de entre los acompañantes de Pablo, o quizá a algún creyente lleno del Espíritu de alguna de las iglesias.

Puesto que se les había prohibido entrar en Asia, se movieron hacia el norte, a lo largo de la frontera oriental de la Misia e hicieron el intento de entrar a Bitinia, situada al nordeste a lo largo del mar Negro. Pablo nunca fue capaz de sentarse con los brazos cruzados cuando no sabía dónde lo quería Dios o qué quería que hiciera después. Siempre estaba consciente del peso misionero que había sido depositado sobre él. Así que cuando el Espíritu le impedía ir en una dirección, tomaba un paso en otra, y confiaba en que el Espíritu confirmaría o impediría aquella dirección también.

Nuevamente, el Espíritu no quiso dejarlos entrar en Bitinia. Sólo les quedaba una dirección, así que la tomaron, volviéndose hacia el oeste con rumbo a Troas. Para hacer esto, tenían que pasar a través de la Misia. Pero el griego dice literalmente que siguieron de largo. Es decir, no se les dio permiso para ministrar en la Misia tampoco, y pasaron de largo en lo que a la predicación del Evangelio respecta.

Es de pensar lo que ha de haber significado esto para el apóstol Pablo, que decía: "¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!" (1 Corintios 9:16). Qué carga tan fuerte ha de haber sentido mientras pasaba una ciudad y luego otra, y la prohibición de predicar la Palabra seguía en pie. Sin embargo, por haber sido obediente, Dios lo llevó a Troas cuando lo quería en aquel lugar.

En Troas, ciudad portuaria de la Misia, situada en el mar Egeo frente a Macedonia, tuvo lugar otro suceso trascendental para el ministerio y los viajes misioneros de Pablo. Si hubiera ido a Bitinia, es posible que hubiera continuado hacia el este y nunca hubiera ido a Grecia o a Roma. Pero Dios quería establecer nuevos centros en Europa. Serían otros apóstoles y creyentes los encargados de tomar rumbo este.

El llamado hacia el oeste fue muy claro en una visión nocturna que tuvo Pablo, en la que un macedonio (pagano) estaba en pie, rogándole que cruzara a Macedonia para ayudarlos. De inmediato, Pablo y sus acompañantes (entre los cuales se hallaba ya Lucas) buscaron la forma de partir para Macedonia, dando por cierto que Dios los había llamado a predicarles el evangelio a los habitantes de aquel lugar.

Una puerta abierta en Filipos (16:11-15).

"Zarpando, pues, de Troas, vinimos con rumbo directo a Samotracia, y el día siguiente a Neápolis; y de allí a Filipos, que es la primera ciudad de la provincia de Macedonia, y una colonia; y estuvimos en aquella ciudad algunos días. Y un día de reposo salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido. Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Y cuando fue bautizada, y

su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos".

Un barco de vela los llevó en una travesía de dos días con un recorrido de unos 225 kilómetros a Neápolis, el pueblo que era puerto de Filipos, con una parada en la montañosa isla de Samotracia. El viento debe haber sido muy favorable. Más tarde, el viaje en sentido contrario les llevaría cinco días (Hechos 20:6).

Filipos, ciudad llamada así en honor del padre de Alejandro Magno, era una gran urbe de la primera división de la provincia romana de Macedonia, al norte de Grecia. La ciudad era también una "colonia" romana. Esto es, los romanos habían establecido en ella una guarnición de soldados romanos que eran ciudadanos de Roma y seguían las leyes y las costumbres romanas. Era una ciudad importante también porque estaba situada en el extremo oriental del famoso camino romano llamado Vía Egnatia.

No había sinagoga judía en la ciudad, lo que quiere decir que no tenía los diez hombres judíos necesarios para que hubiera una. Probablemente, después de preguntar, supieron que había un lugar de oración a kilómetro y medio de la puerta de la ciudad, en la ribera del Gangites. Fueron a sentarse allí y se dedicaron a hablarles al grupo de mujeres que se reunían en aquel lugar.

Una de ellas. Lidia, era una rica mujer de negocios, vendedora de ropa teñida con púrpura. Era una gentil temerosa de Dios, procedente de Tiatira, en la provincia romana de Asia, ciudad famosa por sus tinturas. Escuchó atentamente a Pablo. Muy pronto, el Señor le abrió el corazón para que les prestara toda su atención a las cosas que Pablo decía. La consecuencia fue que creyó en el Evangelio y fue bautizada en agua, junto con toda su casa, esto es, sus empleados y sirvientes. Gracias a su influencia, ellos también creyeron, y se convirtieron así en el primer cuerpo de creyentes de Europa.

Esto ocurrió durante un cierto período de tiempo. Al ganar a su casa para el Señor, Lidia demostraba su propia fidelidad a Él. Fundada en esto, les rogó a Pablo y a todos los que lo acompañaban que hicieran de su gran residencia su casa y su centro de actividad. Así se mantuvo rogándoles, hasta que finalmente lo hicieron.

La expulsión de un demonio (16:16-18).

"Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos, adivinando.

Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación. Y esto lo hacía por muchos días; mas desagradando a Pablo, éste se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora".

Un día, cuando Pablo, Silas, Timoteo y Lucas se dirigían al lugar de oración, una esclava poseída por un demonio les salió al encuentro. El texto griego dice que tenía un espíritu de ventriloquismo. Es decir, que un espíritu demoníaco la usaba sin contar con ella misma, para hablar a través de ella y practicar la adivinación. El griego también la llama "pitonisa". La serpiente pitón era el símbolo del dios griego Apolo. Sus maestros afirmaban que la voz que predecía el futuro a través de ella era la de Apolo. Este tipo de adivinación les producía gran ganancia (mucho dinero) a sus amos. Esto también podría querer decir que la usaban para atraer gente a otros negocios que tenían.

Esta esclava se mantuvo siguiendo a Pablo y a sus compañeros, dando voces, prácticamente chillando en voz muy aguda una y otra vez: "Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación." Siguió haciéndolo durante muchos días. Es decir, no lo hacía continuamente, sino que durante un tiempo, todos los días, los seguía, gritando siempre lo mismo.

Los gritos y los chillidos de la esclava deben haber atraído mucho la atención. Por supuesto que sirvieron para que toda la ciudad se enterara de que Pablo y sus acompañantes se hallaban allí. Pero no era el tipo de testimonio que le da una verdadera gloria a Dios, ni tampoco proclamaba toda la verdad. Pablo sentía un gran desagrado con sus desagradables chillidos. En realidad, aquello se convirtió en una gran molestia para él, y sin duda sintió que estaba obstaculizando la obra del Señor. Finalmente, se volvió y le habló, no a la mujer, sino al espíritu maligno, ordenándole en el nombre (la autoridad) de Jesucristo que saliera de ella. En esto, seguía el ejemplo de Jesús, que también les hablaba directamente a

los demonios que poseían a las personas. En aquella misma hora salió de ella, lo cual quiere decir que fue inmediatamente.

Pablo y Silas en la prisión (16:19-26).

"Pero viendo sus amos que había salido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas, y los trajeron al foro, ante las autoridades; y presentándolos a los magistrados, dijeron: Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos. Y se agolpó el pueblo contra ellos; y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron azotarles con varas. Después de haberles azotado mucho, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad. El cual, recibido este mandato, los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo. Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían. Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron".

Los amos de la esclava se sintieron furiosos cuando vieron que se había ido la esperanza de sus ganancias. Por esto, prendieron a Pablo y Silas y los trajeron (empujaron) hasta el foro (la plaza del mercado, en griego, agora), presentándolos a los magistrados, es decir, a los dos pretores o magistrados principales romanos de la ciudad.

En su acusación no mencionaron la razón real por la que habían llevado a Pablo y Silas allí. En cambio, los llamaron judíos revoltosos, y dijeron que estaban proclamando cosas que no les era lícito a los romanos aceptar ni practicar. Aunque el judaísmo era una religión legal en el Imperio Romano, sólo había hacia ella una cierta tolerancia por parte de la gente, y el gobierno no la miraba con agrado alguno.

El pueblo estaba dispuesto para creer que los judíos podían ser revoltosos. Esta acusación agitó a la multitud que se hallaba en el foro, y se fue agolpando hasta casi amotinarse. Entonces los jefes de los magistrados, para satisfacer a las masas, les rasgaron las ropas a Pablo y Silas y ordenaron que fueran azotados con varas, un castigo muy ordinario de los romanos. (Vea 2 Corintios 11:25.)

Después de muchos golpes, los magistrados hicieron que los echaran en la cárcel y le ordenaron al carcelero que los guardase con seguridad. Para asegurarse de que no pudieran escapar, el carcelero lo tiró entonces a la prisión más interior y les aseguró los pies en el cepo, con las piernas dolorosamente separadas, para que no pudieran moverlas.

Después de todo este rudo tratamiento, ser colocados en una posición tan incómoda debe haber sido sumamente doloroso. Es muy probable que la prisión de más adentro fuera húmeda, fría e infestada de insectos. Sin embargo, Pablo y Silas no se quejaron. Podemos estar seguros de que tampoco se sentían con ganas de cantar en estas circunstancias. No obstante, se pusieron a orar y a cantar himnos a Dios. Sin duda, mientras lo hacían, Dios los iba llenando con un sentimiento de paz y de victoria.

Alrededor de la medianoche, Pablo y Silas estaban todavía orando y cantando, mientras el resto de los prisioneros los escuchaban. De pronto, un gran terremoto sacudió los cimientos de la cárcel. Mientras se sacudían las paredes, todas las puertas se abrieron y todas las cadenas de los prisioneros se soltaron (es probable que estuvieran atadas a las paredes).

La conversión del carcelero (16:27-34).

"Despertando el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada y se iba a matar, pensando que los presos habían huido. Mas Pablo clamó a gran voz, diciendo: No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí. El entonces, pidiendo luz, se precipitó adentro, y temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas; y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa. Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; en seguida se bautizó él con todos los suyos. Y llevándolos a su casa, les puso la mesa; y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios".

El terremoto despertó al carcelero. Parece que de inmediato se apresuró a ir a la cárcel, vio que todas las puertas estaban abiertas y se precipitó a suponer que todos los prisioneros habían escapado. Conocía la

pena que recibiría si era así. Antes de enfrentarse al juicio, la vergüenza y la muerte deshonrosa que le esperaba, sacó la espada con la intención de suicidarse.

Desde las profundas tinieblas de la celda. Pablo pudo ver lo que el carcelero estaba haciendo, aunque éste a su vez no podía divisar nada dentro de la celda. De inmediato le gritó que no se hiciera daño, porque todos los prisioneros se hallaban allí todavía.

Después de pedir luz, el carcelero se precipitó dentro de la cárcel. Temblando de miedo, se postró ante Pablo y Silas. O sea, se sintió totalmente dominado por el temor y el pavor por lo que había sucedido.

Entonces, recobrando su compostura, sacó a Pablo y a Silas de la prisión y les preguntó qué debía hacer para ser salvo. Esta pregunta podría sonar extraña en labios de un romano pagano. Pero debe haber recordado las palabras del espíritu ventrilocuo que había poseído a la esclava. Aquellos hombres le podían dar a conocer el camino de la salvación.

La respuesta de Pablo fue sencilla: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa." Con esto. Pablo no quiso decir que toda la casa del carcelero sería salva simplemente porque él lo fuera. Sin embargo. Pablo quería que el carcelero supiera que la oferta no se limitaba a él, sino que el mismo tipo de fe le llevaría salvación a todo el que creyera. Indudablemente, pudo ver que el terremoto y sus consecuencias los habían afectado a todos. Quería verlos salvos a todos, y no sólo a uno.

Entonces Pablo y Silas les hablaron la Palabra del Señor (el Evangelio) a él y a todos los que estaban en su casa. De esta manera les explicaron a todos lo que significaba creer en Jesús y ser salvo.

Después, el carcelero tomó a los apóstoles y les lavó las heridas (producto de los azotes), y de inmediato, se bautizó con todos los suyos. Es probable que se hiciera esto en una piscina en el patio de su casa. A continuación, volvió a entrar a los apóstoles en la casa y dispuso ante ellos una mesa repleta de comida. En aquellos momentos, toda su casa estaba repleta de gozo, porque habían creído en Dios con una fe que era fuerte y perseverante.

Algunos escritores tratan de usar este pasaje como argumento a favor del bautismo de infantes, puesto que toda la casa del carcelero fue bautizada en agua. Sin embargo, cuando examinamos más cuidadosamente el pasaje, es fácil ver que todos los miembros de su casa oyeron la Palabra de Dios, todos creyeron y todos estaban llenos de regocijo. Se ve claramente que no había infantes en el grupo. Es posible que el carcelero no tuviera hijos pequeños. En realidad, era el "gobernador" de la cárcel y probablemente fuera de bastante edad cuando fue nombrado para el cargo. También es probable que la costumbre romana no considerara a los bebés o a los niños pequeños como parte de la casa hasta que alcanzaran cierta edad.

El gozo era tan grande, que podríamos traducir diciendo que estaban "saltando de gozo". Lucas no lo dice todo siempre. Podemos estar seguros de que parte del motivo de tan grande gozo era el hecho de que también fueron bautizados en el Espíritu Santo y hablaron en otras lenguas, como lo hicieron los primeros creyentes en el día de Pentecostés (Hechos 2:4) y en la casa de Cornelio. Al fin y al cabo, ¿iba Dios a hacer menos a favor de estos creyentes, que a favor de Cornelio?

La liberación de Pablo y Silas (16:35-40).

"Cuando fue de día, los magistrados enviaron alguaciles a decir: Suelta a aquellos hombres. Y el carcelero hizo saber estas palabras a Pablo: Los magistrados han mandado a decir que se os suelte; así que ahora salid, y marchaos en paz. Pero Pablo les dijo: Después de azotarnos públicamente sin sentencia judicial, siendo ciudadanos romanos, nos echaron en la cárcel, ¿y ahora nos echan encubiertamente? No, por cierto, sino vengan ellos mismos a sacarnos. Y los alguaciles hicieron saber estas palabras a los magistrados, los cuales tuvieron miedo al oír que eran romanos. Y viniendo, les rogaron; y sacándolos, les pidieron que salieran de la ciudad. 4tl Entonces, saliendo de la cárcel, entraron en casa de Lidia, y habiendo visto a los hermanos, los consolaron, y se fueron".

Es probable que el regocijo continuara todo el resto de la noche. Hubiera sido difícil dormir después de experiencias así. Por la mañana, los magistrados enviaron oficiales de los llamados alguaciles o lictores, que eran ayudantes u ordenanzas, con el mensaje para el carcelero de que dejara marchar a Pablo y a Silas. El carcelero se lo comunicó a ellos y les dijo que salieran de la cárcel y se marcharan en paz.

Sin embargo. Pablo sabía que la multitud seguía teniendo una idea errónea sobre ellos, y también sobre los judíos y los cristianos. Por lo tanto, se negó a escabullirse fuera de la cárcel, como un delincuente apaleado. Los magistrados los habían golpeado en público, sin nada que se pareciera a un juicio, aunque eran ciudadanos romanos, y los habían echado a la cárcel públicamente. ¿Acaso ahora iban a sacarlos en secreto de ella? Que fueran personalmente y los sacaran. De esta forma, la ciudad sabría que las acusaciones eran falsas y que Pablo y Silas habían sido restaurados a una buena posición dentro de la comunidad.

Cuando se les informó de esto a los magistrados, supieron que habían hecho mal en ceder ante la insistencia de la muchedumbre sin interrogar a Pablo y a Silas. También sintieron temor, porque los ciudadanos romanos tenían el derecho de ser juzgados antes de recibir castigo, y este derecho no podía ser pasado por alto impunemente. También sabían lo que les podía suceder si Pablo y Silas presentaban su queja ante el gobierno de Roma. De manera que llegaron muy humildemente y les rogaron (que no presentaran ninguna acusación en contra de ellos). Después, los sacaron del recinto de la cárcel públicamente. (Pablo y Silas habían regresado de la casa del carcelero a la cárcel propiamente dicha.)

Después, los magistrados les pidieron que salieran de la ciudad. Esto no se debía a que no estuvieran dispuestos a permitir que se predicara el Evangelio en Filipos. Se debe a que tenían miedo de que Pablo y Silas cambiaran de forma de pensar. O quizá tuvieran el temor de que las simpatías del pueblo se volvieran ahora a favor de Pablo y Silas y en contra de ellos. Por esto, les pidieron a los apóstoles que se fueran, por el bien de la paz en la ciudad. También podemos estar seguros de que ya no se persiguió más a los creyentes mientras estos magistrados estuvieron en el poder.

Antes de salir de la ciudad. Pablo y Silas fueron a la casa de Lidia, donde un gran patio (o aposento alto) estaba lleno de creyentes que se habían reunido sin duda para orar por ellos. Después de verlos y de consolarlos, los apóstoles abandonaron la ciudad.

Es evidente en este momento que Lucas no se marchó con ellos. El siguiente capítulo (17:14) señala que Timoteo sí lo hizo. Pero Lucas ya no sigue hablando en "nosotros". Es evidente que se quedó en Filipos para seguir dándole ánimo y enseñanza a la asamblea del lugar. Todavía se hallaba en Filipos en Hechos 20:6.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 17

Pablo, Silas y Timoteo, después de salir de Filipos, tomaron rumbo oeste, por la Vía Egnatia. Los dos poblados siguientes, de un tamaño regular, cada uno de ellos a un día de viaje, al parecer no tenían sinagoga judía. De manera que recorrieron ciento sesenta kilómetros desde Filipos hasta Tesalónica, la ciudad más importante de la Macedonia antigua, y todavía hoy una ciudad notable. Había sido fundada en el año 315 a.C., y su fundador, Casandro, le había puesto este nombre en honor de su esposa, que era medio hermana de Alejandro Magno.

Los Judíos primero (17:1-9)

"Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él es el Cristo. Y algunos de ellos creyeron, y se juntaron con Pablo y con Silas; y de los griegos piadosos gran número, y mujeres nobles no pocas. Entonces los judíos que no creían, teniendo celos, tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, y juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo. Pero no hallándolos, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, gritando: Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; a los cuales Jasón ha recibido; y todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús. Y alborotaron al pueblo y a las autoridades de la ciudad, oyendo estas cosas. Pero obtenida fianza de Jasón y de los demás, los soltaron".

Nuevamente Lucas nos hace fijar la atención en la costumbre que tenía Pablo de ir primero a los judíos para aprovechar su fondo cultural y las oportunidades de enseñar que le daban en la sinagoga. Durante

tres sabbaths consecutivos. Pablo les predicó, siguiendo sin duda el mismo esquema que en Antioquía de Pisidia (Hechos 13:16-41). Como siempre, abrió las Escrituras que profetizaban sobre el Mesías, explicándolas en todo detalle. Es decir, las exponía de tal manera que mostraban con claridad que el propósito de Dios con respecto al Mesías era que sufriera y se levantara de nuevo de entre los muertos. Como lo había hecho también en Antioquía, les demostraba que ninguna de estas profecías se podía aplicar a nadie, sino a Jesús. Por tanto, "este Jesús" es verdaderamente el Mesías, el Cristo, el Profeta, Sacerdote y Rey ungido por Dios.

Algunos de los judíos creyeron (se convencieron de que Jesús es el Mesías y obedecieron al Evangelio, de manera que fueron bautizados en agua y en el Espíritu Santo). Estos se unieron a Pablo y a Silas. También lo hizo un gran número de griegos piadosos, entre los cuales había un buen número de esposas de hombres importantes de la ciudad. De esta forma, el número de gentiles convertidos fue mucho mayor que el de judíos creyentes.

En 1 Tesalonicenses 2:1-13 aparece una descripción más detallada del ministerio de Pablo y Silas en estos momentos. Su predicación y su ministerio fueron muy eficaces. Aunque fueron tratados en forma ultrajante en Filipos, esto no los hizo tímidos ni miedosos. En Tesalónica predicaron de una forma abierta, libre y valiente, con la pureza de intención característica de los siervos de Jesucristo. También fueron delicados con los nuevos convertidos, a los que les manifestaron todas las formas de amor y cuidado posibles. Sin embargo, se mantuvieron firmes en sus exigencias de justicia y los animaron a todos a vivir de una manera digna del Dios que los había llamado a su propio reino y su propia gloria.

Los judíos que rechazaron el mensaje de Pablo, se sintieron frustrados muy pronto, por el número cada vez mayor de gentiles que estaban aceptando el Evangelio. Estos judíos se rebelaron contra lo que Dios estaba haciendo, y llegaron a prohibirles a Pablo y a su compañía (obstaculizarles, evitar que lo hicieran) hablarles a los gentiles con vistas a su salvación (1 Tesalonicenses 2:14-16).

Cuando vieron que los gentiles seguían respondiendo al Evangelio y no les prestaban atención, estos judíos incrédulos se dedicaron a instigar un tumulto. Primeramente, tomaron consigo a un grupo de ociosos de la plaza del mercado que siempre estaban dispuestos a unirse a cualquier agitador que apareciera. Después, con su ayuda, reunieron una multitud y prepararon un alboroto que llevó al pánico a toda la ciudad. Entonces, fueron a casa de Jasón y, tomándolo por sorpresa, trataban de sacar a Pablo y Silas a donde estaba el populacho. Evidentemente, la noticia ya les había llegado a los apóstoles, y se habían marchado de allí para dirigirse a otro lugar de la ciudad.

Como Pablo y Silas no se hallaban allí, la muchedumbre arrastró a Jasón y a algunos de los demás creyentes ante los gobernantes (politarcas). Eran cinco o seis, y eran los magistrados principales de la ciudad.

Mesías, explicándolas en todo detalle. Es decir, las exponía de tal manera que mostraban con claridad que el propósito de Dios con respecto al Mesías era que sufriera y se levantara de nuevo de entre los muertos. Como lo había hecho también en Antioquía, les demostraba que ninguna de estas profecías se podía aplicar a nadie, sino a Jesús. Por tanto, "este Jesús" es verdaderamente el Mesías, el Cristo, el Profeta, Sacerdote y Rey ungido por Dios.

Algunos de los judíos creyeron (se convencieron de que Jesús es el Mesías y obedecieron al Evangelio, de manera que fueron bautizados en agua y en el Espíritu Santo). Estos se unieron a Pablo y a Silas. También lo hizo un gran número de griegos piadosos, entre los cuales había un buen número de esposas de hombres importantes de la ciudad. De esta forma, el número de gentiles convertidos fue mucho mayor que el de judíos creyentes.

En 1 Tesalonicenses 2:1-13 aparece una descripción más detallada del ministerio de Pablo y Silas en estos momentos. Su predicación y su ministerio fueron muy eficaces. Aunque fueron tratados en forma ultrajante en Filipos, esto no los hizo tímidos ni miedosos. En Tesalónica predicaron de una forma abierta, libre y valiente, con la pureza de intención característica de los siervos de Jesucristo. También fueron delicados con los nuevos convertidos, a los que les manifestaron todas las formas de amor y cuidado posibles. Sin embargo, se mantuvieron firmes en sus exigencias de justicia y los animaron a todos a vivir de una manera digna del Dios que los había llamado a su propio reino y su propia gloria.

Los judíos que rechazaron el mensaje de Pablo, se sintieron frustrados muy pronto, por el número cada vez mayor de gentiles que estaban aceptando el Evangelio. Estos judíos se rebelaron contra lo que Dios estaba haciendo, y llegaron a prohibirles a Pablo y a su compañía (obstaculizarles, evitar que lo hicieran) hablarles a los gentiles con vistas a su salvación (1 Tesalonicenses 2:14-16).

Cuando vieron que los gentiles seguían respondiendo al Evangelio y no les prestaban atención, estos judíos incrédulos se dedicaron a instigar un tumulto. Primeramente, tomaron consigo a un grupo de ociosos de la plaza del mercado que siempre estaban dispuestos a unirse a cualquier agitador que apareciera. Después, con su ayuda, reunieron una multitud y prepararon un alboroto que llevó al pánico a toda la ciudad. Entonces, fueron a casa de Jasón y, tomándolo por sorpresa, trataban de sacar a Pablo y Silas a donde estaba el populacho. Evidentemente, la noticia ya les había llegado a los apóstoles, y se habían marchado de allí para dirigirse a otro lugar de la ciudad.

Como Pablo y Silas no se hallaban allí, la muchedumbre arrastró a Jasón y a algunos de los demás creyentes ante los gobernantes (politarcas). Eran cinco o seis, y eran los magistrados principales de la ciudad.

Como de costumbre, la acusación no reveló la razón real de que quisieran deshacerse de Pablo y Silas. Los judíos que no habían creído y sus compañeros de conspiración los acusaban de trastornar todo el mundo habitado. Esta era una expresión usada para hablar de los agitadores políticos o los revolucionarios que habían causado problemas en todos los demás lugares, y que trastornaban, no sólo el estado de cosas, sino todo. También acusaron a Jasón de recibir a estos enredadores en su casa y reunirse con ellos para practicar cosas contrarias a los decretos del César, diciendo que hay otro rey (en realidad, un emperador rival). Jesús.

El pueblo y los politarcas se alborotaron al oír estas cosas. En parte, es posible que su problema estuviera en que conocían a Jasón y a muchos de los demás convertidos y no habían visto evidencia alguna de actividad política. También es probable que las creyentes que eran esposas de los hombres principales tuvieran entre ellas a la esposa de uno o más de estos politarcas.

Es evidente que los politarcas no tomaron muy en serio los cargos, pero para satisfacer a la multitud, obtuvieron fianza de Jasón y de los demás que habían sido traídos ante ellos. Es probable que esto signifique que Jasón y sus amigos dieron esa fianza como garantía de que Pablo y Silas saldrían de la ciudad y no regresarían, para que no hubiera más tumultos. Esto sería usado más tarde por Satanás para obstaculizar el regreso de Pablo. (Vea 1 Tesalonicenses 2:17, 18.)

Quizá Pablo se refiera a este incidente también cuando dice que los Tesalonicenses recibieron "la Palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo" (1 Tesalonicenses 1:6). Seguramente, los judíos incrédulos habían comenzado a causar problemas algún tiempo antes del incidente de Jasón. De hecho, Pablo señala que desde el principio, él habló el Evangelio (las buenas nuevas) de Dios allí "en medio de gran oposición" (1 Tesalonicenses 2:2). Después, cuando Pablo quiso regresar, Satanás se lo impidió, probablemente sacando a relucir la cuestión de la fianza. Así fue como Pablo no pudo regresar cuando quiso hacerlo.

Los nobles hermanos de Berea (17:10-15)

"Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea. Y ellos, habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos. Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres. Cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea era anunciada la palabra de Dios por Pablo, fueron allí, y también alborotaron a las multitudes. Pero inmediatamente los hermanos enviaron a Pablo que fuese hacia el mar; y Silas y Timoteo se quedaron allí. Y los que se habían encargado de conducir a Pablo le llevaron a Atenas; y habiendo recibido orden para Silas y Timoteo, de que viniesen a él lo más pronto que pudiesen, salieron".

Los hermanos cristianos vieron lo crueles y decididos que eran los judíos incrédulos. Por eso no quisieron correr riesgos. De noche, enviaron a Pablo y Silas a Berea, unos ochenta kilómetros en dirección suroeste, sobre el camino de Grecia. Se hallaba fuera de la Vía Egnatia, el camino principal que

habían seguido anteriormente, por lo que los creyentes deben haber pensado que estarían más seguros allí.

Los de Berea reaccionaron de manera muy distinta. En lugar de rechazar el mensaje de Pablo, recibieron la Palabra con todo tipo de ansiedad, celo y entusiasmo. Más importante aún: examinaban diariamente las Escrituras, escudriñándolas como abogados que investigaran un caso, para ver si aquellas cosas eran así.

Gracias a su actitud y a su asiduidad en escudriñar las Escrituras, dice la Biblia que eran más nobles que los judíos de Tesalónica. En aquel lugar, habían creído algunos de los judíos. Los otros sólo dejaron que sus antiguos prejuicios los guiaran y reaccionaron contra el Evangelio. En cambio, en Berea creyeron muchos de los judíos, probablemente la mayoría. No se levantó oposición entre ellos.

Por haber escudriñado las Escrituras, estos judíos de Berea no sólo sientan un ejemplo para todos nosotros, sino que no tuvieron necesidad de que Pablo les llamara la atención más tarde, como hizo con muchas otras iglesias.

Muchos gentiles creyeron también, tanto mujeres de posición honorable en la sociedad, como hombres.

Aunque la sinagoga de Berea no causó problemas, la noticia de lo eficaz que era la proclamación del Evangelio por Pablo en aquel lugar alcanzó a los judíos de Tesalónica. Estos se fueron a Berea entonces, e hicieron lo mismo que habían hecho en su ciudad. Sacudieron y alborotaron a las multitudes, tratando de levantar la violencia del populacho contra Pablo.

Antes de que le pudieran hacer daño alguno, los hermanos cristianos de Berea se apresuraron a sacar a Pablo en dirección al mar Egeo, probablemente con la intención de enviarlo lejos en algún barco. Silas y Timoteo se quedaron para seguir enseñándoles a los creyentes y dándoles ánimo.

Los que conducían a Pablo, cambiaron después de dirección, probablemente porque los judíos de Tesalónica estaban tramando algo más, y recibieron alguna noticia de ello. De manera que todos, o parte del grupo, llevaron a Pablo a Atenas. Entonces, él los envió de vuelta con una orden para Silas y Timoteo, que debían ir a él lo más pronto que pudiesen.

La espera en Atenas (17:16-21)

"Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría. Así que discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían. Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la resurrección. Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas? Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber que quiere decir esto. Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo".

Atenas era una ciudad famosa por su Acrópolis y por todos sus templos. Sin embargo, ya en aquella época había perdido su gloria anterior. Ya carecía de importancia política. Su antigua hegemonía en cultura y educación había pasado a la ciudad de Alejandría, en Egipto. No obstante, Atenas seguía cultivando la memoria de su pasado. Sus templos seguían siendo hermosos ejemplos de lo mejor de la arquitectura griega. Dondequiera que Pablo miraba, la ciudad estaba repleta de ídolos, y esto hizo que su espíritu se enardeciera (casi "se llenara de ira") dentro de él.

Como siempre. Pablo fue primero a la sinagoga en el sabbath y les predicó a los judíos y a los gentiles piadosos que estaban allí. Pero también se sentía preocupado por el resto de los gentiles. Todos los días, hablaba con los que se encontraba en la plaza del mercado. Allí, algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos se enzarzaron en una discusión con él.

Los epicúreos eran los seguidores de Epicuro (342-270 a.C.). Este decía que la Naturaleza es la suprema maestra, y nos proporciona las sensaciones, los sentimientos y las expectativas para probar la verdad. Al decir sentimientos, se refería al placer y al dolor. Decía que se podían usar estos sentimientos para distinguir entre el bien y el mal que nos rodean. También enseñaba que los dioses eran incapaces de airarse, indiferentes ante la debilidad humana, y no intervenían ni participaban en los asuntos humanos. De esta manera negaba la posibilidad de los milagros, la profecía y la providencia divina. Al principio,

cuando Epicuro hablaba de "placer", quería referirse a la verdadera felicidad. Primeramente, sus seguidores se limitaban a buscar una vida tranquila, libre de temores, dolores e ira. Más tarde, algunos de ellos hicieron de los placeres sensuales la meta de la vida.

Los estoicos eran seguidores de Zenón de Citio (335-263 a.C.). Este creía en un poder creador y hacía del deber, la razón (o acuerdo con la razón divina), y la autosuficiencia la meta de la vida. Exhortaba a sus seguidores a aceptar las leyes de la naturaleza y de la conciencia, y a tratar de ser indiferentes al placer, el dolor, el gozo y el pesar.

Algunos de estos filósofos fueron muy despectivos con el Evangelio de Pablo, y lo llamaron "palabrero", literalmente "recogedor de semillas". Este término se usaba también en el lenguaje popular para hablar de los parásitos y los plagiarios ignorantes. Después, como predicaba las buenas nuevas de Jesús y de la resurrección, decían que parecía que estaba proclamando nuevos dioses, o mejor, demonios extranjeros.

Al parecer, sentían que las enseñanzas de Pablo eran peligrosas para sus ideas y filosofías, porque lo tomaron y lo llevaron ante el Concilio del Areópago, la corte suprema de Atenas. Esta corte se reunía anteriormente en la colina de Ares (colina de Marte), un cerro rocoso situado frente a la Acrópolis. Hay algunas evidencias de que se reunía en una columnata del mercado público en los tiempos del Nuevo Testamento, pero retenía el mismo nombre.

El concilio preguntó cortésmente cuál era el significado de esta nueva enseñanza que los tenía perplejos. Esta petición no tenía nada de extraña. Todos los atenienses, así como los extranjeros que vivían en la ciudad, se pasaban todo el tiempo libre diciendo y oyendo cosas nuevas.

El mensaje dirigido al Concilio de la colina de Marte (17:22-34)

"Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas: Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres. Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos.

Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez. Y así Pablo salió de en medio de ellos. Mas algunos creyeron, juntándose con él; entre los cuales estaba Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos".

De pie en medio del Concilio, Pablo comenzó sabiamente en forma positiva. Las palabras que dice al principio, podrían ser traducidas como afirmando que los atenienses eran "demasiado supersticiosos". Sin embargo, es mucho mejor la traducción nuestra, que da el sentido de "muy religiosos", o sea, muy respetuosos con sus dioses.

Después, Pablo usó la inscripción que había en un altar de Atenas como oportunidad para hablar sobre el único Dios verdadero, en contraste con sus muchos dioses. El "Dios desconocido" de su altar, al que adoraban sin conocerlo, es el Creador y Señor de cielo y tierra. Por tanto, es demasiado grande para habitar en santuarios hechos por manos de hombres. Esta verdad también la comprendían Salomón (1 Reyes 8:27) y los profetas (Isaías 57:15; 66:1). ¡Qué contraste tan grande con los pequeños dioses de Atenas, cuyos ídolos ellos bañaban y fingían alimentar!

El Dios verdadero no necesita que cuiden de él manos humanas (que lo traten, como un médico atendería a un paciente), como si El necesitara algo. ¿Cómo podría necesitar de algo o de algún cuidado? Él es quien da a todos vida, aliento y todas las cosas. Como señala Santiago 1:17, todo buen don y todo don perfecto viene de lo alto, de Él.

Dios también hizo de una sangre (es decir, de Adán, de un solo linaje sanguíneo) todas las naciones de la humanidad, para que habitaran en toda la faz de la tierra. (Algunos manuscritos antiguos omiten la palabra "sangre" del versículo 26.) Todos somos parte de la raza de Adán, y nadie tiene motivo para algún orgullo especial de ascendencia o raza. Dios fijó también el orden de los tiempos de la humanidad (ocasiones, oportunidades) y los límites de su habitación; esto es, separando la tierra seca de las aguas (Génesis 1:9, 10).

Con esto, Pablo no quiere decir que la humanidad no pueda o no deba moverse de un lugar a otro. Todos los pueblos lo han hecho en mayor o menor escala. Más bien, Pablo quería decir que Dios lleva a la humanidad a los lugares y los momentos en los que tenga oportunidad de buscarle, "si en alguna manera, palpando, puedan hallarle". (Compare con Romanos 1:20, 21.)

En realidad, no debería ser difícil hallarlo, porque, como Pablo diría a continuación. Él no está lejos de cada uno de nosotros. "Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos (existimos, tenemos nuestro ser)". Esta declaración es una cita de uno de los poetas antiguos, posiblemente Minos o Epiménedes de Creta. Como uno de sus propios poetas (Aratus de Cilicia) había dicho, "linaje suyo somos".

Puesto que es linaje del Dios verdadero (en el sentido de que ha sido creado a imagen suya), sería totalmente irrazonable para el hombre pensar que la naturaleza divina es oro, plata o piedra, escultura de arte y de imaginación o pensamientos de seres humanos. Este es uno de los puntos fuertes de la enseñanza del Antiguo Testamento. Vea Salmo 115:4-8; 135:15-18; Isaías 40:18-22; 41:24; 44:9-17.

Toda esta idolatría demostraba ignorancia sobre cómo es Dios realmente. Los tiempos de aquella ignorancia, Dios en su misericordia y paciencia los había pasado por alto. Pero ahora (por medio del Evangelio), anunciaba a todos los seres humanos de todos los lugares que debían arrepentirse, es decir cambiar de mentalidad y de actitud hacia Dios, y volverse a El a través de Cristo y del Evangelio. Este arrepentimiento es urgente, porque Dios ha establecido un día en el cual va a juzgar la tierra habitada en justicia por medio de un Hombre que El ha nombrado. Es decir, que hay un día de juicio que se aproxima y Dios ha revelado quién será el Juez. (Compare con Daniel 7:13; Juan 5:22, 27). La realidad de la venida de este día y de que no habrá escapatoria posible. Dios la garantizaba con el hecho de que había resucitado a aquel Hombre (Jesús) de entre los muertos.

La mención de la resurrección de los muertos provocó de inmediato las burlas de algunos, especialmente del grupo de los epicúreos, con toda seguridad. Estos se negaban a creer que dios alguno pudiera mostrar ira, y tampoco creían en milagros. Por esto, muchos se burlaron de Pablo con palabras de escarnio y gestos. Otros, que parecían tener deseo de conocer la verdad, dijeron: "Ya te oiremos acerca de esto otra vez."

Estas sesiones del Concilio del Areópago estaban abiertas al público. Algunos hombres sí creyeron y se juntaron con Pablo, aceptando el Evangelio. Entre ellos se hallaba Dionisio, miembro del Concilio y por tanto un personaje muy importante en Atenas. Una mujer (prominente) llamada Dámaris, y otros más, se unieron con ellos y creyeron.

Este es el segundo registrado por escrito de los sermones de Pablo a los gentiles que no tenían fondo cultural ni conocimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento. En Listra, había usado un enfoque similar, al llamar su atención hacia Dios como Creador (Hechos 14:15-17). Pero en este momento, se dan más detalles sobre su forma de enfocar el asunto.

Con los judíos, que afirmaban creer en las Escrituras, Pablo siempre fundamentaba sus razonamientos en el Antiguo Testamento. Pero con gentiles como aquellos, el Espíritu Santo lo guiaba a usar un enfoque diferente. Su razonamiento seguía fundándose en las Escrituras, pero comenzaba donde estaban sus oyentes y los conducía hasta el punto en que podía presentarles el Evangelio. En los tiempos recientes, los misioneros han tenido que hacer lo mismo. Un misionero que se hallaba en las selvas del Amazonas con los indios, descubrió que no podía comenzar con Juan 3:16. No tenían ninguna palabra para decir "amor". El único mundo que conocían eran el valle y el río tributario donde vivían. Así que comenzó con

la creación y los fue conduciendo gradualmente hasta el momento en que pudieran comprender la verdad sobre Jesús.

Algunos escritores suponen que Pablo se desilusionó con los resultados de su manera de enfocar las cosas esta vez. Dicen que fue esa desilusión la que hizo que les dijera a los corintios: "Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Corintios 2:2). Pero esto no quiere decir que Pablo no dijera nada sobre las demás verdades. Más bien quería decir que deseaba ver, experimentar y vivir al Cristo crucificado.

También parece probable que algunos de los judíos y de los gentiles piadosos de la sinagoga de Atenas creyeran y que estos otros que habían creído se unieran a ellos. Pablo se referiría más tarde a la casa de Estéfanas, llamándola "las primicias de Acaya" (1 Corintios 16:15), pero es posible que esto se deba a que Atenas era considerada una ciudad independiente y libre, y no parte de la Acaya (Grecia).

Lucas no proporciona más detalles, pero se ve claramente que Pablo dejó al menos un pequeño cuerpo de creyentes, una asamblea, al irse de Atenas. La tradición dice que Dionisio el areopagita fue su primer pastor (anciano, obispo).

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 18

¿Por qué se fue Pablo de Atenas, si había pensado esperar a Silas y a Timoteo allí? La Biblia no nos lo dice. Pero sí dejó un grupo de creyentes al irse, y el texto griego muestra que se separó de ellos con pesar.

Es posible que una de las razones por las que se marchó de Atenas fuera que no halló oportunidad de ejercer su oficio de fabricante de tiendas allí. Atenas no era un centro comercial. Pablo incluyó entre sus sufrimientos por el Señor, algunos tiempos en que no tuvo suficiente qué comer, esto es, momentos en que tuvo que ayunar a la fuerza, por motivos económicos (2 Corintios 11:27).

Otra razón para marcharse de Atenas puede haber sido la gran necesidad que había en Corinto. Esta próspera ciudad era un gran centro comercial. Había sido destruida en el año 146 a. C. y no había sido reconstruida hasta que Julio César no se interesó en ella, cien años más tarde. El la hizo una colonia romana, y nuevamente conoció la prosperidad. Pero también era centro de idolatría y de vida licenciosa. Los griegos habían inventado incluso una nueva palabra para expresar la inmoralidad sexual extrema y el desenfreno: "corintizar". Los corintios recibían alientos en su inmoralidad, de la adoración de la llamada "diosa del amor". Afrodita.

Priscila y Aquila (18:1-4)

"Después de estas cosas. Pablo salió de Atenas y fue a Corinto. Y halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma. Fue a ellos, y como era del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaban juntos, pues el oficio de ellos era hacer tiendas. Y discutía en la sinagoga todos los días de reposo, y persuadía a judíos y a griegos".

En Corinto, Pablo conoció a un matrimonio que se convertiría en parte del grupo de sus amigos más fieles y compañeros de trabajo en el Evangelio. El esposo, Aquila, era un judío cuya familia era de la provincia romana del Ponto (situada en el norte del Asia Menor, sobre el mar Negro, al este de Bitinia). Puesto que el nombre de Aquila era común entre los esclavos en Roma, hay alguna especulación sobre si cuando los romanos tomaron el Ponto, su familia fue capturada y vendida o entregada en esclavitud en Roma. Más tarde, muchos de los esclavos judíos habían sido liberados. Había una amplia clase de libertos en Roma que habían sido establecidos en negocios por sus antiguos amos, o que practicaban diversos oficios.

El nombre de la esposa de Aquila, Priscila, es un diminutivo o forma familiar de "Frisca" (2 Timoteo 4:19), lo que indica que era una dama romana de una de las clases superiores de la sociedad. Al menos es posible que fuera la hija del antiguo amo de Aquila. Quizá él la ayudara a creer en el único Dios verdadero el Dios de Israel. Después, cuando fue liberado, se casaron.

Hacia poco que habían llegado a Corinto procedentes de Italia. Claudio, el cuarto emperador romano, había ordenado que todos los judíos salieran de Roma. Pablo fue a ellos y encontró en su hogar un lugar donde vivir y ejercer su oficio, porque ellos también eran fabricantes de tiendas y habían podido establecer su negocio en Corinto con éxito.

Nada indica que Priscila y Aquila fueran cristianos antes de que Pablo los conociera, aunque es posible que tuvieran algún conocimiento del Evangelio. Si ya no eran creyentes, pronto los ganaría Pablo para el Señor. Así se convirtieron en fieles seguidores de Cristo. Podemos tener la seguridad de que lo acompañaban a la sinagoga todos los sábados y lo alentaban mientras él trataba de persuadir tanto a judíos como a gentiles.

Pablo se va a los gentiles (18:5-11)

"Y cuando Silas y Timoteo vinieron de Macedonia, Pablo estaba entregado por entero a la predicación de la palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo.

Pero oponiéndose y blasfemando éstos, les dijo, sacudiéndose los vestidos: Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza; yo, limpio; desde ahora me iré a los gentiles.

Y saliendo de allí, se fue a la casa de uno llamado Justo, temeroso de Dios, la cual estaba junto a la sinagoga. Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados.

Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad. Y se detuvo allí un año y seis meses, enseñándoles la palabra de Dios".

Después de que Silas y Timoteo llegaron a Corinto procedentes de Macedonia, Pablo se sintió urgido por la Palabra. Escribió 1 Tesalonicenses poco después de llegar ellos, porque le traían buenas noticias. En 1 Tesalonicenses 3:6-10 habla de esto. Timoteo le trajo buenas noticias sobre la fe y el amor de los creyentes de Tesalónica.

Los enemigos del Evangelio no habían tenido manera de apartarlos del Señor ni de Pablo. Durante las penosas circunstancias por las que pasaba y la aplastante presión de la persecución, el maravilloso informe sobre su fe y su constancia en el Evangelio le levantó el ánimo y alivió la presión de su apasionada preocupación por ellos, dándole nuevo valor para seguir adelante.

Según parece, hasta este momento, no había una respuesta notable al Evangelio en Corinto. Ahora sintió una presión tal por la Palabra, que comenzó a dar testimonio con una intensidad y un celo cada vez mayores. En todas partes declaraba que Jesús es el Mesías, el Profeta, Sacerdote y Rey ungido de Dios.

En la sinagoga, este aumento de intensidad en el mensaje de Pablo hizo que la mayoría de los judíos que no habían creído dejaran de sentir indiferencia y se alinearan contra el Evangelio. Hasta llegaron a blasfemar (no de Dios, sino de Pablo), usando un lenguaje abusivo y oponiéndose a Pablo, mientras hablaban toda suerte de cosas malas contra él y contra el Evangelio.

Aquello fue demasiado para Pablo, de manera que se sacudió los vestidos (el manto) contra ellos, como señal de que rechazaba sus blasfemias. Después, invocó la sangre de ellos sobre sus propias cabezas. Esto es, declaró que serían responsables por el juicio que Dios enviaría sobre ellos. Pablo les había hecho la advertencia, y estaba limpio. Por supuesto, ellos comprendían que se estaba refiriendo a la responsabilidad que Dios había puesto sobre Ezequiel, de que alertara al pueblo (Ezequiel 3:16-21). Pablo había hecho lo que le correspondía en cuanto a alertar a los judíos. Desde aquel momento (en Corinto) se volvería a los gentiles.

Entonces, se marchó de la sinagoga y fue a la casa contigua, que era de un gentil piadoso llamado Tito (o Titio) Justo. Allí comenzó a predicar el Evangelio.

Pablo, Silas y Timoteo no fueron los únicos en abandonar la sinagoga. Crispo, el principal de la sinagoga, tomó la decisión de creer en el Señor, y toda su casa, siguiendo su ejemplo, tomó esa misma decisión. (Vea 1 Corintios 1:16.) Muchos de los gentiles de Corinto creyeron también y fueron bautizados.

El Señor le confirmó a Pablo que había actuado correctamente. En visión de noche, Jesús) le dijo a Pablo que no temiera. La forma del griego usado aquí indica que Pablo estaba comenzando a temer que

tendría que marcharse de Corinto, tal como lo había tenido que hacer en muchas otras ciudades al comenzar la persecución. Pero Jesús le dijo que debía seguir hablando la Palabra en Corinto, y no callar; Él estaba junto a Pablo y no permitiría que nadie pusiera su mano sobre él para hacerle mal, porque Él tenía mucho pueblo en Corinto. Es decir, que muchos más aceptarían a Jesús y entrarían a formar parte del verdadero pueblo de Dios.

Con estas nuevas fuerzas, Pablo se quedó en Corinto un año y seis meses, enseñando la Palabra de Dios entre ellos. Durante todo aquel tiempo, no hubo violencia y nadie le hizo mal a Pablo, como se lo había prometido el Señor.

Llevado ante Galión (18:12-17)

"Pero siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos se levantaron de común acuerdo contra Pablo, y le llevaron al tribunal, diciendo: Este persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley. Y al comenzar Pablo a hablar, Galión dijo a los judíos: Si fuera algún agravio o algún crimen enorme, oh judíos, conforme a derecho yo os toleraría. Pero si son cuestiones de palabras, y de nombres, y de vuestra ley, vedlo vosotros; porque yo no quiero ser juez de estas cosas. Y los echó del tribunal. Entonces todos los griegos, apoderándose de Sóstenes, principal de la sinagoga, le golpeaban delante del tribunal; pero a Galión nada se le daba de ello".

En la primavera del año 52 d.C., el Senado romano nombró un nuevo procónsul llamado Galión para el gobierno de la provincia de Acaya (Grecia). Los judíos incrédulos pensaron al parecer que podían aprovecharse de la falta de conocimiento de la situación que tenía el nuevo gobernante. Se levantaron de común acuerdo contra Pablo y lo llevaron ante el tribunal (el trono de juicio del gobernador). Los arqueólogos han descubierto este trono (bema) de juicio, hecho de mármol azul y blanco.

Acusaron a Pablo ante Galión de persuadir a los hombres a adorar a Dios en una forma contraria a la ley. Puesto que se hallaban ante un tribunal romano, es probable que quisieran decir que era contrario a la ley romana. Puesto que la ley romana aceptaba el judaísmo como religión legal, estos judíos incrédulos lo que estaban diciendo era que el cristianismo era diferente del judaísmo, y por lo tanto, ilegal.

Pablo estaba a punto de comenzar a hablar cuando Galión les respondió a los judíos. Tenía suficiente sentido común para darse cuenta de que no había crimen ni acto malvado de inmoralidad en todo aquello. Puesto que le pareció que la querrela contra Pablo se debía solamente a cuestiones sobre palabras y nombres y su propia ley judía, les dijo que podían arreglar el asunto ellos mismos. El no quería ser juez de cosas así. Después los echó (o hizo que los echaran) del tribunal, que probablemente estuviera montado en una plaza pública abierta.

Esto complació a la multitud, porque los judíos no eran populares. Entonces, aprovechándose de la actitud de Galión, se apoderaron de Sóstenes, el nuevo principal de la sinagoga y comenzaron a golpearlo antes de que pudiera salir del tribunal. Galión, como ellos esperaban, no les prestó atención alguna. Consideraba que todo aquel asunto se hallaba fuera de su jurisdicción. De esta manera, los judíos que esperaban volver al gobernador en contra de Pablo, se encontraron todo lo contrario. Al principio había parecido como si la promesa que Jesús le había hecho a Pablo de que no le harían daño en Corinto no podría ser cumplida. Sin embargo, fueron los enemigos de Pablo y no él los que salieron golpeados.

Esto debe haber tenido un profundo efecto en Sóstenes. Pablo continuó en Corinto por un buen tiempo. Finalmente, Sóstenes debe haber cedido ante la verdad del Evangelio. En 1 Corintios 1:1, el hermano Sóstenes se une a Pablo en su saludo a los corintios. Aunque no lo podemos probar como totalmente seguro, debe ser el mismo Sóstenes. Sería improbable que hubiera otro Sóstenes prominente que fuera tan conocido para la iglesia de Corinto. ¡Verdaderamente, la gracia de Dios es maravillosa! El jefe de la oposición, un hombre que debe haber blasfemado de Pablo y del Evangelio él mismo, se convirtió en un hermano en el Señor. Con esta victoria ante Galión y la conversión de Sóstenes, debe haber habido más libertad que nunca para que los cristianos dieran testimonio de Cristo en Corinto.

De regreso a Antioquía (18:18-22)

"Mas Pablo, habiéndose detenido aún muchos días allí, después se despidió de los hermanos y navegó a Siria, y con él Priscila y Aquila, habiéndose rapado la cabeza en Cencrea, porque tenía hecho voto. Y llegó a Efeso, y los dejó allí; y entrando en la sinagoga, discutía con los judíos, los cuales le rogaban que se quedase con ellos por más tiempo; mas no accedió, sino que se despidió de ellos, diciendo: Es

necesario que en todo caso yo guarde en Jerusalén la fiesta que viene; pero otra vez volveré a vosotros, si Dios quiere. Y zarpó de Efeso. Habiendo arribado a Cesarea, subió para saludar a la iglesia, y luego descendió a Antioquía".

Después de algún tiempo (probablemente algunos meses). Pablo se embarco rumbo a Siria en la parte final de su segundo viaje misionero.

Se llevó a Priscila y a Aquila consigo. Como suele suceder, se nombra primero a Priscila. Da la impresión de que había sido dotada por el Espíritu para el ministerio, pero siempre hallamos a Aquila trabajando con ella. ¡Deben haber formado una formidable pareja!

En Cencrea, el puerto de Corinto, Pablo se hizo rapar el cabello, porque tenía hecho un voto. No se dan más explicaciones, pero probablemente fuera un voto nazareo modificado, un voto que expresaba una consagración completa a Dios y a su voluntad. El cabello era rapado siempre al terminar el período del voto. (Vea Números 6:1-21.)

Cuando llegaron a la gran ciudad de Efeso, Pablo se aparto de Priscila y Aquila. Esta vez el Espíritu Santo no le impidió predicar allí. Por tanto, se fue a la sinagoga y encontró judíos dispuestos a escuchar su presentación razonada del Evangelio. En realidad, querían que se quedara más tiempo, pero él no accedió. Sin embargo, en su despedida les prometió regresar, "si Dios quiere".

Después de desembarcar en Cesarea, subió a Jerusalén y le presentó sus respetos a la iglesia de allí. Es probable que les hiciera saber que había sido fiel en cumplir las instrucciones del Concilio relatado en Hechos 15. También le interesaba mantener buenas relaciones con ellos.

Desde Jerusalén, siguió a Antioquía de Siria, terminando de esa forma su segundo viaje misionero.

Comienza el tercer viaje misionero de Pablo (18:23)

"Y después de estar allí algún tiempo, salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos".

Pablo pasó algún tiempo en Antioquía animando y enseñando a la iglesia. Entonces se dirigió por tierra al norte en un viaje de 2.400 kilómetros a las regiones de Galacia y Frigia. Visitó una tras otra las iglesias fundadas en su primer y segundo viaje. Pablo nunca fundaba iglesias para después olvidarse de ellas. Siempre buscaba la manera de regresar para dar más enseñanza y confirmar y fortalecer a los discípulos. Es decir, que siempre se sentía tan preocupado o más por fortalecer a los nuevos creyentes, que por ayudarlos a ser salvos.

Apolos de Alejandría (18:24-28)

"Llegó entonces a Efeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solamente conocía el bautismo de Juan. Y comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga; pero cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios. Y queriendo él pasar a Acaya, los hermanos le animaron, y escribieron a los discípulos que le recibiesen; y llegado él allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído; porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo".

Alejandría, situada en la costa norte de Egipto, al oeste de la desembocadura del río Nilo, era la segunda ciudad del Imperio Romano, un importante puerto marítimo y el centro más grande de cultura e instrucción del imperio. Tenía una población judía numerosa en la parte nordeste de la ciudad. Eran helenistas (hablaban griego) y entre ellos se había producido la famosa Versión griega del Antiguo Testamento llamada "de los Setenta" (o "septuaginta").

Desde Alejandría llegó a Efeso un elocuente judío llamado Apolos (abreviación de Apolonio). No sólo era elocuente, sino que era muy instruido, un verdadero erudito, y era poderoso en el uso de las Escrituras. Ya había sido instruido oralmente en el camino del Señor Jesús, probablemente en Alejandría, su ciudad natal. Estaba tan lleno de entusiasmo con respecto a Jesús, que su espíritu se desbordaba literalmente cuando hablaba.

Sus enseñanzas también eran exactas. Tenía todos los datos correctos sobre la vida y el ministerio de Jesús, y también sobre su muerte y resurrección. Pero debe haber oído estos datos de boca de uno de los testigos de la resurrección de Cristo que, como muchos de los quinientos (1 Corintios 15:6), no fueron a Jerusalén y no estuvieron presentes cuando el Espíritu se derramó en el día de Pentecostés. Sin embargo, estaba entusiasmado con lo que sabía, y comenzó a hablar valientemente (demostrando que Jesús es el Mesías) en la sinagoga de Efeso.

Priscila y Aquila estaban presentes y lo oyeron. No le dijeron nada en la sinagoga, sino que lo tomaron aparte para darle más instrucción. El texto griego también señala que lo recibieron, y es probable que se lo llevaran a su casa. Entonces, le explicaron con más precisión el camino del Señor. La Biblia no dice aquí qué fue lo que le dijeron, pero el capítulo siguiente se refiere a doce discípulos que se hallaban en la misma situación, con la misma necesidad de instrucción, y allí sí se dan detalles.

Es interesante notar aquí que Juan Crisóstomo ("Juan, el de la boca de oro"), el pastor principal de la iglesia de Constantinopla alrededor del año 400 d.C., reconocía que Priscila había tomado la iniciativa en la instrucción que recibió Apolos. Los mejores eruditos del idioma griego están de acuerdo hoy en día. Apolos era un hombre culto e instruido. Ella debe haber sido también una mujer de buena educación y trato agradable. Las epístolas de Pablo nos muestran también que era, junto con su esposo, compañera de trabajo, de enseñanza y misionera.

Mirando más allá, podemos ver que Apolos debe haber recibido el bautismo en agua con la autoridad de Jesús (como en Mateo 28:18, 19). Después deben haber orado para que recibiera el bautismo en el Espíritu, como en Hechos 2:4.

Podemos ver la reacción positiva de Apolos en las cartas de recomendación que los hermanos cristianos de Efeso escribieron a favor suyo cuando quiso seguir rumbo a Grecia. En Grecia, su ministerio fue eficaz también. Se convirtió en canal de la gracia de Dios para ayudar a los creyentes. Hablaba con gran poder y refutaba vehementemente los argumentos de los judíos incrédulos, demostrándoles con las Escrituras que Jesús es el Mesías, el Cristo. Tal como Pablo dice en 1 Corintios 3:6, Apolos regó lo que Pablo había plantado, pero todo el tiempo era Dios quien daba el crecimiento.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 19

En este capítulo nos encontramos con una pregunta importante. Hoy en día, su interpretación se ha convertido en motivo de controversia. Nuestra versión la expresa así: "¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?" Sin embargo, veremos que no sería esta la traducción más exacta.

Esta es una pregunta que sigue exigiendo una respuesta. Aquellos discípulos no tuvieron una respuesta positiva hasta que el Espíritu Santo descendió sobre ellos. Entonces hablaron en lenguas y profetizaron; entonces supieron por experiencia cuál era la respuesta correcta a la pregunta hecha por Pablo.

Los doce discípulos de Éfeso (19:1-7)

"Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Éfeso, y hallando a ciertos discípulos, les dijo:

¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron:

En el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban. Eran por todos unos doce hombres".

Después de visitar las iglesias fundadas en el primer viaje en las ciudades del sur de la Galacia, Pablo siguió adelante, atravesando la parte más alta de la meseta central del norte de la Galacia. En el entretiempo, Apolos fue a Corinto, donde "regó" las iglesias plantadas por Pablo (1 Corintios 3:6).

Entonces llegó Pablo a Éfeso para encontrarse con un grupo de doce discípulos. Algunos escritores estiman que eran discípulos de Juan el Bautista. Pero en todos los demás lugares del libro de los Hechos donde Lucas menciona discípulos, siempre se refiere a discípulos de Jesús, que seguían a Jesús y habían

creído en Él. Algunos creen que éstos habían sido convertidos por Apolos antes de que Priscila y Aquila lo instruyeran. Sin duda, al igual que Apolos, conocían los detalles de la vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús.

Aunque Pablo sentía que les faltaba algo en su experiencia, no puso en duda que fueran creyentes. En realidad, reconoció que lo eran. La pregunta que les hizo muestra más bien que les faltaban la libertad y la espontaneidad en la adoración que siempre ha caracterizado a los creyentes llenos del Espíritu.

Las versiones modernas, así como la Reina-Valera, traducen la expresión "desde que creísteis" como "cuando creísteis". Pero esta traducción está basada en los presupuestos teológicos de los traductores. El griego dice al pie de la letra: "Después de haber creído, ¿recibisteis?" "Después de haber creído", o "habiendo creído" (pistéusantes) es un participio de aoristo (pasado indefinido) griego. "Recibisteis" (elábeta) es el verbo principal, también en aoristo (pasado indefinido). Pero el hecho de que ambos estén en aoristo carece de significado aquí. El hecho de que el participio "habiendo creído" esté en pasado es lo que importa, porque el tiempo del participio es el que muestra normalmente su relación con el verbo principal. Como este participio está en pasado, esto significa normalmente que su acción precede a la acción del verbo principal. Por esto se debería traducir, como lo hace la versión King James inglesa, "desde que creísteis". Sus traductores querían destacar el hecho de que hay que creer antes de recibir. Esto también nos señala que el bautismo en el Espíritu Santo es una experiencia distinta, que sigue a la conversión.

Es cierto que algunos eruditos señalan que el participio de aoristo podía indicar en griego algunas veces una acción que sucedía al mismo tiempo que la del verbo principal, especialmente si está también en aoristo, como en Hechos 19:2. Sin embargo, los ejemplos que dan no son realmente aplicables a este versículo.

El ejemplo principal, "respondió y dijo", es una expresión idiomática (generalmente un hebraísmo); una fórmula usada para indicar que continúa una disertación. No ayuda en nada a la interpretación de otros pasajes. En los pocos pasajes donde la acción del verbo sí parece ser coincidente, el participio define lo que el verbo principal quiere decir. Por ejemplo: "Esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo" (Hebreos 7:27). "Yo he pecado entregando sangre inocente" (Mateo 27:4). "Tú has hecho bien en venir" (Hechos 10:33). Pero "cuando creísteis" difícilmente puede ser una definición de lo que quiere decir "recibir el Espíritu". Lucas aclara, como lo hace en otros pasajes, que la recepción del Espíritu comprende un bautismo en el Espíritu claro y definido, un derramamiento concreto sobre aquellos que ya eran creyentes.

Hay muchos otros pasajes del Nuevo Testamento que sí muestran que la acción del participio de aoristo precede normalmente a la acción de un verbo principal en aoristo. He aquí uno de ellos:

"Entonces también los que durmieron ("habiéndose dormido") en Cristo perecieron" (1 Corintios 15:18). Es decir, después de que durmieron, perecieron si Jesús no levanta de entre los muertos.

Tenemos otro ejemplo en Mateo 22:25. Al hablar de siete hermanos, los saduceos dijeron del primero: "Se casó y murió" (Habiéndose casado, murió). Obviamente, aunque nuestra versión diga "se casó y murió", no quiere decir que el matrimonio y la muerte fueron simultáneos, ni que fueran la misma cosa. Eran sucesos diferentes, y el matrimonio precedió claramente a la muerte, probablemente por bastante tiempo.

Podríamos citar ejemplos similares. Hechos 5:10 diría: "Habiéndola sacado (Safira), la enterraron"; Hechos 13:51 sería: "Habiendo sacudido el polvo de sus pies, llegaron a Iconio." Hechos 16:6: "Y atravesaron la región de Frigia y Galacia habiendo recibido prohibición del Espíritu de que hablaran la Palabra en Asia"; Hechos 16:24: "Habiendo recibido las órdenes, los tiró a la prisión más interior." En estos casos y en muchos más, la acción del participio precede claramente a la acción del verbo principal.

Así que, aunque hay algunos casos en los cuales el participio de aoristo coincide con el verbo principal en aoristo, no se pueden considerar como la regla. La impresión general de Hechos 19:2 es que, ya que estos discípulos decían ser creyentes, el bautismo en el Espíritu Santo debería haber sido su paso siguiente, un paso definido después de creer, aunque no tuviera que estar separado del primero por un largo tiempo necesariamente.

La respuesta de los discípulos: "Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo", se podría traducir: "Pero si no hemos ni oído hablar de que el Espíritu Santo existe." Sin embargo, el significado no parece ser que nunca hubieran oído hablar de la existencia del Espíritu Santo. ¿Qué judío piadoso o gentil interesado por saber habría sido tan ignorante? Es más probable que la expresión se compare con Juan 7:39. Allí, la breve expresión "aún no había venido el Espíritu Santo" significa que la era del Espíritu, con su poderoso derramamiento, tal como había sido prometida, no había llegado aún.

A partir de esto, podemos ver que estos discípulos en realidad estaban diciendo que no habían oído que el bautismo en el Espíritu Santo estaba a su disposición. De hecho, varios antiguos manuscritos y versiones del Nuevo Testamento dicen así: "No hemos ni oído que haya quienes estén recibiendo el Espíritu Santo." Evidentemente, no se les enseñó nada sobre esto cuando se convirtieron.

Entonces Pablo les preguntó nuevamente y supo que estos discípulos habían sido bautizados solamente en el bautismo de Juan el Bautista. Les explicó que éste era sólo una preparación, un bautismo de arrepentimiento. El mismo Juan le había dicho al pueblo que debía creer en aquel que vendría, en Jesús. Por supuesto, esto significa que no sólo deberían aceptarlo como Mesías y Salvador, sino obedecerlo y seguir sus orientaciones para poder pedir el Espíritu y recibirlo. (Vea Lucas 11:9, 13; 24:29; Hechos 1:4, 5: 11:15, 16.) Gracias a la explicación de Pablo, los doce se bautizaron en el nombre (para la adoración y el servicio) del Señor Jesús. Entonces, después de que fueron bautizados en agua. Pablo les impuso manos y el Espíritu Santo descendió sobre ellos con la misma evidencia del día de Pentecostés. Comenzaron a hablar (y siguieron haciéndolo) en lenguas (idiomas) y a profetizar. Aunque Lucas no dice "otras" lenguas aquí, se ve claro que es el mismo don que fue repartido en el día de Pentecostés y ejercitado en la iglesia de Corinto.

Por tanto, es necesario hacer destacar que su bautismo en el Espíritu tuvo lugar no sólo después de que creyeron, sino en este caso, después de que fueron bautizados en agua. Pablo también les impuso manos, pero como en Samaria, la imposición de manos no fue la causa de que recibieran el Espíritu. Más bien fue un estímulo para su fe, y precedió, o al menos fue algo distinto de la venida del Espíritu sobre ellos. Entonces la presencia de las lenguas les dio una nueva seguridad de que la presencia y el poder del Espíritu Santo eran reales.

Dos años en Éfeso (19:8-10)

"Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios. Pero endureciéndose algunos y no creyendo, maldiciendo el Camino delante de la multitud, se apartó Pablo de ellos y separó a los discípulos, discutiendo cada día en la escuela de uno llamado Tiranno. Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús".

Como siempre. Pablo fue a la sinagoga para comenzar primero con los judíos cuando llegó a Éfeso. También en este caso, estaba cumpliendo su promesa de regresar (Hechos 18:21). Durante tres meses pudo hablar con denuedo y libertad, discutiendo sobre las cosas relativas al reino (gobierno, autoridad) de Dios (revelado en Jesús, ahora ascendido a la derecha del Padre, Hechos 2:30-33).

Tomó un poco más de tiempo que de ordinario aquí, pero finalmente algunos de los judíos inconversos se endurecieron (se volvieron obstinados, intransigentes) y se rebelaron. Demostraron su espíritu de rebeldía hablando mal públicamente del Camino, es decir, de la fe y la manera de vivir de los cristianos, ante las multitudes que se reunían para oír el Evangelio, y que llenaban la sinagoga al máximo.

Consecuentemente, Pablo se apartó de ellos. Encontró un lugar separado para que los discípulos se reunieran en la escuela o sala de conferencias de Tiranno. Allí, en lugar de reunirse el sábado solamente. Pablo predicó y enseñó el Evangelio a diario durante dos años.

Como más tarde señala Pablo (Hechos 20:34), continuó su rutina habitual. Trabajaba en su oficio de fabricante de tiendas desde el amanecer hasta cerca de las 11 a.m., para sostener a su grupo evangelístico. Entonces, después de que Tiranno terminaba sus conferencias. Pablo enseñaba desde las 11 a.m. hasta las 4 p.m. (según lo señalan el Códice Beza y otros manuscritos antiguos) a aquellos que le traían sus compañeros en la obra. Estos habían estado dando testimonio, juntándose con la muchedumbre de las calles y los mercados toda la mañana, y traían sus conversos para que recibieran más enseñanza.

Al atardecer (después de las 4 p.m.). Pablo iba a diversos hogares para enseñar y reafirmar a los creyentes y para ayudarlos a ganar a sus amigos y vecinos para el Señor. (Vea Hechos 20:20.)

El resultado fue que toda la provincia romana de Asia fue evangelizada. Tanto judíos como gentiles oyeron la Palabra. No hay evidencias de que Pablo saliera de la ciudad de Éfeso durante este período. No obstante, es evidente que las siete iglesias de Asia mencionadas en el Apocalipsis fueron fundadas en este momento.

Se establecieron muchas otras iglesias más. Puesto que Éfeso era un gran centro, llegaba a él gente de toda la provincia por negocios o por otros motivos. Muchos fueron convertidos, llenos del Espíritu y recibieron las enseñanzas de Pablo. Después, regresaron a sus ciudades y pueblos, donde se convirtieron en poderosos testigos de Cristo, y se formaron iglesias en torno suyo.

Milagros extraordinarios (19:11-20)

"Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que aun se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían. Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo. Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto. Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos.

Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Éfeso, así judíos como griegos; y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús. Y muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata. Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor".

Un factor importante en la difusión del Evangelio por el Asia romana fue el hecho de que Dios hacía milagros extraordinarios por medio de Pablo. La expresión griega en realidad significa que el Señor había hecho de los milagros algo de todos los días. Obraba con tanto poder por medio de Pablo, que la gente ya no quería esperar a que ministrara en el salón de conferencias de Tiranno. Entraban en su cuarto de trabajo, donde él estaba ocupado haciendo tiendas, y se llevaban pañuelos (en realidad, los pedazos de tela que usaba para limpiarse el sudor mientras trabajaba) y los delantales de trabajo que habían estado en contacto con su cuerpo (su piel). Los colocaban sobre los enfermos, y éstos eran librados de sus enfermedades. Hasta los espíritus inmundos salían de los que estaban poseídos por ellos.

Todo esto llamó la atención de un grupo de siete exorcistas ambulantes judíos que iban de lugar en lugar declarando que podían expulsar malos espíritus. Estos siete eran hijos de Esceva, sacerdote principal (uno de los más importantes entre los sacerdotes asociados con Anás y Caifás en Jerusalén). Posiblemente siguiendo el ejemplo de otros exorcistas judíos, decidieron usar el nombre de Jesús en una especie de fórmula: "Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo." Pero su intento falló. El espíritu malo respondió: "A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?" Entonces el hombre poseído por el espíritu malo saltó sobre ellos y los dominó a todos. De hecho, usó su fuerza de tal manera contra ellos, que los siete hermanos salieron huyendo de aquella casa desnudos y heridos.

La noticia de aquel suceso se esparció muy pronto por todo Éfeso, y un temor (pavor inspirado por lo sobrenatural) cayó sobre judíos y gentiles por igual. Esto hizo que magnificaran el nombre (carácter, persona y autoridad) del Señor Jesús.

Todo esto tuvo un importante efecto sobre los creyentes también. Muchos de ellos venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. El griego indica que comenzaron a manifestarse con firmeza por el Señor (con una entrega total). Se dieron cuenta de que tenían necesidad de santidad y justicia, además de salvación.

Otra consecuencia fue que ahora se dieron cuenta de que el verdadero poder sobre el mal se hallaba solamente en Jesús. Éfeso era también un centro de práctica de artes mágicas, especialmente la de lanzar conjuros sobre personas o cosas. Un considerable número de creyentes había practicado la magia, incluso

con intentos de predecir del futuro, o de influir sobre él. La mayoría tenían aún el libro que habían usado en sus hogares. (Los arqueólogos han descubierto algunos libros de este tipo.)

Ahora los creyentes comprendieron que estos libros, con sus fórmulas, conjuros y predicciones astrológicas, no tenían valor alguno. Más aún: eran puramente paganos, incluso diabólicos en su origen. Por tanto, trajeron todos sus libros y los quemaron públicamente. Los libros eran muy costosos en aquellos días, y cuando hicieron la cuenta de su precio, ascendió a 50.000 piezas de plata. Esto equivalía a lo que doscientos jornaleros o soldados ganarían juntos en un año.

Así termina Lucas la narración del éxito del Evangelio en Éfeso. Pero fue la Palabra del Señor (la Palabra referente a Jesús) la que credo poderosamente (con fuerza y poder divinos) y prevaleció (en forma saludable y vigorosa). El hecho de que más tarde (20:17) hubiera un buen número de ancianos en la iglesia de Éfeso, demuestra que había muchas iglesias en las casas y que toda la iglesia local continuó creciendo en forma saludable.

Pablo desea visitar Roma (19:21, 22)

"Pasadas estas cosas. Pablo se propuso en espíritu ir a Jerusalén, después de recorrer Macedonia y Acaya, diciendo: Después que haya estado allí, me será necesario ver también a Roma. Y enviando a Macedonia a dos de los que le ayudaban, Timoteo y Erasto, él se quedó por algún tiempo en Asia".

Pablo mismo sintió que estas cosas no significaban el fin, sino la plenitud de su ministerio en Éfeso. "Pasadas" es literalmente "cumplidas", e indica que había llevado a cabo el ministerio que había ido a realizar. El inmenso crecimiento de la iglesia en los dos años y algo anteriores, y la instrucción del pueblo y de sus dirigentes, significaba que ya podía dejarlos con confianza e irse a otro lugar a ministrar.

Las epístolas de Pablo dejan ver que había tenido problemas. Dice que en Éfeso batalló contra "fieras" (1 Corintios 15:32). Es probable que esto signifique que arriesgó su vida oponiéndose a "fieras" en forma humana, hombres que actuaban como fieras. También dice que había sufrido gran tribulación en Asia (esto es, en Éfeso), de tal modo que aun perdió la esperanza de conservar la vida, pero fue librado por Dios (2 Corintios 1:8-10). Lucas no dice nada sobre esto, pues al parecer, afectó personalmente a Pablo, pero no a la iglesia.

Ahora que todo marchaba bien. Pablo se propuso (decidió firmemente) en espíritu (o en el Espíritu Santo) ver a Roma. Pero primeramente volvería a visitar Macedonia, Grecia y Jerusalén. (Vea Romanos 1:11, 14, 15; 15:22-25.)

En el texto griego no queda claro si la decisión de Pablo fue tomada en su propio espíritu o en el Espíritu Santo. La expresión "en el espíritu", significa de ordinario "en el Espíritu Santo". (En los tiempos del Nuevo Testamento, el griego no distinguía entre mayúsculas y minúsculas.) También podemos estar seguros de que su propio espíritu estaba en armonía con el Espíritu Santo, y sometido a Él. Por tanto, su decisión era santa, y formaba parte de los planes de Dios.

Esto se ve más confirmado aún por su declaración: "Me será necesario ver también a Roma." El griego señala una necesidad de origen divino impuesta sobre él. Es el mismo tipo de expresión que se encuentra en Juan 4:4, cuando Jesús sintió el imperativo divino de pasar por Samaria. Más tarde, Jesús mismo confirmaría que el propósito de Pablo de ir a Roma le era verdaderamente agradable (Hechos 23:11). También sería confirmado por un ángel (27:23, 24).

De esta forma vemos cómo el Espíritu dirigió a Pablo y le dio una visión del siguiente paso en el plan de Dios para su ministerio. Sin embargo, esta visión no fue completa. Aún no sabía cómo Dios iba a hacer que fuera a Roma. Pero desde este momento hasta el final del libro de los Hechos, Roma es el objetivo de Pablo.

No obstante, no fue a Roma directamente, porque sintió la responsabilidad de visitar las iglesias de Macedonia y Grecia nuevamente y también tomar su ofrenda para la Iglesia de Jerusalén (Hechos 24:17; Romanos 15:26; 1 Corintios 16:1-4).

Más tarde les escribiría a los creyentes de Roma, reconociendo que había una iglesia establecida allí, aunque era obvio que nunca la había visitado ningún apóstol (Romanos 1:10-13). Por el tiempo en que les escribió a los romanos, también tenía la esperanza de seguir de Roma rumbo a España (Romanos 15:28).

Para preparar a las iglesias de Macedonia para su visita. Pablo envió a Timoteo y a Erasto por delante, pero él mismo se quedó por algún tiempo más en Éfeso. Como les diría a los corintios, una puerta grande y eficaz se le había abierto, pero eran muchos los adversarios (1 Corintios 16:8, 9).

Los plateros provocan un disturbio (19:23-29) *

"Hubo por aquel tiempo un disturbio no pequeño acerca del Camino. Porque un platero llamado Demetrio, que hacía de plata templecillos de Diana, daba no poca ganancia a los artífices; a los cuales, reunidos con los obreros del mismo oficio, dijo:

Varones, sabéis que de este oficio obtenemos nuestra riqueza; pero veis y oís que este Pablo, no solamente en Éfeso, sino en casi toda Asia, ha apartado a muchas gentes con persuasión, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos. Y no solamente hay peligro de que este nuestro negocio venga a desacreditarse, sino también que el templo de la gran diosa Diana sea estimado en nada, y comience a ser destruida la majestad de aquella a quien venera toda Asia, y el mundo entero.

Cuando oyeron estas cosas, se llenaron de ira, y gritaron, diciendo: ¡Grande es Diana de los efesios! Y la ciudad se llenó de confusión, y a una se lanzaron al teatro, arrebatando a Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de Pablo".

Pronto se hizo evidente la cantidad de adversarios que había en Éfeso. Lucas habla de estos sucesos llamándolos "un disturbio no pequeño" acerca del Camino (cristiano). Lo comenzó un platero llamado Demetrio. Su producción principal, como era el caso de la mayoría de los plateros de Éfeso, eran templecillos de plata en miniatura de Diana o Artemisa, que contenían una imagen en miniatura de esta diosa de la fertilidad llena de senos que se adoraba en Éfeso.

La diosa efesia en realidad no tenía relación con la otra Artemisa (o Diana), la Artemisa de Grecia conocida como la doncella cazadora e identificada por los romanos con su diosa Diana. La Artemisa de Éfeso era adorada principalmente en aquella ciudad (a pesar de sus pretensiones) y no se parecía en nada a la diosa romana Diana. Los nombres eran los mismos, pero las diosas eran distintas.

La demanda de aquellos templecillos solía mantener bastante ocupados a los plateros, y les proporcionaba amplias ganancias. Ahora, las ventas estaban decayendo. Por esto, Demetrio reunió a todos aquellos artífices e hizo un discurso en el que señalaba que el mensaje de Pablo había penetrado prácticamente por toda la provincia de Asia. Eran multitud los que habían creído la verdad de que no había dioses hechos por manos humanas, o dicho en otras palabras, que los ídolos eran inútiles. Por esto, la venta de los templecillos estaba disminuyendo y el oficio de fabricarlos estaba en peligro de caer en descrédito (rechazo, abandono). No sólo esto, sino que según Demetrio, el templo de la diosa Artemisa estaba en peligro, de ser destituido de su majestad, de que su magnificencia divina fuera disminuida o eliminada. Después, hizo la exagerada afirmación de que no sólo la provincia de Asia toda, sino todo el mundo (habitado), es decir, todo el Imperio Romano, la adoraba.

Sin pretenderlo, Demetrio dio testimonio del gran éxito que estaba teniendo la difusión del Evangelio. También triunfó en su propósito de impresionar a sus oyentes con respecto a sus bolsillos y con respecto a su orgullo cívico por el templo de Artemisa. Todo esto, tal como él había esperado, levantó una explosión de ira apasionada entre los artífices, que comenzaron a gritar con gran emoción: "¡Grande es Diana de los efesios!" El texto griego muestra que siguieron diciéndolo, y que su grito llenó toda la ciudad de confusión y de perturbación. El resultado fue que todos se precipitaron dentro del teatro (un anfiteatro o arena al estilo griego, a cielo abierto, con espacio para veinticinco mil personas).

Sin embargo, primero arrebataron a Gayo y a Aristarco, dos macedonios que se hallaban entre los compañeros de viaje de Pablo. Aristarco era oriundo de Tesalónica (Hechos 20:4). Su presencia nos indica que la compañía de Pablo era bastante más grande en este tercer viaje misionero, que en sus viajes anteriores. Estos dos acompañantes suyos fueron arrastrados dentro del anfiteatro, no por ellos mismos, sino porque se había agitado la ira de la muchedumbre contra Pablo.

Una confusión total (19:30-34)

"Y queriendo Pablo salir al pueblo, los discípulos no le dejaron. También algunas de las autoridades de Asia, que eran sus amigos, le enviaron recado, rogándole que no se presentase en el teatro. Unos,

pues, gritaban una cosa, y otros otra; porque la concurrencia estaba confusa, y los más no sabían por qué se habían reunido. Y sacaron de entre la multitud a Alejandro, empujándole los judíos. Entonces Alejandro, pedido silencio con la mano, quería hablar en su defensa ante el pueblo. Pero cuando le conocieron que era judío, todos a una voz gritaron casi por dos horas: ¡Grande es Diana de los efesios!"

Cuando Pablo quiso entrar a la muchedumbre enardecida, los discípulos no se lo permitieron. Algunos de los asiarcas (funcionarios relacionados con el culto romano en la provincia de Asia) que eran amigos suyos, le enviaron recado, rogándole que no se presentara en el anfiteatro. Sin duda, pensaban que la multitud lo podía hacer pedazos.

En la multitud, unos gritaban una cosa y otros otra. La asamblea (en griego, ekklesía, la misma palabra traducida generalmente como "iglesia") se hallaba en un estado de confusión total; la mayoría no sabían por qué se habían reunido.

En esta situación, los judíos sacaron de entre la multitud a Alejandro, con la intención de que los instruyera. Es decir, querían que les explicara que los judíos no eran responsables de lo que los cristianos estaban haciendo. El descendió hasta el frente y agitó la mano para llamar su atención y hacer su defensa ante aquella muchedumbre. Sin embargo, cuando reconocieron que era judío, toda la multitud se volvió histérica. A una sola voz, todos los que estaban allí se mantuvieron gritando lo mismo durante dos horas: "¡Grande es Diana (Artemisa) de los efesios!" La posesión de esta imagen y de su templo era una gran fuente de orgullo ciudadano para los habitantes de la ciudad.

Se apacigua la multitud (19:35-41)

"Entonces el escribano, cuando había apaciguado a la multitud, dijo: Varones efesios, ¿y quién es el hombre que no sabe que la ciudad de los efesios es guardiana del templo de la gran diosa Diana, y de la imagen venida de Júpiter? Puesto que esto no puede contradecirse, es necesario que os apacigüéis, y que nada hagáis precipitadamente. Porque habéis traído a estos hombres, sin ser sacrílegos ni blasfemadores de vuestra diosa. Que si Demetrio y los artífices que están con él tienen pleito contra alguno, audiencias se conceden y procónsules hay; acúsense los unos a los otros. Y si demandáis alguna otra cosa, en legítima asamblea se puede decidir. Porque peligro hay de que seamos acusados de sedición por esto de hoy, no habiendo ninguna causa por la cual podamos dar razón de este concurso. Y habiendo dicho esto, despidió la asamblea".

Por fin, el escribano (el secretario de la ciudad) logró apaciguar (controlar) la multitud, y les preguntó a los efesios: "¿Quién es el hombre que no sabe que la ciudad de los efesios es guardiana (literalmente, 'barrendera') del templo de la gran diosa Diana, y de la imagen venida de Júpiter (del cielo, de los dioses del cielo)?" Con esto, el escribano les hacía ver que no había razón para estar tan airados y agitados, puesto que aquellas cosas, en su opinión, eran innegables. Por tanto, su obligación era calmarse. Hubiera sido equivocado hacer algo precipitadamente (en forma impulsiva, apurándose a hacerla sin pensar primero).

El escribano también les señaló que los hombres que habían llevado al anfiteatro no eran sacrílegos (ladrones del templo) ni habían blasfemado contra su diosa. Es importante notar aquí, que Pablo ya llevaba cerca de tres años en Éfeso, pero no había evidencias de que él o algún otro cristiano hubiera dicho jamás nada contra el templo de Artemisa. Ellos no eran iconoclastas. Simplemente, se mantuvieron predicando las buenas nuevas de Jesucristo de forma positiva, y la venta de imágenes y de templecillos decayó automáticamente.

Después, los llamó a la ley y al orden. Había días de audiencia continuamente de forma regular en la plaza del mercado, y los procónsules estaban a disposición de ellos. Es decir, el gobernador nombrado por el Senado romano estaría allí para juzgar. Si Demetrio y sus compañeros de oficio tenían acusaciones contra alguien, que se acusaran unos a otros (en forma legal). Y si alguien demandaba alguna cosa más, se podía decidir en una asamblea (griego, ekklesía, la palabra traducida ordinariamente como "iglesia") legítima (legal, debidamente constituida), esto es, no en una asamblea (ekkklesía) tumultuosa como aquella.

El escribano estaba realmente molesto, porque este motín podía poner a la ciudad en el peligro de ser acusada de sedición (o revolución). No habría razón ni excusa buena a los ojos de los gobernantes romanos para los sucesos de aquel día; no podían rendir cuentas sobre aquella tumultuosa reunión, que

los romanos podían tomar como una reunión sediciosa o una conspiración. Después de esto, el escribano hizo que la asamblea (griego, ekklesía) se disolviera.

El uso del vocablo griego ekklesía para hablar de esta asamblea, es una importante ayuda para comprender el significado de la palabra, tal como era usada en los tiempos del Nuevo Testamento. Nos muestra que la palabra había perdido su antiguo significado de "convocación" y se usaba para designar a cualquier tipo de reunión, incluso una asamblea ilegal, o un tumulto en el que se reunía un grupo de ciudadanos, como aquel del anfiteatro. Así es como la palabra ekklesía, traducida de ordinario como "iglesia", puede ser traducida correctamente como "asamblea", con la connotación de que era una asamblea de ciudadanos cualquiera. En este pasaje, se usa para hablar de una asamblea de los ciudadanos de Éfeso. Cuando se usa para referirse a los creyentes, la traducción correcta es también asamblea, con la connotación de que es una asamblea de creyentes que son "conciudadanos de los santos" (Efesios 2:19).

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 20

Parte de la presión que sentía Pablo en Efeso era su preocupación y su profundo interés por todas las iglesias. Sus cartas a los corintios nos muestran que le preocupaban de manera especial los creyentes de Macedonia y de Grecia. (Vea 2 Corintios 11:28; 12-20; 13:6) Ya había enviado a Timoteo y a Erasto a Macedonia. Ahora había llegado el momento de que Pablo fuera también.

El regreso a Macedonia y Grecia (20:1-6)

Después que cesó el alboroto, llamó Pablo a los discípulos, y habiéndolos exhortado y abrazado, se despidió y salió para ir a Macedonia. Y después de recorrer aquellas regiones, y de exhortarles con abundancia de palabras, llegó a Grecia. Después de haber estado allí tres meses, y siéndole puestas asechanzas por los judíos para cuando se embarcase para Siria, tomó la decisión de volver por Macedonia. Y le acompañaron hasta Asia, Sópater de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe, y Timoteo; y de Asia, Tíquico y Trófimo. Estos, habiéndose adelantado, nos esperaron en Troas. Y nosotros, pasados los días de los panes sin levadura, navegamos de Filipos, y en cinco días nos reunimos con ellos en Troas, donde nos quedamos siete días.

Después de que cesaron el alboroto y los disturbios. Pablo llamó a los discípulos (los creyentes efesios), los exhortó (les dio ánimo) a que vivieran una vida santa y fueran fieles al Señor, como lo muestran las secciones prácticas de sus epístolas. Entonces, después de abrazarlos y despedirse de ellos, se marchó a Macedonia. Probablemente, ésta sería la última vez que vería a este cuerpo de creyentes. Cuando pasó más tarde por Efeso, camino de Jerusalén, sólo vio a los ancianos de la iglesia.

Es probable que fuera a Macedonia a través de Troas, con la esperanza de encontrar a Tito allí (2 Corintios 2:13). Al no encontrarlo allí, siguió hasta Filipos (2 Corintios 2:12, 13). En aquella ciudad se encontró con Tito, que era portador de buenas nuevas (2 Corintios 7:6, 7).

Durante el verano y el otoño. Pablo fue pasando por las diversas iglesias de Macedonia, dándoles exhortación con abundancia de palabras. Probablemente, también visitara las ciudades situadas al oeste de las que había visitado en el viaje anterior, puesto que en Romanos 15:19 dice que había predicado el evangelio con poder hasta llegar a Ilírico (Dalmacia) en la parte nordeste de Macedonia.

Después bajó a Grecia, donde pasó los tres meses del invierno de fines del año 56 y principios del 57 d.C. Lo más probable es que la mayor parte de este tiempo lo pasara en Corinto. La tradición afirma que escribió la epístola a los romanos en aquel lugar poco antes de marcharse.

Cuando se hallaba a punto de marcharse con rumbo a Siria, los judíos incrédulos tramaron asechanzas contra él, de manera que cambió sus planes. En lugar de tomar un barco desde Grecia, le aconsejaron que volviera a través de Macedonia.

Los siete hombres que iban a acompañar a Pablo al Asia, al parecer tomaron el barco como habían pensado originalmente. Fueron delante de Pablo a Troas y lo esperaron allí. Estos siete eran Sópater (llamado también Sosípater) de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe, y Timoteo; y de Asia, Tíquico y Trófimo (de Efeso). Muchos escritores estiman que ellos hicieron este viaje para representar a las iglesias que habían dado dinero como ofrenda para los pobres que había entre los

cristianos de Jerusalén. Tenían la responsabilidad de ver qué se hacía con el dinero e informar a sus iglesias locales al regresar. La Iglesia primitiva era muy cuidadosa en rendir buenas cuentas con el dinero, e igualmente cuidadosa en dárselas a conocer a los miembros de la congregación.

Después de los siete días de la fiesta del pan sin levadura, en abril, Pablo embarcó en Filipos, acompañado por Lucas. En Troas se encontraron con los demás y permanecieron allí siete días.

Eutico vuelve a la vida (20:7-12)

El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan. Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche, Y había muchas lámparas en el aposento alto donde estaban reunidos; y un joven llamado Eutico, que estaba sentado en la ventana, rendido de un sueño profundo, por cuanto Pablo disertaba largamente, vencido del sueño cayó del tercer piso abajo, y fue levantado muerto. Entonces, descendió Pablo y se echó sobre él, y abrazándole, dijo: No os alarméis, pues está vivo. Después de haber subido, y partido el pan y comido, habló largamente hasta el alba; y así salió. Y llevaron al joven vivo, y fueron grandemente consolados.

En Troas, es probable que Pablo fuera a la sinagoga en el sábado, como era su costumbre. Después, al día siguiente, los creyentes se reunieron con él y con sus acompañantes para partir el pan. Esto significa que todos llevaron comida, compartieron un banquete de fraternidad y terminaron con la observancia de la Cena del Señor.

Pablo aprovechó la oportunidad para predicar. Puesto que se marchaba al día siguiente, prolongó su discurso hasta la medianoche. Pudo hacerlo, porque había una gran cantidad de lámparas de aceite de oliva en el aposento alto donde estaban reunidos.

Había un joven llamado Eutico sentado en el borde de la ventana, escuchándolo. Alrededor de la medianoche, lo venció un sueño profundo. Todos tenían su atención fija en Pablo, así que nadie se dio cuenta. Mientras Pablo predicaba, el joven, desplomado por el sueño, se cayó del tercer piso y fue levantado muerto. Esto significa que estaba realmente muerto. Lucas, que era médico, tenía capacidad para determinarlo.

De inmediato, Pablo bajó (probablemente por una escalera exterior), se echó sobre él y lo rodeó fuertemente con sus brazos. Podemos estar seguros de que oraba mientras lo hacía. (Compare con 1 Reyes 17:21; 2 Reyes 4:34, donde Elías y Eliseo tuvieron experiencias similares.) Entonces dijo: "No os alarméis, pues está vivo." Literalmente, "porque su alma está en él". Es decir, la vida había regresado a él. :

Después de aquello, Pablo regresó, partió el pan, comió ("probó") con regocijo, y siguió hablando con los creyentes hasta el alba. Entonces se marchó. El joven fue llevado también vivo ante ellos (y totalmente recuperado) y fueron grandemente consolados.

Para Pentecostés, en Jerusalén (20:13-16)

Nosotros, adelantándonos a embarcarnos, navegamos a Asón para recoger allí a Pablo, ya que así lo había determinado, queriendo él ir por tierra. Cuando se reunió con nosotros en Asón, tomándole a bordo, vinimos a Mitilene. Navegando de allí, al día siguiente llegamos delante de Quío, y al otro día tomamos puerto en Samos; y habiendo hecho escala en Trogilio, al día siguiente llegamos a Mileto. Porque Pablo se había propuesto pasar de largo a Efeso, para no detenerse en Asia, pues se apresuraba por estar el día de Pentecostés, si le fuese posible, en Jerusalén.

Lucas y el resto de los compañeros de Pablo no se quedaron hasta el amanecer. Fueron por delante al barco y se embarcaron rumbo a Asón, en Misia, al sur de Troas, donde esperaban recoger a Pablo a bordo. El les había indicado que lo hicieran así. El barco recorrería una distancia mayor al darle la vuelta a la península (cabo Lectum), mientras que Pablo caminaría una distancia menor hasta Asón por tierra.

Lucas no nos dice por qué Pablo hizo esto; había alguna razón para que quisiera estar solo. Un poco más tarde, les diría a los ancianos efesios que en todas las ciudades, el Espíritu Santo le daba testimonio de que le esperaban en Jerusalén prisiones (cadenas) y tribulaciones (persecución, sufrimiento). Sin duda, Pablo necesitaba estar este tiempo solo, para aclarar las cosas con Dios con respecto a su ida a Jerusalén.

Navegando a lo largo de la costa del Asia Menor, se detuvieron en Mitilene, la capital de la isla de Lesbos, y después de tocar (pasar junto a) la isla de Samos, llegaron a Mileto, en la costa del Asia cercana a Efeso.

Pablo había decidido pasar de largo a Efeso. No quería tomarse mucho tiempo allí. Ciertamente, había puesto las cosas en claro con Dios, y ahora estaba apurado por llegar a Jerusalén para el día de Pentecostés (en mayo), si era posible. Este sería un momento en el cual los creyentes judíos de Palestina estarían reunidos y las ofrendas de Grecia y Macedonia serían de gran ayuda.

El ministerio fiel de Pablo (20:17-21)

Enviando, pues, desde Mileto a Efeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia. Cuando vinieron a él, les dijo: Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Pablo no pasó de largo a Efeso porque no le interesara la iglesia de allí. Para mostrarles su preocupación y su cuidado por ellos, llamó a los ancianos de la iglesia para que fueran a reunirse con él a Mileto. Esta ocasión era muy seria para él, porque creía que sería la última oportunidad en que los vería,

Por esto, comenzó por recordarles cómo todo el tiempo que había estado con ellos, había servido al Señor con toda humildad, con lágrimas y con pruebas que le habían venido por las asechanzas de los judíos (incrédulos). Al mismo tiempo, no había dejado que el peligro le impidiera decirles nada que les fuera útil, y les había enseñado en público y por las casas. Tanto a judíos como a gentiles, les había dado testimonio de que necesitaban arrepentimiento para con Dios (cambio de manera de pensar y de actitud) y fe en el Señor Jesús.

Dispuesto a morir (20:22-24)

Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la grada de Dios.

Entonces, Pablo les dijo a los ancianos que se dirigía a Jerusalén, no por voluntad propia, sino ya atado por el Espíritu para que fuera. Es decir, el Espíritu le había mostrado bien claramente que había una urgencia divina sobre él todavía para que fuera a Jerusalén. No sabía con qué se encontraría allí, excepto que el Espíritu por todas las ciudades le daba solemne testimonio (sin duda, a través del don de profecía) de que lo esperaban prisiones (cadenas) y tribulaciones (persecución, sufrimiento) allí. (Vea también Romanos 15:31.)

Este testimonio del Espíritu Santo no tenía la intención de impedir que Pablo fuera, porque aún estaba atado por el Espíritu para ir. En realidad, estaba dispuesto a ir. De ninguna manera consideraba su vida preciosa para sí mismo en comparación con la posibilidad de acabar su carrera (como en una competencia), y terminar el ministerio (el servicio) que había recibido del Señor Jesús, dando firme testimonio de las buenas nuevas de la gracia de Dios.

El reto del ejemplo de Pablo (20:25-35)

Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.

Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados. Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir.

A continuación. Pablo les dio a conocer a los ancianos que se trataba de una despedida definitiva. Nunca lo volverían a ver de nuevo. Por esta razón, dio testimonio de que estaba limpio de la sangre de todos ellos. Ezequiel había sido nombrado atalaya, encargado de alertar a los israelitas que estaban exiliados junto al canal de Quebar en Babilonia. Si no se lo advertía al pueblo y éste moría en sus pecados, se le pediría cuenta de su sangre (Ezequiel 3:18, 20; 33:6, 8). Pablo reconocía que tenía la misma pesada responsabilidad para con el pueblo al que el Señor lo había enviado a ministrar.

Nadie podía decir que Pablo no había sabido alertarlos. Más importante aún: nunca había rehuído anunciarles todo el consejo (el sabio consejo, el sabio propósito) de Dios. Tampoco lo rehuiría ahora. Por eso, a continuación (versículo 28) les siguió haciendo advertencias a los mismos ancianos. Debían mirar por ellos mismos (atenderse) y por todo el rebaño en medio del cual el Espíritu Santo los había hecho obispos (supervisores, superintendentes, ancianos gobernantes, presidentes de las congregaciones locales) para apacentar (pastorear) a la asamblea (griego, ekklesia, como en el 19:41) de Dios, 2 que El (Jesús) hizo suya por su propia sangre, es decir, a través del derramamiento de su sangre cuando murió en agonía en el Calvario (Efesios 1:7; Tito 2:14; Hebreos 9:12, 14; 13:12, 13).

Aquí vemos que Pablo esperaba que los ancianos tuvieran la función de supervisores y fueran los ejecutivos o cabezas gobernantes de la congregación local. Como nos muestra Hechos 14:23, eran elegidos para este cargo por un pueblo lleno del Espíritu y dirigido por Él. De esta forma, en realidad era el Espíritu Santo el que les daba el cargo. Más importante aún era que dependían de El en cuanto a los dones de administración (gobierno) necesarios para cumplir con su oficio (1 Corintios 12:28; Romanos 12:8). Gracias al Espíritu Santo, podían dar consejo sabio, dirigir los asuntos de negocios de la iglesia, ser líderes espirituales, y mostrar por su pueblo el tipo de amor, preocupación y cuidado que Jesús había mostrado por sus discípulos cuando estaba en la tierra.

Además de esto. Pablo esperaba de los ancianos que pastorearan la iglesia como la asamblea de Dios. El deber principal del pastor era llevar a las ovejas hacia donde había alimento y agua. Por esto, los ancianos necesitaban tener el ministerio de pastor y maestro, dado por Cristo y lleno de la unción y de los dones del Espíritu. Esta responsabilidad era grande. No estaban simplemente dirigiendo y enseñando a su iglesia, sino a la asamblea del Señor, una asamblea que El había hecho suya a un inmenso precio, el derramamiento de la preciosa sangre de Jesús. Se les exigía servir, y no dominar a aquellos a quienes dirigían.

Otra parte de la obra de un pastor era proteger a las ovejas de los enemigos. El cayado del pastor dirigía. La vara del pastor rompía los huesos de los lobos que venían a destruir las ovejas. Por esto. Pablo les advirtió a estos ancianos, que después de su partida entrarían lobos rapaces en medio de ellos, y no perdonarían al rebaño (re-bañito), sino que lo herirían seriamente.

Ninguno de aquellos lobos vendría del exterior. (Vea Mateo 7:15.) De en medio de los creyentes, incluso de entre los mismos ancianos, se levantarían algunos. Hablando cosas perversas, es decir, usando medias verdades o torciendo la verdad, tratarían de arrastrar tras sí a los discípulos para tener sus propios seguidores (entre los miembros de las asambleas locales). Esto quiere decir que su verdadero propósito sería edificarse ellos mismos, en lugar de edificar a la asamblea. También intentarían arrastrar discípulos que ya eran creyentes; tendrían poco interés en ganar a los perdidos para Cristo, y tampoco desearían desarrollar las iglesias que ya estuvieran establecidas. Los ancianos necesitaban mantenerse vigilantes contra lobos como estos. (Compare con 1 Timoteo 1:19, 20; 4:1-10; 2 Timoteo 1:15; 2:17, 18; 3:1-9; Apocalipsis 2:2-4.)

Pablo les había dado ejemplo en esto también. Durante el período de cerca de tres años en que había estado con ellos día y noche, nunca había dejado de alertar a cada uno de ellos con lágrimas. Es decir, que insistía a tiempo y a destiempo y siempre lo movía el tierno amor que les tenía. Por lo que leemos en las epístolas de Juan, vemos también que durante aquellos años sufrió la oposición de muchos lobos y falsos hermanos.

Pablo siempre hacía algo más que advertir. Por eso también los encomendó (puso en manos de) a Dios y a la palabra de su gracia, que tenía poder para sobreedificarlos y para darles herencia con todos los santificados (santos, apartados para seguir al Señor Jesús, tratados como pueblo santo, santos de Dios).

También en cuanto a servicio desinteresado. Pablo había sentado ejemplo. No había deseado ni codiciado plata, oro ni vestido. Bien sabían ellos que con sus propias manos había servido (ministrado) a sus propias necesidades y a las de aquellos que estaban con él. Como les diría a los Tesalonicenses, trabajó noche y día para no serle carga a ninguno de ellos (1 Tesalonicenses 2:9).

Ciertamente, le dijo a Timoteo que los ancianos que gobiernan bien deberían recibir doble honorario, porque el obrero es digno de su salario (1 Timoteo 5:17, 18). Pero esto se aplica a las iglesias firmemente establecidas, crecientes y en las que hay buena enseñanza. Cuando Pablo llegaba a un lugar nuevo, tenía cuidado de demostrar que no estaba predicando el Evangelio para conseguir beneficios materiales. El amor de Cristo lo constreñía (2 Corintios 5:14).

Pablo trabajó con sus manos también, para sentar un ejemplo para todos. El objetivo de todo creyente debería ser el de dar, y no solamente recibir. Deberíamos hacernos maduros y fuertes, y trabajar arduamente, para poder dar a fin de que se socorra a los débiles (los físicamente enfermos o débiles, y también los espiritualmente débiles). 4 Al hacer esto, debían recordar las palabras de Jesús: "Más bienaventurado es dar que recibir."

Esta máxima de Jesús no está escrita en ninguno de los cuatro evangelios. Pablo dice en Gálatas que él no recibió su Evangelio de los hombres, sino directamente de Jesucristo, por revelación (Gálatas 1:11, 12). Es decir, hasta las máximas de Jesús, fue El mismo quien se las dio. En una serie de lugares de sus epístolas, indica que tiene una palabra o máxima de Jesús para confirmar lo que dice. Aquí usa uno de aquellos refranes de Jesús para darle más fuerza a su consejo a estos ancianos de Efeso.

Una triste despedida (20:36-38)

Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos. Entonces hubo gran llanto de todos; y echándose al cuello de Pablo, le besaban, doliéndose en gran manera por la palabra que dijo, de que no verían más su rostro. Y le acompañaron al barco.

Cuando Pablo terminó de hablar, tanto él como los ancianos se arrodillaron para orar juntos. La oración de rodillas era común en la Iglesia primitiva (Hechos 9:40; 21:5). Pero también oraban de pie y sentados.

Después de la oración, hubo gran llanto, a medida que iban echándose al cuello de Pablo y lo besaban (probablemente en ambas mejillas). Estaban llenos de profundo dolor y sufrimiento, sobre todo porque Pablo había dicho que no volverían a ver su rostro. Entonces, como señal de su afecto y su respeto, lo escoltaron hasta el barco.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 21

La despedida de Mileto debe haber sido muy dura para Pablo. Tampoco se hicieron más fáciles las cosas a medida que seguía su viaje hacia Jerusalén. Todo el camino estaba lleno de tristes despedidas.

Una profecía en Tiro (21:1-6)

Después de separarnos de ellos, zarpamos y fuimos con rumbo directo a Cos, y al día siguiente a Rodas, y de allí a Pátara. Y hallando un barco que pasaba a Fenicia, nos embarcamos, y zarpamos. Al avistar Chipre, dejándola a mano izquierda, navegamos a Siria, y arribamos a Tiro, porque el barco había de descargar allí. Y hallados los discípulos, nos quedamos allí siete días; y ellos decían a Pablo por el Espíritu, que no subiese a Jerusalén.

Cumplidos aquellos días, salimos, acompañándonos todos, con sus mujeres e hijos, hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la playa, oramos. Y abrazándonos los unos a los otros, subimos al barco y ellos se volvieron a sus casas.

En el primer día. Pablo y sus acompañantes llegaron a la isla de Cos; en el siguiente, a la de Rodas y desde allí siguieron hasta desembarcar en Pátara, en la costa de la provincia romana de Licia. En aquel

lugar hallaron un barco que pasaba a Fenicia, que los llevó a Tiro. En Tiro tenían una espera de siete días mientras el barco descargaba.

Pablo no sabía dónde se hallaban los cristianos de Tiro. Sin embargo, los buscó hasta encontrarlos y pasó el tiempo con ellos. Aquí, como en muchos otros lugares antes, el Espíritu advirtió lo que le iba a suceder en Jerusalén. La Biblia no dice cómo hizo esto, pero al ver lo que sucedería un poco después en Cesarea, podemos tener la seguridad de que la advertencia les llegó en forma de profecía.

Leemos que los creyentes le decían (una y otra vez) a Pablo "por el Espíritu" que no subiera a Jerusalén. No obstante, esto no quiere decir que el Espíritu no quisiera que él fuera a Jerusalén. La expresión "por el" (griego, διά) no corresponde a la palabra usada en los pasajes anteriores para hablar de la actuación directa del Espíritu. (Vea Hechos 13:4, donde el término griego es hypó, palabra usada para indicar una actuación directa o primaria.) Aquí estaría mejor traducida la expresión griega como "en consecuencia del Espíritu", esto es, por lo que el Espíritu decía. Está muy claro que el Espíritu mismo no le prohibía a Pablo seguir adelante. Al contrario, lo constreñía a ir (Hechos 20:22). Pablo sabía que el Espíritu Santo no se contradice a sí mismo. No era el Espíritu, sino su amor por Pablo el que les hacía decir que no debía ir. En otras palabras, debido a la profecía sobre las cadenas y la prisión, el pueblo expresaba su sentimiento de que él no debía ir. Pero Pablo se negó a permitir que impusieran sus sentimientos sobre él. Por tanto, siguió obediente a lo que el Espíritu Santo lo dirigía personalmente a hacer, esto es, seguir hacia Jerusalén.

Al cabo de los siete días, todos los creyentes habían llegado a conocer y amar a Pablo. Por esto, cuando terminó la semana, todos ellos, con sus esposas e hijos, lo acompañaron hasta fuera de la ciudad. Allí, en la playa, todos se arrodillaron y oraron antes de abrazarlos para despedirse y volver a sus respectivos hogares.

La profecía de Cesarea (21:7-14)

Y nosotros completamos la navegación, saliendo de Tiro y arribando a Tolemaida; y habiendo saludado a los hermanos, nos quedamos con ellos un día. Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él. Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban. Y permaneciendo nosotros allí algunos días, descendió de Judea un profeta llamado Agabo, quien viniendo a vernos, tomó el cinto de Pablo, y atándose los pies y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles.

Al oír esto, le rogamos nosotros y los de aquel lugar, que no subiese a Jerusalén. Entonces Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, más aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Y como no le pudimos persuadir, desistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor.

Después de detenerse a mitad del camino en Tolemaida (el Antiguo Testamento la menciona como Acó en Jueces 1:31, y actualmente se llama Acre o Akka), donde pasaron el día con los cristianos, el barco los llevó a Cesarea. Allí se quedaron en el hogar de Felipe el evangelista, uno de los siete (Hechos 6:5). Ahora tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban.

La mención de estas hijas parece ser significativa. Demuestra que la familia de Felipe servía al Señor y que él animaba a todos sus miembros a buscar y ejercitar los dones del Espíritu. También parece que su ministerio en este don de profecía debe haberle llevado ánimo y bendición a Pablo. (Compare con 1 Corintios 14:3.) En Mileto estaba ansioso por apresurarse a seguir su camino. Pero aquí, la bendición del Señor era tan abundante, que se quedó algunos días. También es probable que Felipe le diera a Lucas una buena cantidad de información sobre los primeros tiempos de la Iglesia en Jerusalén.

Entonces descendió de Judea el profeta Agabo, el mismo que había profetizado sobre el hambre en Hechos 11:28. Tomando el cinto de Pablo (probablemente hecho de tela), se ató los pies y las manos, como lección objetiva. Entonces dio de parte del Espíritu Santo la profecía de que los judíos atarían (o serían la causa de que ataran) a Pablo y lo entregarían en manos de los gentiles (es decir, en manos de los gobernantes romanos).

Debido a esta profecía, los que estaban reunidos en el hogar de Felipe junto con los compañeros de Pablo le rogaron todos que no subiera a Jerusalén. Sin duda, esta situación fue similar a la de Tiro. Cuando oyeron el mensaje del Espíritu, expresaron sus propios sentimientos.

Sin embargo. Pablo dijo: "¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón?" "Quebrantar (destrazar) el corazón" era una frase usada para significar que se quebrantaba la voluntad de la persona, se debilitaba su firmeza en sus decisiones, o se hacía que la persona quedara "destrizada", incapaz de realizar nada. Para hacer que dejaran de llorar. Pablo declaró que estaba listo no sólo a ser atado, sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Sabía que la voluntad de Dios sobre él era que fuera. Entonces, los demás terminaron por decir: "Hágase la voluntad del Señor." (Compare con Lucas 22:42.) Finalmente reconocían que era realmente la voluntad de Dios que Pablo fuera a Jerusalén.

En realidad, era muy importante para los cristianos saber que era voluntad de Dios que Pablo fuera atado. Todavía había un buen número de judaizantes que se oponían al Evangelio que Pablo predicaba. Aún estaban tratando de exigirles a los gentiles que se hicieran judíos antes de poder convertirse en cristianos. Con respecto a esto, decían que los creyentes gentiles perderían su salvación y nunca heredarían las bendiciones futuras que Dios tenía preparadas para ellos.

Si Pablo hubiera ido a Jerusalén sin todas aquellas advertencias que hicieron que la Iglesia supiera lo que iba a suceder, los judaizantes hubieran utilizado muy pronto su arresto como señal del juicio de Dios. Habrían dicho: "¿Ven? Ya lo decíamos. La predicación de Pablo está equivocada por completo." Esto hubiera traído gran confusión al seno de las iglesias. Pero el Espíritu Santo dio testimonio de Pablo y del Evangelio que él predicaba con estas profecías. Al mismo tiempo, la Iglesia misma quedaba protegida de las fuerzas que podrían haber causado una división. Ciertamente, el Espíritu Santo es el Guía y Protector que necesitamos.

La bienvenida en Jerusalén (21:15-19)

Después de esos días, hechos ya los preparativos, subimos a Jerusalén. Y vinieron también con nosotros de Cesarea algunos de los discípulos, trayendo consigo a uno llamado Mnasón, de Chipre, discípulo antiguo, con quien nos hospedaríamos. Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gozo. Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos; a los cuales, después de haberles saludado, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio.

Nuestra versión dice: "Hechos ya los preparativos". Otras traducciones presentan esta frase como "Tomamos nuestros carruajes", lo cual probablemente significaría que ensillaron unos caballos. Sin embargo, muchos escritores se inclinan más por la primera traducción, la cual significaría simplemente que habían empacado sus cosas (su equipaje). Es posible que estén incluidos en el original ambos significados. Pablo y sus compañeros, junto con algunos discípulos de Cesarea, subieron a Jerusalén. Estos creyentes de Cesarea conocían a un creyente llamado Mnasón, de Chipre el cual, como Bernabé, era uno de los discípulos antiguos (originales), es decir, uno de los ciento veinte. (No tenía que ser "antiguo" por tener edad avanzada precisamente.) Tenía fama de ser un anfitrión al que le encantaba recibir extranjeros. Como Bernabé también, sentiría simpatía por Pablo, y no tendría objeción en recibir a los creyentes gentiles.

En Jerusalén, los hermanos (entre ellos Mnasón) los recibieron con gozo y, como indica el griego, los atendieron con verdadera hospitalidad. Al día siguiente. Pablo tomó consigo a Lucas y al resto de sus acompañantes y fueron a ver a Santiago, el hermano de Jesús. Todos los ancianos de la iglesia de Jerusalén estaban presentes también. Pero es digno de notarse que no se menciona a los apóstoles. Probablemente, como afirma buena parte de la tradición sobre la Iglesia primitiva, ya se habían dispersado para difundir el Evangelio en muchas direcciones distintas.

Después de saludar a estos ancianos. Pablo les dio un informe detallado de lo que Dios había hecho en medio de los gentiles por medio de su ministerio. Debe haber sido un recuento de su segundo y tercer viajes misioneros, paso por paso. Específicamente, les relató todo lo sucedido desde la última vez que había estado con ellos en el Concilio que aparece en el capítulo 15.

Ánimo para los creyentes Judíos (21:20-26)

Quando ellos lo oyeron, glorificaron a Dios, y le dijeron: Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley. Pero se les ha informado en cuanto a ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos, ni observen las costumbres. "¿Qué hay, pues? La multitud se reunirá de cierto, porque oirán que has venido. Haz, pues, esto que te decimos: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen obligación de cumplir voto. Tómalos contigo, purifícate con ellos, y paga sus gastos para que se rasuren la cabeza; y todos comprenderán que no hay nada de lo que se les informó acerca de ti, sino que tú también andas ordenadamente, guardando la ley. Pero en cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les hemos escrito determinando que no guarden nada de esto; solamente que se abstengan de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación.

Entonces Pablo tomó consigo a aquellos hombres, y al día siguiente, habiéndose purificado con ellos, entró en el templo, para anunciar el cumplimiento de los días de la purificación, cuando había de presentarse la ofrenda por cada uno de ellos.

Santiago y los demás ancianos glorificaron todos a Dios, por todo lo que estaba haciendo en medio de los gentiles. Pero había otro motivo de honda preocupación que estaba afectando a la Iglesia de Jerusalén. Miles, literalmente decenas de miles (griego, myriádes) de judíos de la región de Jerusalén habían creído que Jesús era su Mesías, Señor y Salvador. Todavía eran celosos de la Ley (zelotes, firmemente comprometidos con la Ley de Moisés). Habían llegado falsos maestros a ellos, probablemente judaizantes, o si no, judíos no convertidos del Asia Menor, Macedonia o Greda. Estos les habían dicho (enseñado deliberadamente) a los creyentes de Jerusalén una y otra vez que Pablo les estaba enseñando a todos los judíos que vivían entre los gentiles (las naciones situadas fuera de Palestina) que no circuncidaran a sus hijos. También decían que Pablo les enseñaba que dejaran de observar sus costumbres (judías). Esto no era más que difamación. Pablo había circuncidado a Timoteo; hacía poco tiempo, él mismo había hecho un voto.

Los ancianos reconocían que aquellas acusaciones eran falsas. Pero todos en Jerusalén las habían oído una y otra vez. Ahora, puesto que todos sabrían seguramente que Pablo había llegado, ¿qué se debía hacer? Santiago y los ancianos tenían una sugerencia. Veían una forma de detener los rumores y demostrar que eran falsos. Cuatro de los creyentes judíos habían hecho un voto, obviamente, un voto temporal de nazareos. De acuerdo con este voto, cualquier israelita, hombre o mujer, al hacerlo, podía declarar que se consagraba por completo a Dios y a su voluntad. Generalmente, se hacía por un período limitado de tiempo. Al terminar el período que habían escogido, ofrecían sacrificios costosos, entre los cuales había un cordero macho y una hembra, un carnero y otras ofrendas. Después, se hacían rapar la cabeza, como señal de que había terminado el voto (Números 6:14-20).

Pablo no hizo el voto él. Pero le pidieron que pasara por las ceremonias de purificación junto con ellos y pagara por los sacrificios, para que pudieran terminar de cumplir el voto y raparse la cabeza. 3 Esto les mostraría a los creyentes y a todo el mundo en Jerusalén que Pablo no les enseñaba a los creyentes judíos que fueran contra las costumbres de sus padres. También sería una respuesta a todas las cosas falsas dichas sobre Pablo, y demostraría que él personalmente era recto y observaba la Ley.

Entonces Jacobo (Santiago) y los ancianos confirmaron la decisión del Concilio en Hechos 15, una decisión que Pablo ya les había llevado a los gentiles creyentes. Es decir, aunque querían que Pablo, como judío creyente, mostrara que no les pedía a los judíos que vivieran como gentiles, aun así estaban dispuestos a aceptar a los creyentes gentiles sin pedirles que se hicieran judíos.

Al día siguiente. Pablo tomó consigo a los cuatro hombres e hizo lo que le habían pedido, anunciando el cumplimiento de los días de la purificación hasta que el sacrificio fue ofrecido por todos ellos. Como les diría a los corintios, se hizo judío con los judíos, y a los que están sujetos a la Ley, como sujeto a la Ley (1 Corintios 9:20).

Los judíos de Asia provocan un tumulto (21:27-30)

Pero cuando estaban para cumplirse los siete días, unos judíos de Asia, al verle en el templo, alborotaron a toda la multitud y le echaron mano, dando voces: ¡Varones israelitas, ayudad! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, la ley y este lugar; y además de esto, ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar. Porque antes habían visto con él en la

ciudad a Trófimo, de Éfeso, a quien pensaban que Pablo había metido en el templo. Así que toda la ciudad se conmovió, y se agolpó el pueblo; y apoderándose de Pablo, le arrastraron fuera del templo, e inmediatamente cerraron las puertas.

El plan de los ancianos de Jerusalén falló. En lugar de satisfacer a los judíos, sucedió lo contrario cuando los siete días de purificación casi habían terminado. Había judíos procedentes de la provincia romana de Asia en Jerusalén; habían llegado para la fiesta de Pentecostés. Estos lo vieron en el Templo y lanzaron a toda la multitud a la confusión. Entonces, apresaron con violencia a Pablo.

Lo habían visto en la ciudad con Trófimo, un creyente gentil de Éfeso. Así llegaron a la falsa conclusión de que Pablo lo había hecho entrar al Templo. 5 Entonces gritaron que Pablo era el que por todas partes enseñaba a todos contra el pueblo (los judíos) y contra la Ley, y ahora había profanado el Templo al hacer entrar en él a griegos (gentiles).

Al oír esto, toda la ciudad de Jerusalén se estremeció. (Es probable que muchos de ellos estuvieran ya en el Templo en este momento.) Los judíos se reunieron corriendo desde todas las direcciones, apresaron a Pablo y lo arrastraron fuera del Templo, golpeándolo mientras se lo llevaban. De inmediato, se cerraron las grandes puertas que daban al patio de las mujeres, para que la muchedumbre no lo pudiera profanar. Sin embargo, nadie pareció darse cuenta de que Pablo no tenía gentiles consigo.

Los romanos rescatan a Pablo (21:31-40)

Y procurando ellos matarle, se le avisó al tribuno de la compañía, que toda la ciudad de Jerusalén estaba alborotada. Este, tomando luego soldados y centuriones, corrió a ellos. Y cuando ellos vieron al tribuno y a los soldados, dejaron de golpear a Pablo. Entonces, llegando el tribuno, le prendió y le mandó atar con dos cadenas, y preguntó quién era y qué había hecho. Pero entre la multitud, unos gritaban una cosa, y otros otra; y como no podía entender nada de cierto a causa del alboroto, le mandó llevar a la fortaleza. Al llegar a las gradas, aconteció que era llevado en peso por los soldados a causa de la violencia de la multitud; porque la muchedumbre del pueblo venía detrás, gritando: ¡Muera!

Cuando comenzaron a meter a Pablo en la fortaleza, dijo al tribuno: ¿Se me permite decirte algo? Y él dijo: ¿Sabes griego? ¿No eres tú aquel egipcio que levantó una sedición antes de estos días, y sacó al desierto los cuatro mil sicarios? Entonces dijo Pablo: Yo de cierto soy hombre judío de Tarso, ciudadano de una ciudad no insignificante de Cilicia; pero te ruego que me permitas hablar al pueblo. Y cuando él se lo permitió. Pablo, estando en pie en las gradas, hizo señal con la mano al pueblo. Y hecho gran silencio, habló en lengua hebrea, diciendo.

La muchedumbre ya trataba de matar a Pablo cuando le llegó información al tribuno (el oficial que mandaba sobre una cohorte de seiscientos a mil hombres estacionados en la torre — castillo, fortaleza — Antonia, al noroeste, dominando la zona del Templo). Le dijeron que todo Jerusalén se hallaba en estado de confusión. De inmediato el tribuno tomó consigo soldados y centuriones (oficiales que mandaban sobre un centenar de soldados de infantería) y con gran demostración de fuerza fue corriendo hacia ellos.

La presencia del tribuno y de todos los soldados hizo que la multitud dejara de golpear a Pablo. Atándolo con dos cadenas, el tribuno les preguntó a los judíos quién era y qué había hecho. Todos comenzaron a gritar cosas distintas al mismo tiempo. El tribuno no tenía manera de estar seguro de lo que se estaba diciendo en medio de todo aquel alboroto. De manera que les ordenó a los soldados que llevaran a Pablo al interior de la fortaleza (la torre Antonia).

Los soldados tuvieron que cargar a Pablo en peso por las gradas que llevaban de la zona del Templo a la torre Antonia, debido a la violencia de la multitud- Esta los seguía, tratando de quitarles a Pablo y gritando (chillando en voz muy alta una y otra vez): "¡Muera!" Estaban expresando que sólo les satisfaría su muerte. De hecho, lo hubieran destrozado si los soldados no lo hubieran levantado y rodeado.

Cuando los soldados llegaron a la parte superior de las escaleras y estaban a punto de entrar en la fortaleza, la muchedumbre fue quedando atrás. Entonces Pablo le habló en griego al tribuno. Este pareció sorprenderse de que Pablo supiera griego, y le preguntó si no era él el egipcio que había levantado una sedición (como revolucionario político) y había sacado al desierto a cuatro mil judíos fanáticos (sicarii, sicarios, "los hombres de las dagas"), renombrados porque asesinaban a quienes se les opusieran.

Pablo le respondió identificándose como judío y ciudadano de la importante ciudad de Tarso. Entonces le pidió permiso para hablarle al pueblo. Cuando le fue concedido, se le permitió ponerse de pie en las gradas. Pablo hizo señal con la mano de que quería hablar, logró la atención de la multitud y de pronto se hizo un gran silencio. Luego, Pablo comenzó a hablarles en lengua hebrea.

Generalmente se considera que el texto habla del arameo, la lengua que los judíos trajeron al regresar de Babilonia después de su exilio en aquel lugar en el siglo sexto a.C. Pero hay algunas evidencias de que los judíos de Jerusalén tenían a timbre de orgullo ser capaces de usar el hebreo antiguo (bíblico). También leían la Biblia primero en hebreo en las sinagogas todas las semanas antes de parafrasearla en arameo, de manera que todos estarían familiarizados con el hebreo bíblico. Sin embargo, puesto que podrían entender ambos idiomas, no está claro a cuál se hace referencia aquí. En algunos pasajes del Nuevo Testamento, la palabra "hebreo" es usada para referirse al arameo, lengua estrechamente relacionada con él que era usada en la mayoría de los hogares de Palestina.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 22

Esta defensa hecha en las gradas fue la primera de las cinco que se le permitieron a Pablo. En ella, hace resaltar su herencia judía y su encuentro con Cristo.

Testigo de Cristo (22:1-21)

Varones hermanos y padres, oíd ahora mi defensa ante vosotros. Y al oír que les hablaba en lengua hebrea, guardaron más silencio. Y él les dijo: Yo de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios, como hoy lo sois todos vosotros. Perseguí yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres; como el sumo sacerdote también me es testigo, y todos los ancianos, de quienes también recibí cartas para los hermanos, y fui a Damasco para traer presos a Jerusalén también a los que estuviesen allí, para que fuesen castigados.

Pero aconteció que yendo yo, al llegar cerca de Damasco, como a mediodía, de repente me rodeó mucha luz del cielo; y caí al suelo, y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo entonces respondí: ¿Quién eres Señor? Y me dijo:

Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues. Y los que estaban conmigo vieron a la verdad la luz, y se espantaron; pero no entendieron la voz del que hablaba conmigo. Y dije: ¿Qué haré Señor? Y el Señor me dijo: Levántate, y ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas. Y como yo no veía a causa de la gloria de la luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, llegué a Damasco.

Entonces uno llamado Ananías, varón piadoso según la ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que allí moraban, vino a mí, y acercándose, me dijo:

Hermano Saulo, recibe la vista. Y yo en aquella misma hora recobré la vista y lo miré. Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído. Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.

Y me aconteció, vuelto a Jerusalén, que orando en el templo me sobrevino un éxtasis. Y le vi que me decía: Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. Yo dije: Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban. Pero me dijo: Ve, porque yo te enviaré lejos a los gentiles.

Cuando la multitud reconoció que Pablo estaba hablando en hebreo, se quedó más callada aún (no porque el hebreo fuera un lenguaje sagrado, sino porque les hizo darse cuenta de que era judío, y no gentil, ya que los gentiles trataban sus negocios con los judíos en idioma griego). Entonces Pablo se identificó como judío nacido en Tarso, pero criado en Jerusalén, a los pies de Gamaliel. Es decir, su instrucción secular estuvo a cargo de aquel famoso rabino. Gamaliel lo había enseñado a prestar estricta atención a todos los detalles de la Ley de los padres (la Ley de Moisés con las adiciones de todas las

tradiciones de los escribas y fariseos). El también había sido un zelote, devotamente consagrado a Dios, tal como eran los que lo escuchaban. Se ve con claridad que Pablo no los culpaba por haberlo golpeado. Había habido un tiempo en el cual, movido por su celo por Dios, él hubiera hecho lo mismo.

En realidad. Pablo había perseguido este Camino (cristiano) hasta el punto de causar la muerte de los creyentes, apresando a muchos hombres y mujeres, y haciendo que los echaran en la cárcel. El sumo sacerdote era testigo de todo aquello, como lo eran también todos los ancianos (del Sanedrín). Ellos le habían dado cartas para los judíos de Damasco, y él se había ido allí para llevar a los creyentes atados a Jerusalén a fin de que fueran castigados.

A continuación. Pablo les narró el relato de la luz venida del cielo y la voz de Jesús que sus compañeros no oyeron (en el sentido de que no habían comprendido lo que decía). También les llamó la atención al hecho de que Ananías de Damasco era un hombre piadoso (devoto, temeroso de Dios) según la Ley, es decir, en la forma cuidadosa en que guardaba la Ley. Todos los judíos que vivían en Damasco daban testimonio favorable de él.

Entonces, les dio más detalles sobre lo que Ananías le había dicho después de devolverle la vista. Ananías le había dicho que el Dios de sus padres (el Dios de Abraham, Isaac y Jacob) lo había escogido (elegido, seleccionado) a él para que conociera su voluntad (se diera cuenta de cuál era), y oyera su voz, no a distancia, sino de su misma boca, cara a cara. Dios hacía esto para que él pudiera ser testigo suyo ante todos los hombres (toda la humanidad) de lo que había visto y oído.

Entonces Ananías le había dicho: "Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre". Aquellas palabras eran un llamado a expresar su fe. Los pecados serían lavados cuando invocara el nombre del Señor, sin embargo; no por el agua del bautismo. Como lo señala Pedro, las aguas del bautismo no pueden lavar ninguna de las inmundicias de la carne (es decir, de la vieja naturaleza). Más bien son una respuesta (llamamiento, compromiso) de una buena conciencia que ya ha sido limpiada por la fe en la muerte y la resurrección de Cristo (1 Pedro 3:20, 21; Romanos 10:9, 10). Pedro también compara esto a Noé. Esto es: el hecho de que Noé saliera del diluvio era testimonio de la fe que había hecho que construyera el arca antes de él (1 Pedro 3:20; vea Hebreos 11:7). Por tanto, el paso por las aguas del bautismo da testimonio de la fe que ha creído en Cristo y recibido la purificación por su sangre y su Palabra antes del bautismo.

Después de esto. Pablo había pasado por alto sus experiencias en Damasco y les contaba cómo había vuelto a Jerusalén. Allí, orando en aquel mismo Templo, le sobrevino un éxtasis. No se trataba de un "trance", en el sentido moderno o pagano, sino un estado en el cual su mente fue perturbada por las circunstancias. Entonces vio a Jesús, quien le dijo que se apresurara a salir de Jerusalén, porque el pueblo de Jerusalén no recibiría su testimonio sobre Él. Pablo trató de discutir, diciéndole que ellos sabían todo lo que él había hecho con respecto a la muerte de Esteban. Al parecer, sentía que lo atenderían con toda seguridad cuando vieran el cambio que había tenido lugar en su persona. Pero Jesús le ordenó nuevamente que se fuese. Su propósito era enviarlo (como apóstol) lejos, a los gentiles (las naciones).

Esta aparición de Jesús, y su mandato, no habían sido explicados en el capítulo 9. En aquella ocasión, los dirigentes de Jerusalén, al conocer que se había hecho un complot para asesinar a Pablo, lo enviaron a Tarso. Pero ahora queda aclarado que fue necesaria esta aparición de Jesús para- que él estuviera dispuesto a irse.

Romano por nacimiento (22:22-30)

Y le oyeron hasta esta palabra; entonces alzaron la voz, diciendo: Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva. Y como ellos gritaban y arrojaban sus ropas y lanzaban polvo al aire, mandó el tribuno que le metiesen en la fortaleza, y ordenó que fuese examinado con azotes, para saber por qué causa clamaban así contra él. Pero cuando le ataron con correas. Pablo dijo al centurión que estaba presente: ¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado? Cuando el centurión oyó esto, fue y dio aviso al tribuno, diciendo: ¿Qué vas a hacer? Porque este hombre es ciudadano romano.

Vino el tribuno y le dijo: Dime, ¿eres tú ciudadano romano? Él dijo: Sí. Respondió el tribuno: Yo con una gran suma adquiriré esta ciudadanía. Entonces Pablo dijo: Pero yo lo soy de nacimiento. Así que, luego se apartaron de él los que le iban a dar tormento; y aun el tribuno, al saber que era ciudadano

romano, también tuvo temor por haberle atado.

Al día siguiente, queriendo saber de cierto la causa por la cual le acusaban los judíos, le soltó de las cadenas, y mandó venir a los principales sacerdotes y a todo el concilio, y sacando a Pablo, le presentó ante ellos.

Los judíos oyeron en el patio a Pablo, hasta que habló del mandato de ir a los gentiles. La verdad de que a Dios le interesan los gentiles está clara en el Antiguo Testamento (Génesis 12:3). Pero la opresión romana había enceguecido su mente. Ante sus ojos, los gentiles eran perros, saqueadores. Así, en su prejuicio, comenzaron a gritar de nuevo, pidiendo la muerte de Pablo. Les parecía que no merecía vivir.

Mientras gritaban esto, también arrojaban sus túnicas, como expresión de una ira incontrolable. Al mismo tiempo, tiraban polvo al aire, como símbolo de que rechazaban a Pablo y a su mensaje. No hay duda de que hubieran tirado fango si lo hubieran tenido a mano.

Esto hizo que el tribuno ordenara que entraran a Pablo a la fortaleza. Para averiguar por qué los judíos gritaban así contra él, también les dijo a los soldados que lo examinaran con azotes. Es decir, debían hacerle preguntas mientras lo torturaban con un látigo hecho de lenguas de cuero con pedazos de hueso y metal cosidos.

Pablo ya había sido azotado por los judíos cinco veces y golpeado con varas por los romanos tres veces (2 Corintios 11:24, 25). Pero este castigo con un azote romano era peor, y con frecuencia dejaba a su víctima inutilizada o muerta.

Para preparar a Pablo para los azotes, los soldados hicieron que Pablo se inclinara y se estirara hacia delante. Lo ataron en esa posición con correas, para flagelarlo. (Algunos escritores creen que el significado de este pasaje es que fue colgado de las correas con los pies a unos cuantos centímetros del suelo.)

En ese momento, Pablo le preguntó al centurión que estaba supervisando la operación si era legal azotar a un hombre que era romano sin que hubiera sido condenado (su caso no había sido juzgado siquiera). El centurión informó de esto al tribuno. Este llegó de inmediato y le preguntó a Pablo si era romano. Entonces hizo el comentario de que él había comprado su ciudadanía romana con una gran suma de dinero. Pero Pablo le contestó que él había nacido romano. Su padre o su abuelo debe haber prestado algún gran servicio a los romanos en Tarso, y habría sido recompensado con la ciudadanía romana para sí y para su familia.

Los soldados que habían estado a punto de interrogar y torturar a Pablo se apresuraron a marcharse. El tribuno también sintió temor. Sabía que Pablo, como ciudadano romano, tenía derecho a acusarlo por haberlo encadenado.

Sin embargo, el tribuno mantuvo a Pablo bajo custodia. Al día siguiente, como deseaba conocer con seguridad por qué los judíos acusaban a Pablo, lo sacó, ordenó que los principales sacerdotes y el Sanedrín se reunieran, y lo presentó ante ellos.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 23

Pablo, que una vez había sido miembro del Sanedrín y había votado que se apedreara a Esteban, ahora tenía que enfrentarse al más alto tribunal de los judíos. Su sala de reunión se hallaba al oeste de la zona del Templo; el tribuno romano lo llevó allí.

La esperanza y la resurrección (23:1-10)

Entonces Pablo, mirando fijamente al concilio, dijo: Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy. El sumo sacerdote Ananías ordenó entonces a los que estaban junto a él, que le golpeasen en la boca. Entonces Pablo le dijo: ¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear? Los que estaban presentes dijeron: ¿Al sumo sacerdote de Dios injurias? Pablo dijo: No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: No maldecirás a un príncipe de tu pueblo.

Entonces Pablo, notando que una parte era de saduceos y otra de fariseos, alzó la voz en el concilio: Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga. Cuando dijo esto, se produjo disensión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas. Y hubo gran vocerío; y levantándose los escribas de la parte de los fariseos, contendían, diciendo: Ningún mal hallamos en este hombre; que si un espíritu le ha hablado, o un ángel, no resistamos a Dios.

Y habiendo grande disensión, el tribuno, teniendo temor de que Pablo fuese despedazado por ellos, mandó que bajasen soldados y le arrebatasen de en medio de ellos, y lo llevasen a la fortaleza.

Pablo no manifestó miedo ni duda. Sabía que estaba cumpliendo con la voluntad del Señor, y había aprendido a depender del Espíritu Santo. Mirando fijamente al concilio, declaró que había vivido (y cumplido sus deberes) delante de Dios con una buena conciencia hasta ese mismo día. (Vea 1 Corintios 4:4; Filipenses 3:6, 9.)

En aquel instante, Ananías, el sumo sacerdote, les ordenó a los que se hallaban cerca de Pablo que le golpeasen en la boca. Pablo reaccionó a esto, porque excitaron su sentido de la justicia: "¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!" Lo tomó por uno de los miembros del concilio que estaba sentado allí para juzgarlo según la Ley. Sin embargo, lo había mandado a golpear, lo cual era contrario a la Ley. Esta trataba a un hombre como inocente hasta que fuera probada su culpa.

Los que habían golpeado a Pablo lo reprendieron por injuriar (insultar) al sumo sacerdote de Dios. Pablo se disculpó rápidamente. No sabía que el que había dado la orden fuera el sumo sacerdote. Ananías fue hecho sumo sacerdote en el año 47 d.C. por Herodes de Calcis. Pablo había estado en Jerusalén desde entonces sólo unas pocas veces y por breves períodos, por lo que no es extraño que no hubiera visto antes al sumo sacerdote. También es probable que, puesto que era el tribuno el que había convocado al Sanedrín en aquella ocasión, el sumo sacerdote estuviera sentado en medio de los demás miembros del tribunal, en lugar de presidirlo.

Sin embargo, aunque Pablo no sabía quién era el sumo sacerdote, sí conocía las Escrituras. La forma en que cita Éxodo 22:28 nos muestra la humildad genuina de su espíritu y su disposición a someterse a la Ley que sus acusadores afirmaban que había desafiado.

Entonces, Pablo se dio cuenta de que había una cuestión en la que podía hacer una declaración. Como ya sabía, pero ahora notó de nuevo, parte del Sanedrín estaba integrada por saduceos, y parte por fariseos. Los saduceos rechazaban la idea de la resurrección. Los fariseos creían que la esperanza de la resurrección era algo fundamental en la esperanza de Israel y necesario para que se cumplieran a plenitud las promesas de Dios.

Por esto, Pablo se aprovechó de la situación con valentía. Era una oportunidad para dar testimonio de la verdad de la resurrección y del hecho real de la resurrección de Jesús; no estaba fuera de orden en esto. Incluso antes de su conversión, cuando era fariseo, ya se daba cuenta de lo profunda e importante que es la doctrina de la resurrección futura. Al alzar la voz y decir que era fariseo e hijo de fariseos, estaba declarando que se le estaba juzgando acerca de la esperanza y de la resurrección. 4

Esto dividió el concilio en dos campos. Mientras hablaban entre ellos, crecía la discordia. Hasta fueron más allá de la idea de la resurrección y comenzaron a discutir acerca de la existencia de los ángeles y los espíritus, que también era negada por los saduceos.

El resultado fue un gran vocerío, al ponerse a contender unos con otros. Algunos de los escribas (expertos en la interpretación de la Ley) que se hallaban del lado de los fariseos, se pusieron de pie y discutían fuertemente a favor de Pablo. No encontraban ningún mal (nada malo) en él. Entonces sugirieron que quizá un ángel o un espíritu le había hablado.

La mención de ángeles y espíritus debe haber sacudido a los saduceos. Hubo tanto vocerío y tanta discordia, que el tribuno temió que despedazaran a Pablo. Por tanto, les ordenó a los soldados que bajasen y lo arrebatasen de en medio de ellos, para llevarlo de vuelta a la Torre Antonia.

El Señor le da ánimos a Pablo (23:11)

A la noche siguiente se le presentó el Señor y le dijo: Ten ánimo. Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma.

Había sido un día difícil para Pablo. Pero durante la noche siguiente, el Señor Jesús se le apareció repentinamente y le dijo: "Ten ánimo (ten valor, anímate y no temas)." Así como Pablo había testificado (dado un claro testimonio) por Cristo en Jerusalén, también debía testificar en Roma. El anhelo de Pablo de ir a Roma había parecido imposible cuando fue arrestado. Pero ahora Jesús le había dicho claramente que la voluntad de Dios seguía siendo que diera testimonio de El en Roma. Este gesto de aliento del Señor fue el que sostuvo a Pablo en medio de los sufrimientos, las pruebas y las dificultades que aún le habrían de sobrevenir.

Se descubre un complot judío (23:12-22)

Venido el día, algunos de los judíos tramaron un complot y se juramentaron bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo. Eran más de cuarenta los que habían hecho esta conjuración, los cuales fueron a los principales sacerdotes y a los ancianos y dijeron: Nosotros nos hemos juramentado bajo maldición, a no gustar nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo.

Ahora pues, vosotros, con el concilio, requerid al tribuno que le traiga mañana ante vosotros, como que queréis indagar alguna cosa más cierta acerca de él; y nosotros estaremos listos para matarle antes que llegue.

Mas el hijo de la hermana de Pablo, oyendo hablar de la celada, fue y entró en la fortaleza, y dio aviso a Pablo. Pablo, llamando a uno de los centuriones, dijo: Lleva a este joven ante el tribuno, porque tiene cierto aviso que darle. El entonces tomándole, le llevó al tribuno, y dijo: El preso Pablo me llamó y me rogó que trajese ante ti a este joven, que tiene algo que hablarte.

El tribuno, tomándole de la mano y retirándose aparte, le preguntó: ¿Qué es lo que tienes que decirme? El le dijo: Los judíos han convenido en rogarte que mañana lleses a Pablo ante el concilio, como que van a inquirir alguna cosa más cierta acerca de él. Pero tú no les creas; porque más de cuarenta hombres de ellos le acechan, los cuales se han juramentado bajo maldición, a no comer ni beber hasta que le hayan dado muerte; y ahora están listos esperando tu promesa. Entonces el tribuno despidió al joven, mandándole que a nadie dijese que le había dado aviso de esto.

A la mañana siguiente, más de cuarenta judíos se reunieron para tramar la muerte de Pablo. Al hacerlo, invocaron una maldición sobre sus propias personas, diciendo que no comerían ni beberían hasta haber matado a Pablo. Después, fueron a los principales de los sacerdotes y los ancianos y les explicaron su plan. Sin duda, estos ancianos eran saduceos a los que no les había gustado lo que Pablo había dicho sobre la resurrección.

Los conspiradores les pidieron a estos jefes que hicieran que el Sanedrín le formulara una solicitud oficial al tribuno para que les llevara a Pablo, como si tuvieran la intención de averiguar con mayor precisión todo lo relativo a él. Antes de que pudiera acercarse, ellos estarían esperando, preparados para matarlo. Es decir, le harían una emboscada en el camino, para que no se pudiera considerar al Sanedrín como responsable de su muerte.

Aconteció que el hijo de la hermana de Pablo llegó a la escena en aquel momento y oyó lo que tramaban. Entonces, se fue de inmediato a la Torre Antonia y se lo dijo a Pablo. Este llamó a un centurión y le pidió que llevara al joven con el tribuno. El tribuno lo recibió cortésmente, lo tomó por la mano, y se retiró con él a un lugar donde pudieran hablar en privado. Entonces le preguntó qué le quería decir.

El muchacho le habló del complot y le advirtió que no se dejara persuadir por su solicitud de que les llevara a Pablo. Había más de cuarenta hombres que se habían puesto a sí mismos bajo una maldición, y estaban preparados, esperando la promesa del tribuno. Entonces el tribuno lo dejó ir después de prometerle que no le diría a nadie que le había informado todo aquello.

Pablo es enviado a Cesárea (23:23-35)

Y llamando a dos centuriones, mandó que preparasen para la hora tercera de la noche doscientos soldados, setenta jinetes y doscientos lanceros, para que fuesen hasta Cesárea; y que preparasen cabalgaduras en que poniendo a Pablo, le llevasen en salvo a Félix el gobernador. Y escribió una carta en estos términos:

Claudio Lisias al excelentísimo gobernador Félix: Salud. A este hombre, aprehendido por los judíos, y que iban ellos a matar, lo libré yo acudiendo con la tropa, habiendo sabido que era ciudadano romano. Y queriendo saber la causa por qué le acusaban, le llevé al concilio de ellos; y hallé que le acusaban por cuestiones de la ley de ellos, pero que ningún delito tenía digno de muerte o de prisión. Pero al ser avisado de asechanzas que los judíos habían tendido contra este hombre, al punto le he enviado a ti, intimando también a los acusadores que traten delante de ti lo que tengan contra él. Pásalo bien.

Y los soldados, tomando a Pablo como se les ordenó, le llevaron de noche a Antípatri. Y al día siguiente, dejando a los jinetes que fuesen con él, volvieron a la fortaleza. Cuando aquéllos llegaron a Cesárea, y dieron la carta al gobernador, presentaron también a Pablo delante de él. Y el gobernador, leída la carta, preguntó de qué provincia era; y habiendo entendido que era de Cilicia, le dijo: Te oíré cuando vengan tus acusadores. Y mandó que le custodiasen en el pretorio de Herodes.

El tribuno sabía que le podían pedir cuentas por Pablo, si era asesinado estando bajo su custodia, puesto que era ciudadano romano. Por tanto, hizo que dos centuriones prepararan doscientos soldados de infantería para ir a Cesárea, junto con setenta de caballería y doscientos de otra clase. (Todavía hoy se debate qué clase de soldados podría ser ésta. La versión Reina-Valera los llama "lanceros".) Debían salir a la hora tercera de la noche (a eso de las 9 p.m.). También se consiguieron caballos para que Pablo cabalgara, de forma que fuera llevado con seguridad hasta Félix, el gobernador romano de la provincia.

El tribuno también le explicó en una carta al gobernador por qué le enviaba a Pablo. El libro de los Hechos dice que iba "en estos términos (según este modelo, como copia). Probablemente esto signifique que se trata de una verdadera copia de la carta.

En la carta, el tribuno se llama a sí mismo Claudio Lisias. (Lisias era un nombre griego que indicaba su procedencia.) Después, explicaba la forma en que había rescatado a Pablo de los judíos, que estaban a punto de matarlo. Sin embargo, se ponía en un plano mejor que el real. Insinuaba que la razón por la que había rescatado a Pablo era porque había sabido que era romano. Sin embargo, podemos darle algún crédito, por tratar de hacer una buena presentación de Pablo también. Explicaba que las acusaciones se fundamentaban en cuestiones de las leyes judías, y que no había hallado nada que mereciera la pena de muerte o la cárcel. A causa del complot, lo había enviado al gobernador, y les había ordenado a sus acusadores que fueran con sus acusaciones contra Pablo ante él también.

Nos preguntamos si los cuarenta y tantos conspiradores tuvieron noticia de esto antes de que Pablo fuera sacado de la ciudad. No obstante, el tribuno quiso asegurarse de que no tendrían oportunidad alguna de hacerle nada. Imaginémos a Pablo, rodeado por cuatrocientos soldados y setenta de a caballo, saliendo de Jerusalén a las nueve en punto de la noche. Un movimiento de tropas así, aun por la noche tiene que haber llamado la atención. Aunque no se hubiera sabido que Pablo se hallaba en medio de ellos, es seguro que alguien ha de haber investigado.

La Biblia no nos dice qué hicieron los conspiradores con su voto. Obviamente, no mucho después tendrían que comer y beber. Es probable que encontraran alguna forma de ofrecer un sacrificio o alguna ofrenda de expiación por no haber podido cumplir con su voto. (La Mishna judía señala que esto estaba previsto.)

Aquella noche los soldados llevaron a Pablo hasta Antípatri (donde había una colonia romana), a mitad de camino entre Jerusalén y Cesárea. Por la mañana, los soldados de infantería regresaron a la Torre Antonia. Entonces los setenta de a caballo llevaron a Pablo durante el resto del camino hasta Cesárea, entregaron la carta y llevaron a Pablo ante el gobernador.

Después de leer la carta, Félix le preguntó a Pablo de qué provincia era oriundo, probablemente porque sólo si Pablo procedía de una provincia romana, él podía, como romano, hacerse cargo de él bajo su propia autoridad. Después, ordenó que custodiasen a Pablo en el pretorio de Herodes, el palacio construido por Herodes el Grande, donde el procurador residía en aquel momento.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 24

Los judíos presentaron su acusación de manera formal una sola vez contra Pablo. En esta ocasión contrataron a un orador, un profesional al servicio del público, para que actuara como consejero en la causa.

Tértulo acusa a Pablo (24:1-9)

"Cinco días después, descendió el sumo sacerdote Ananías con algunos de los ancianos y un cierto orador llamado Tértulo, y comparecieron ante el gobernador contra Pablo.

Y cuando éste fue llamado, Tértulo comenzó a acusarle, diciendo: Como debido a ti gozamos de gran paz, y muchas cosas son bien gobernadas en el pueblo por tu prudencia, oh excelentísimo Félix, lo recibimos en todo tiempo y en todo lugar con toda gratitud. Pero por no molestarte más largamente, te ruego que nos oigas brevemente conforme a tu equidad. Porque hemos hallado que este hombre es una plaga, y promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos. Intentó también profanar el templo; y prendiéndole, quisimos juzgarle conforme a nuestra ley. Pero interviniendo el tribuno Lisias, con gran violencia le quitó de nuestras manos, mandando a sus acusadores que viniesen a ti. Tú mismo, pues, al juzgarle, podrás informarte de todas estas cosas de que le acusamos.

Los judíos también confirmaban, diciendo ser así todo."

Después de cinco días, el sumo sacerdote Ananías, con algunos de los miembros del Sanedrín (sin duda, sus amigos del bando de los saduceos), llegaron a donde estaba el gobernador acompañados por el orador Tértulo, para acusar a Pablo. Entonces se llamó a Pablo y se le dio una oportunidad a Tértulo para que presentara su acusación contra él. Comenzó por adular al gobernador: debido a él gozaban de gran paz; gracias a su prudencia, el pueblo judío había gozado de muchas reformas. Todas estas cosas eran conocidas y aceptadas por los judíos por completo en todas partes con gratitud. Ahora bien, para no demorar más al gobernador, Tértulo le rogaba que los oyera brevemente conforme a su equidad (consideración, justicia).

A continuación, Tértulo acusó falsamente a Pablo de ser una verdadera plaga, promotor de sediciones (discordias, revolución, motines) entre todos los judíos que están en todo el mundo habitado (esto es, en el Imperio Romano). Después incluyó en su acusación a todos los cristianos al llamar a Pablo cabecilla de la secta de los nazarenos (en griego, nazoraion, los seguidores del hombre de Nazaret).

Finalmente, después de esta acusación general, Tértulo le presentó la acusación específica. Dijo que Pablo había intentado profanar el Templo, pero ellos lo habían prendido. Es decir, lo habían atrapado en el acto mismo y lo habían detenido antes de que pudiera profanarlo. Por supuesto, esto era falso. Además, Tértulo no le dijo cómo habían atrapado a Pablo y sin juicio alguno habían comenzado a golpearlo mortalmente en un acto de violencia de masas. En cambio, como lo indican la mayoría de los manuscritos antiguos del Nuevo Testamento, le dio a entender que estaban juzgando a Pablo correctamente según su Ley, cuando el tribuno intervino con gran alarde de fuerza y les ordenó a sus acusadores que se presentaran ante el gobernador.

Muy seguro de lo que decía, Tértulo declaró también que al examinar a Pablo por sí mismo, el gobernador podría informarse de todas aquellas cosas (las acusaciones contra Pablo) y comprobar que eran ciertas. Entonces, los judíos se unieron a él para atacar a Pablo (lo confirmaban, apoyaban las acusaciones hechas contra él), diciendo una y otra vez que aquellas cosas eran tal como él las decía.

La respuesta de Pablo (24:10-21)

"Habiéndole hecho señal el gobernador a Pablo para que hablase, éste respondió: Porque sé que desde hace muchos años eres juez de esta nación, con buen ánimo haré mi defensa. Como tú puedes cerciorarte, no hace más de doce días que subía a adorar a Jerusalén; y no me hallaron disputando con ninguno, ni amotinando a la multitud; ni en el templo, ni en las sinagogas ni en la ciudad; ni te pueden probar las cosas de que ahora me acusan. Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas; teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de

haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos. Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres.

Pero pasados algunos años, vine a hacer limosnas a mi nación y presentar ofrendas. Estaba en ello, cuando unos judíos de Asia me hallaron purificado en el templo, no con multitud ni con alboroto. Ellos debieran comparecer ante ti y acusarme, si contra mí tienen algo. O digan éstos mismos si hallaron en mí alguna cosa mal hecha, cuando comparecí ante el concilio, a no ser que estando entre ellos prorrumplí en alta voz: Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros."

Cuando el gobernador le hizo una señal a Pablo, para indicarle que debía hablar. Pablo se dirigió a él con cortesía, pero sin la adulación que había usado Tértulo. Puesto que Félix había sido juez por muchos años entre los judíos, Pablo creía que podía hacer su defensa con buen ánimo (en buen espíritu).

Entonces, le presentó datos que el gobernador podía averiguar fácilmente por sí mismo. En aquellos momentos no habían transcurrido aún más de doce días desde que Pablo subiera a Jerusalén a adorar. Es decir, que se hallaba en la ciudad desde sólo siete días antes de que la multitud lo apresara. Durante aquellos siete días, no lo hallaron disputando con nadie (o predicando). Tampoco amotinó a la multitud en el Templo, en las sinagogas, ni en la ciudad. No tenían forma alguna de probar sus acusaciones.

Después de esto. Pablo hizo una declaración pública o confesión de su fe. Según el Camino que ellos llamaban herejía (era opinión personal de ellos), seguía sirviendo al Dios de sus padres (sus ancestros: Abraham, Isaac y Jacob). Por la forma en que servía a Dios, demostraba también que seguía siendo creyente en todo lo que estuviera de acuerdo con la Ley y en todo lo escrito en los profetas.

Por la Ley y los profetas, también tenía esperanza en Dios, una esperanza que aquellos judíos compartían. Era la de la resurrección de los muertos, así de justos como de injustos (Daniel 12:2; Juan 5:29). Por esta razón. Pablo se ejercitaba continuamente para tener una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres.

Después de este discurso sobre la resurrección. Pablo regresó a los hechos de su causa. Pasados algunos años, había venido a traer limosnas a su pueblo y ofrendas para Dios. Fue mientras presentaba estas ofrendas cuando lo encontraron en el Templo, purificado, sin multitud y sin perturbación alguna. Pero algunos judíos de Asia lo acusaron falsamente. Ellos eran los verdaderos acusadores y en realidad era deber de ellos ser quienes se llegaran ante Félix para hacer su acusación si tenían algo contra Pablo.

Aquí Pablo se estaba aprovechando de que la Ley exigía testigos para hacer una acusación. Entonces hizo ver claramente que ninguno de aquellos sacerdotes y ancianos que estaban presentes había sido testigo de lo que había sucedido en el Templo. En realidad, sólo había una cosa de la que eran testigos. Estaban presentes cuando Pablo se puso en pie ante el Sanedrín y gritó que había sido sometido al interrogatorio por su fe en la resurrección de los muertos. Estaba dispuesto a que lo acusaran de haber dicho aquello.

Félix pospone su decisión (24:22-27)

"Entonces Félix, oídas estas cosas, estando bien informado de este Camino, les aplazó, diciendo: Cuando descendiere el tribuno Lisias, acabaré de conocer de vuestro asunto. Y mandó al centurión que se custodiase a Pablo, pero que se le concediese alguna libertad, y que no impidiese a ninguno de los suyos servirle o venir a él.

Algunos días después, viniendo Félix con Drusila su mujer, que era judía, llamó a Pablo, y le oyó acerca de la fe en Jesucristo. Pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix se espantó, y dijo: Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré. Esperaba también con esto, que Pablo le diera dinero para que le soltase; por lo cual muchas veces lo hacía venir y hablaba con él. Pero al cabo de dos años recibió Félix por sucesor a Porcio Festo; y queriendo Félix congraciarse con los judíos, dejó preso a Pablo."

En aquel momento, Félix pospuso su decisión. Llevaba suficiente tiempo de gobernador para tener un conocimiento más exacto de las enseñanzas y el estilo de vida de las decenas de miles de cristianos que vivían en la Judea, del que suponían Tértulo y los judíos que tenía. Por esto, los aplazó diciéndoles que cuando descendiera el tribuno Lisias acabaría de conocer de su asunto. Sin embargo, no hay evidencias de que enviara a buscar a Lisias.

Entonces le ordenó al centurión que se custodiase (y protegiese) a Pablo. También debía concederle alguna libertad y no les debía prohibir a los suyos que le sirvieran. Es decir, que se les permitiría a los cristianos visitarlo, llevarle comida y darle cualquier otra cosa que necesitara.

Después de algunos días, Félix llegó con su esposa Drusila, que era judía, llamó a Pablo y lo oyó hablar acerca de la fe en Jesucristo (la fe que está en Jesucristo, es decir, el Evangelio).

Pablo no le presentó sólo los hechos y la teología, sino que, como hacía en todas sus epístolas, fue más allá y comenzó a hablar de asuntos prácticos de justicia, dominio propio y del juicio venidero. Al llegar a esto, Félix se sintió aterrorizado y le dijo a Pablo que se retirara por el momento. Más tarde lo volvería a llamar.

Al mismo tiempo, Félix esperaba que Pablo le diera una buena cantidad de dinero. Por este motivo lo mandaba a buscar con mucha frecuencia y hablaba (conversaba) con él.

Esta situación se alargó por un período de dos años. Entonces, Félix fue reemplazado por Porcio Festo, quien llegó en el año 59 d.C. y permaneció en el cargo hasta su muerte, ocurrida en el 61 d.C. Por tanto, la fecha del arresto de Pablo fue el año 57 d.C.

Como Félix aún quería congraciarse con los judíos, dejó a Pablo preso.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 25

Los judíos de Jerusalén no se habían dado por vencidos. Todavía consideraban a Pablo su archi enemigo y querían su muerte. Por esto, se aprovecharon de Festo, el nuevo gobernador, con el propósito de buscar una nueva oportunidad de llevar su complot a su término.

El juicio ante Festo (25:1-8)

Llegado, pues, Festo a la provincia, subió de Cesárea a Jerusalén tres días después. Y los principales sacerdotes y los más influyentes de los judíos se presentaron ante él contra Pablo, y le rogaron, pidiendo contra él, como gracia, que le hiciese traer a Jerusalén; preparando ellos una celada para matarle en el camino. Pero Festo respondió que Pablo estaba custodiado en Cesárea, adonde él mismo partiría en breve. Los que de vosotros puedan, dijo, desciendan conmigo, y si hay algún crimen en este hombre, acúsenle.

Y deteniéndose entre ellos no más de ocho o diez días, venido a Cesárea, al siguiente día se sentó en el tribunal, y mandó que fuese traído Pablo. Cuando éste llegó, lo rodearon los judíos que habían venido de Jerusalén, presentando contra él muchas y graves acusaciones, las cuales no podían probar; alegando Pablo en su defensa: Ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra César he pecado en nada.

Después de que Festo tomara posesión de su cargo en Cesárea, descansó un día y subió a Jerusalén. De inmediato los principales sacerdotes y los más influyentes de los judíos le informaron de sus acusaciones contra Pablo. A continuación, le rogaron con toda urgencia que mandara buscar a Pablo e hiciera que lo llevaran a Jerusalén. Nuevamente se había tramado una emboscada para matarlo en el camino.

Festo debe haber tenido información de su complot anterior, por lo que les contestó que Pablo estaba custodiado en Cesárea (cuidado), donde pronto iría él. Entonces les sugirió que aquellos que pudieran fueran con él. Si había algo delictivo (fuera de lugar, incorrecto) en Pablo, entonces ellos lo acusarían

Después de ocho o diez días, Festo bajó a Cesárea. Al día siguiente se sentó en el tribunal (el trono del juez, el asiento del juicio). Es decir, inició un nuevo juicio oficial e hizo que trajeran a Pablo

Los judíos de Jerusalén lo rodearon e hicieron numerosas acusaciones muy graves contra él. Pero no podían probar ninguna. Lucas no nos da detalles aquí, pero sin duda las acusaciones eran similares a las que Tertuliano había hecho ante Félix. También hace un simple resumen de la defensa de Pablo en este momento. Pablo alegó que no había pecado en forma alguna contra la Ley judía, contra el Templo, ni

contra el César, es decir, contra el gobierno romano. Más tarde, Festo indicará que Pablo dio testimonio de la muerte y resurrección de Cristo también (versículo 19)

Pablo apela al César (25:9-12)

Pero Festo, queriendo congraciarse con los judíos, respondiendo a Pablo dijo: ¿Quieres subir a Jerusalén, y allá ser juzgado de estas cosas delante de mí? Pablo dijo: Ante el tribunal de César estoy, donde debo ser juzgado. A los judíos no les he hecho ningún agravio, como tú sabes muy bien. Porque si algún agravio, o cosa alguna digna de muerte he hecho, no rehusó morir; pero si nada hay de las cosas de que éstos me acusan, nadie puede entregarme a ellos. A César apelo. Entonces Festo, habiendo hablado con el consejo, respondió: A César has apelado; a César irás.

Entonces Festo, deseoso de congraciarse con los judíos, le preguntó a Pablo si estaría dispuesto a subir a Jerusalén para otro juicio ante él. Por supuesto, Pablo sabía lo que esto significaría. Es probable que sus amigos le hubieran informado del nuevo complot para asesinarlo en el camino. Al menos Lucas tenía conocimiento de él, y algunos más han de haberlo tenido

Pablo sabía que tenía un recurso para librarse de las garras de los dirigentes judíos. Todos los ciudadanos romanos tenían el derecho de apelar al César. Reconocía que la autoridad que respaldaba al tribunal o sede del juicio donde se sentaba Festo, era la del César. En su condición de ciudadano romano, se hallaba donde tenía derecho a ser juzgado. A los judíos, no les había hecho daño ni agravio alguno, como Festo sabía muy bien

Entonces Pablo expresó los motivos por los que apelaba al César. Si él era culpable y había hecho algo digno de la pena de muerte, no se negaría a morir (es decir, no objetaría la pena de muerte). No obstante, como no existía nada de todo aquello de lo que era acusado, nadie podía (tenía poder para) entregarlo a los judíos como un favor hacia ellos

Festo habló esto con su consejo provincial. Sin embargo, no le quedaba nada que hacer. Pablo había apelado al César; al César debía ir. Es probable que Festo se alegrara de que el caso se hallara ahora fuera de sus manos

Festo le presenta el caso de Pablo a Agripa (25:13-22)

Pasados algunos días, el rey Agripa y Berenice vinieron a Cesárea para saludar a Festo. Y como estuvieron allí muchos días, Festo expuso al rey la causa de Pablo, diciendo: Un hombre ha sido dejado preso por Félix, respecto al cual, cuando fui a Jerusalén, se me presentaron los principales sacerdotes y los ancianos de los judíos, pidiendo condenación contra él. A éstos respondí que no es costumbre de los romanos entregar alguno a la muerte antes que el acusado tenga delante a sus acusadores, y pueda defenderse de la acusación.

Así que, habiendo venido ellos juntos acá, sin ninguna dilación, al día siguiente, sentado en el tribunal, mandé traer al hombre. Y estando presentes los acusadores, ningún cargo presentaron de los que yo sospechaba, sino que tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su religión, y de un cierto Jesús, ya muerto, el que Pablo afirmaba estar vivo. Yo, dudando en cuestión semejante, le pregunté si quería ir a Jerusalén y allá ser juzgado de estas cosas. Mas como Pablo apeló para que se le reservase para el conocimiento de Augusto, mandé que le custodiasen hasta que le enviara yo a César. Entonces Agripa dijo a Festo: Yo también quisiera oír a ese hombre. Y él le dijo: Mañana le oirás.

Algunos días más tarde, el rey Agripa (Herodes Agripa II, conocido también como M. Julio Agripa II, hijo del Herodes de Hechos 12), y Berenice, su hermana viuda, llegaron a Cesárea a presentarle sus respetos al nuevo gobernador de Judea. Agripa II había sido nombrado rey de Caléis, territorio situado entre las montañas del Líbano y el Antilíbano, en el año 48 d.C. Más tarde (53 d.C.) se convirtió en rey de la tetarquía de Filipo, al este del mar de Galilea, y de Lisania, al oeste y noroeste de Damasco. En el año 56 d.C., Nerón añadió a su reinado varias ciudades situadas alrededor del mar de Galilea

Puesto que pasaron allí muchos días, Festo le presentó el caso de Pablo a Agripa, con el deseo de consultarlo con él. Después de relatarle cómo los judíos de Jerusalén se le presentaron (presentaron cargos) contra Pablo y le pidieron una sentencia condenatoria, le dijo que se había negado a entregarles a Pablo como un favor y cómo los había reunido y puesto a Pablo en juicio. Entonces, como romano, se sorprendió de que no acusaran a Pablo de ninguna de las cosas malas de las que él suponía que lo

acusarían. En cambio, tenían contra él ciertas cuestiones. Festo, pagano romano, las llamó "su superstición" (en el texto griego, deisidaimonías, "superstición", que Reina-Valera traduce por "religión"). También hablaban de un cierto Jesús que había sido ajusticiado, y Pablo afirmaba que estaba vivo

A pesar de lo que dijo, Festo no admitió que el motivo por el que quería que Pablo fuese a Jerusalén era para congraciarse con los judíos. Al contrario: le dijo a Agripa que lo que sucedía era que él había dudado en cuestión semejante. Entonces, puesto que Pablo se había negado a ir a Jerusalén, y había apelado al emperador, para que él fuera quien decidiera (el Augusto, un título que significaba "digno de ser reverenciado", usado aquí para referirse al emperador Nerón), Festo había ordenado que se le custodiase hasta que él lo pudiese enviar al César

Agripa le respondió diciendo que quería oír él mismo a Pablo. Esto complació a Festo, quien fijó el momento para el día siguiente

Festo presenta su caso (25:23-27)

Al otro día, viniendo Agripa y Berenice con mucha pompa, y entrando en la audiencia con los tribunos y principales hombres de la ciudad, por mandato de Festo fue traído Pablo. Entonces Festo dijo: Rey Agripa, y todos los varones que estáis aquí junto con nosotros, aquí tenéis a este hombre, respecto del cual toda la multitud de los judíos me ha demandado en Jerusalén y aquí, dando voces que no debe vivir más.

Pero yo, hallando que ninguna cosa digna de muerte ha hecho, y como él mismo apeló a Augusto, he determinado enviarle a él. Como no tengo cosa cierta que escribir a mi señor, le he traído ante vosotros, y mayormente ante ti, oh rey Agripa, para que después de examinarle, tenga yo qué escribir. Porque me parece fuera de razón enviar un preso, y no informar de los cargos que haya en su contra.

Al día siguiente llegaron Agripa y Berenice con gran pompa y ostentación. Es decir, vinieron vestidos con sus ropajes reales y acompañados de todos sus asistentes. Los tribunos y los hombres prominentes de Cesárea llegaron también

Después de que trajeran a Pablo, Festo se dirigió al rey Agripa y a los demás que se hallaban presentes, rogándoles que examinaran a este hombre respecto del cual toda la multitud de los judíos (de Jerusalén) le había demandado dando voces que no debía vivir más. De nuevo, declaró que no hallaba que Pablo hubiera hecho nada digno de muerte. No obstante, puesto que había apelado al César, había decidido enviarlo a él. Su problema era que no tenía nada cierto (digno de fiar) que escribirle a su señor (al César). Tenía la esperanza de que después de aquel interrogatorio ante Agripa, tendría algo que escribir. Le parecía nada razonable enviar un prisionero sin señalar en una carta cuáles eran las acusaciones que había contra él

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 26

En la audiencia final ante Agripa, el libro de los Hechos presenta por tercera vez la narración de la conversión de Pablo, y da algunos detalles que no habían sido escritos anteriormente.

Pablo, el fariseo (26:1-11)

Entonces Agripa dijo a Pablo: Se te permite hablar por ti mismo. Pablo entonces, extendiendo la mano, comenzó así su defensa: Me tengo por dichoso, oh rey Agripa, de que haya de defenderme hoy delante de ti de todas las cosas de que soy acusado por los judíos. Mayormente porque tú conoces todas las costumbres y cuestiones que hay entre los judíos; por lo cual te ruego que me oigas con paciencia. Mi vida, pues, desde mi juventud, la cual desde el principio pasé en mi nación, en Jerusalén, la conocen todos los judíos; los cuales también saben que yo desde el principio, si quieren testificarlo, conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión, viví fariseo. Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres soy llamado a juicio; promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar

nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche. Por esta esperanza, oh rey Agripa, soy acusado por los judíos. ¡Qué! ¿Se juzga entre vosotros cosa increíble que Dios resucite a los muertos?

Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en la ciudades extranjeras.

Al recibir permiso de Agripa para hablar por sí mismo. Pablo extendió su mano y comenzó su defensa. Se declaró dichoso de poder defenderse ante Agripa, porque este rey era experto en todas las cosas relacionadas con las costumbres y los asuntos de los judíos. Por esto, le rogó que lo escuchara con paciencia. En realidad. Agripa era judío de religión, y se podía esperar de él que le preocuparan estas cosas.

Primeramente, Pablo señaló que todos los judíos conocían su estilo de vida, tanto en Tarso como en Jerusalén. Sabían que había vivido como fariseo, siguiendo la enseñanza de esta secta judía, la más estricta de todas. (Vea 2 Corintios 11:22; Galatas 1:13; Filipenses 3:5.)

Ahora, Pablo había sido llamado a juicio por causa de la esperanza de la promesa que Dios les había hecho a los patriarcas (Abraham, Isaac y Jacob, y posiblemente otros ancestros de Israel). Esta promesa, dijo Pablo, "nuestras doce tribus" ' la esperaban alcanzar (como el destino que Dios les había dado) sirviendo (adorando) constantemente a Dios día y noche. La acusación de los judíos contra él tenía que ver con esta esperanza. ¿Por qué lo consideraría increíble el rey si Dios resucitaba a los muertos? Esto es, especialmente ahora, que Dios había levantado a Jesús de entre los muertos.

Pablo mismo había pensado que era necesario hacer muchas cosas contra el nombre (persona, naturaleza y autoridad) de Jesús de Nazaret; había puesto a muchos de los santos (los creyentes consagrados a Dios) en prisiones. Cuando los habían matado, él había votado contra ellos. 2 Había ido de sinagoga en sinagoga, castigando frecuentemente a los creyentes, tratando de obligarlos a blasfemar (esto es, a blasfemar el nombre de Jesús). En el texto griego se insinúa, sin embargo, que no logró hacer que blasfemaran.

Se había enfurecido de tal manera contra ellos, que los había perseguido hasta ciudades del extranjero. Más tarde, en 1 Timoteo 1:13, Pablo señalaría que había actuado ignorante de la verdad.

La conversión y la misión de Pablo (26:12-18)

Ocupado en esto, iba yo a Damasco con poderes y en comisión de los principales sacerdotes, cuando a mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo. Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.

Yo entonces dije: ¿Quién eres. Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.

Entonces, Pablo volvió a relatar su conversión en el camino de Damasco. La expresión "Dura cosa te es dar coces contra el aguijón" era una frase usada corrientemente para expresar la oposición a Dios.

A partir del versículo 16, Pablo presenta la misión que recibiera de Cristo con mayor detalle. Jesús le señaló que se le había aparecido para ponerlo en la importante tarea de ser ministro (sirviente) y testigo "de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti", rescatándote de tu pueblo (los judíos) y de los gentiles (las naciones), a las cuales te envío para que les abras los ojos y los vuelvas de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios (el Dios verdadero), para que puedan recibir el perdón de los pecados.

Con el perdón, los gentiles recibirían una herencia entre aquellos que son santificados (tratados como santos, apartados para Dios como pueblo suyo dedicado a hacer su voluntad) por la fe en Cristo. ("Fe en mí" es una definición del tipo de fe que permanece firme en Cristo.)

De esta manera, Pablo mostró que el mismo Jesús le había encomendado la misión de llevar adelante su obra a los gentiles, como estaba profetizado por Isaías 42:6, 7 y 61:1, 2. Es decir, él compartiría la obra de Cristo.

El testimonio fiel de Pablo (26:19-23)

Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento. Por causa de esto los judíos, prendiéndome en el templo, intentaron matarme. Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles.

A continuación. Pablo declaró que no había sido desobediente a la visión (aparición) celestial. Aquí la palabra "visión" no significa una visión al estilo de los sueños, sino una aparición real en la que Jesús le habló en persona.

Su obediencia quedó demostrada en la forma en que les había declarado a los judíos en Damasco, Jerusalén y toda Judea, y también a los gentiles, que debían arrepentirse (cambiar su mentalidad y sus actitudes fundamentales), volverse a Dios y hacer obras dignas de arrepentimiento. Por causa de este mensaje (en el que se incluían bendiciones para los gentiles) era por lo que los judíos lo habían apresado en el Templo y tratado de matarlo.

Entonces Pablo comenzó nuevamente a dar testimonio de Cristo. Por el auxilio de Dios había perseverado hasta aquel día, testificándoles tanto a grandes como a pequeños. Por supuesto que entre los grandes estaba incluido el rey Agripa.

Sin embargo, el testimonio de Pablo no se limitaba a su propia experiencia. Todo lo que estaba diciendo era solamente lo que los profetas y Moisés ya habían dicho que sucedería. En otras palabras, todo su mensaje estaba fundamentado en las Escrituras: Ellos eran los que habían declarado que el Cristo (el Mesías) debería sufrir; ellos habían mostrado cómo El, primicias de la resurrección entre los muertos, les anunciaría la luz al pueblo (los judíos) y a los gentiles (las naciones).

Festo y Agripa rechazan el evangelio (26:24-29)

Diciendo él estas cosas en su defensa, Festo a gran voz dijo: Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco. Mas él dijo: No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura. Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón. ¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees. Entonces Agripa dijo a Pablo: Por poco me persuades a ser cristiano. Y Pablo dijo: ¿Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!

Pablo predicó con poder. Festo sintió la convicción de su prédica y reaccionó contra ella interrumpiendo a Pablo. Gritando en voz alta, le dijo: "Estás loco. Pablo; las muchas letras te vuelven loco," Al hablar de "muchas letras" o "mucho conocimiento" se refería a las Escrituras de las que Pablo había estado hablando.

Con delicadeza y cortesía. Pablo replicó: "No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo (ungido por el Espíritu) palabras (griego, rhémata) de verdad y de cordura." El rey tenía conocimiento de aquellas cosas. Es decir, el rey podría verificarlas si quería hacerlo.

Después de esto. Pablo volvió su atención de nuevo al rey. Podía hablarle con toda confianza (libremente), porque estaba convencido de que no ignoraba nada de esto (ninguna de aquellas cosas había escapado a su conocimiento), ya que todo aquello (las realidades de la muerte y resurrección de Cristo y los acontecimientos del Evangelio) no se había hecho en algún rincón; eran cosas que se habían hecho en

público y eran públicamente conocidas. Entonces, dirigiéndose a Agripa, Pablo le preguntó si creía en los profetas. Sin esperar respuesta, añadió que él sabía que creía.

De pronto, y con sorpresa. Agripa se dio cuenta de que Pablo estaba tratando de convertirlo. Al decir que Agripa creía en los profetas. Pablo estaba diciendo implícitamente que como consecuencia, tendría que creer lo que éstos decían sobre el Mesías, y esto haría que creyera lo que Pablo decía sobre Jesús. Sin embargo, parece que Agripa no estaba dispuesto a decir que creía en los profetas; tampoco lo estaba a decir que creía a Pablo.

La respuesta de Agripa ha sido traducida e interpretada de diversas maneras. Algunos manuscritos antiguos dicen literalmente: "Por poco me logras persuadir a que me convierta en cristiano." La versión inglesa King James y la castellana Reina-Valera toman esto como una admisión de que había sentido la fuerza de los argumentos de Pablo, y había faltado poco para que Pablo lo convenciera de que se hiciera cristiano.

Otros manuscritos antiguos dicen: "Por poco me persuades a actuar como cristiano", es decir, a hacer el papel de cristiano. Muchos escritores toman esto como un rechazo. Agripa no quería que Pablo lo usara para corroborar lo que afirmaba el Evangelio.

"Por poco" podría significar "casi" o "en pocas palabras". También podría significar "en poco tiempo". Por esto, algunos dicen que Agripa quería decir: "En resumen, que estás tratando de persuadirme a que me haga cristiano", y se limitan a interpretar su respuesta como una ironía: "¿Crees de verdad que en tan poco tiempo puedes persuadirme a que me haga cristiano (o actúe, o viva como cristiano)?" Aun hay otros que lo toman como un fuerte rechazo: "En resumen, tratas de persuadirme a que actúe (haga el papel de) como cristiano." Sea cual sea la traducción, lo que está claro es que Agripa estaba rechazando los esfuerzos de Pablo para convertirlo.

Sin embargo. Pablo se negó a sentirse desalentado. Por eso le contestó: "¡Quisiera Dios que por poco o por mucho (en poco o en mucho tiempo), no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy (esto es, cristianos como yo), excepto estas cadenas!" Es posible que en este momento Pablo levantara las manos para enseñar las cadenas que ataban sus muñecas.

Agripa reconoce la inocencia de Pablo (26:30-32)

Cuando había dicho estas cosas, se levantó el rey, y el gobernador, y Berenice, y los que se habían sentado con ellos; y cuando se retiraron aparte, hablaban entre sí, diciendo: Ninguna cosa digna ni de muerte ni de prisión ha hecho este hombre. Y Agripa dijo a Festo: Podía este hombre ser puesto en libertad, si no hubiera apelado a César.

Agripa ya había oído bastante. Al levantarse, indicó que la audiencia había terminado. Entonces, todos ellos salieron y comentaron lo oído. Todos estuvieron de acuerdo en que Pablo no había hecho nada que fuera digno de muerte ni de prisión; no había nada en la ley romana que pudiera tenerlo por culpable. En aquel momento, Agripa le dijo a Festo que Pablo podría haber sido liberado si no hubiera apelado al César.

Con esto se estaba diciendo implícitamente que el emperador vería la inocencia de Pablo y haría que se le pusiera en libertad. Aunque en el año 59 d.C. era Nerón el emperador, éste todavía no se había embarcado en ninguna campaña contra los cristianos. Bajo las leyes romanas de aquellos momentos, no era delito ser cristiano. Hasta la segunda prisión de Pablo, que está reflejada en 2 Timoteo, no se convertiría en un peligro bajo el dominio romano, el ser cristiano.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 27

Este relato del viaje de Pablo a Roma nos da una de las narraciones más interesantes y realistas sobre un viaje marítimo y un naufragio que se puedan encontrar en cualquier lugar de la literatura antigua. Lucas usa la primera persona del plural a través de todo el pasaje, por lo que se ve claramente que fue testigo ocular de todo.

Vientos contrarios (27:1-8)

Cuando se decidió que habíamos de navegar para Italia, entregaron a Pablo y a algunos otros presos a un centurión llamado Julio, de la compañía Augusta. Y embarcándonos en una nave adramitena que iba a tocar los puertos de Asia, zarpamos, estando con nosotros Aristarco, macedonio de Tesalónica. Al otro día llegamos a Sidón; y Julio, tratando humanamente a Pablo, le permitió que fuese a los amigos, para ser atendido por ellos. Y haciéndonos a la vela desde allí, navegamos a sotavento de Chipre, porque los vientos eran contrarios.

Habiendo atravesado el mar frente a Cilicia y Panfilia, arribamos a Mira, ciudad de Licia. Y hallando allí el centurión una nave alejandrina que zarpaba para Italia, nos embarcó en ella. Navegando muchos días despacio, y llegando a duras penas frente a Gnido, porque nos impedía el viento, navegamos a sotavento de Creta, frente a Salmón. Y costeándola con dificultad, llegamos a un lugar que llaman Buenos Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Lasea.

Para hacer el viaje desde Cesárea hasta Italia, Pablo y otros prisioneros fueron puestos en manos de un centurión llamado Julio, que pertenecía a la cohorte de Augusto. Primeramente tomaron un barco de Adramitio, puerto de Misia al sureste de Troas. Iba rumbo a la costa del Asia Menor.

Lucas subió a este barco también para estar con Pablo. Así hizo Aristarco, un creyente macedonio de Tesalónica. Lo acompañaron para ayudarlo y servirlo en todas las formas que pudieran. Es decir, que Pablo no viajaba como un prisionero ordinario. Tenía amigos. Al día siguiente en Sidón, Julio, tratando a Pablo con bondad humanitaria, le permitió que fuera a sus amigos del lugar para que lo atendieran. Después, batallando contra los vientos del oeste, zarparon con rumbo al este y al norte de Chipre, a Mira, en Licia, la parte más al sur de la provincia de Asia.

En Mira, el centurión hizo pasar a Pablo y a sus amigos a un barco de Alejandría que iba a salir con rumbo a Italia con un cargamento de trigo. (Vea el versículo 38.) Egipto era la principal fuente de trigo de la ciudad de Roma, y estos barcos, que transportaban trigo, eran considerados muy importantes.

Los vientos siguieron contrarios, y navegaron muy lentamente tratando de llegar a Gnido, en la costa de Coria, al suroeste del Asia Menor. Sin embargo, los vientos del noroeste no los dejaron llegar allí. Fueron arrastrados a sotavento de Creta, es decir, a lo largo de su costa oriental. Después, tuvieron que luchar a todo lo largo de la costa sur hasta llegar a un lugar llamado "Buenos Puertos".

Atrapados en una tormenta (27:9-20)

Y habiendo pasado mucho tiempo, y siendo ya peligrosa la navegación, por haber pasado ya el ayuno. Pablo les amonestaba, diciéndoles: Varones, veo que la navegación va a ser con perjuicio y mucha pérdida, no sólo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras personas. Pero el centurión daba más crédito al piloto y al patrón de la nave, que a lo que Pablo decía. Y siendo incómodo el puerto para invernar, la mayoría acordó zarpar también de allí, por si pudiesen arribar a Fenice, puerto de Creta que mira al nordeste y sudeste, e invernar allí.

Y soplando una brisa del sur, pareciéndoles que ya tenían lo que deseaban, levaron anclas e iban costeando Creta. Pero no mucho después dio contra la nave un viento huracanado llamado Euroclidón. Y siendo arrebatada la nave, y no pudiendo poner proa al viento, nos abandonamos a él y nos dejamos llevar. Y habiendo corrido a sotavento de una pequeña isla llamada Clauda, con dificultad pudimos recoger el esquiife. Y una vez subido a bordo, usaron de refuerzos para ceñir la nave; y teniendo temor de dar en la Sirte, amaron las velas y quedaron a la deriva. Pero siendo combatidos por una furiosa tempestad, al día siguiente empezaron a alijar, y al tercer día con nuestras propias manos arrojamos los aparejos de la nave. Y no apareciendo ni sol ni estrellas por muchos días, y acosados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido toda esperanza de salvamos.

Debido a que había pasado mucho tiempo y el ayuno (el día de Expiación, que en el año 59 d.C. fue el 5 de octubre) también había pasado. Pablo reconoció que sería peligroso continuar su viaje. Ya había estado en tres naufragios (2 Corintios 11:25), y sabía lo peligrosas que podían ser las tormentas de invierno. Por esto, fue a los que estaban al mando del barco y les aconsejó sobre la certeza de las pérdidas, no sólo del cargamento y la nave, sino también de vidas.

Sin embargo, el centurión se dejó persuadir por el piloto y el capitán (dueño) de la nave, que querían seguir adelante. Aquel puerto no era bueno para pasar el invierno en él, de manera que la mayoría

aconsejó tratar de alcanzar Fenice (actualmente Fínika), un puerto situado más al este que estaba mejor ubicado, ya vinieran los vientos del noroeste o del suroeste.

Un suave viento del sur persuadió al centurión y a los demás de que podrían llegar hasta Fenice, de manera que zarparon con rumbo oeste, manteniéndose cerca de la costa sur de Creta. Los marineros trataron de poner proa al viento, pero era demasiado fuerte. Por esto, tuvieron que abandonarse a él y dejarse llevar a donde el viento quisiera.

El sotavento (lado sur) de una pequeña isla llamada Clauda, les dio un pequeño alivio temporal. Aun así, les era difícil volver a tomar el control del esquife, el pequeño bote que arrastraba el barco. Después de subir el bote abordo, usaron refuerzos para ceñir la nave. Es decir, ataron cables verticalmente alrededor del barco para tratar de impedir que los maderos hicieran demasiada fuerza o se soltaran.

Entonces, temerosos de ser desviados de su curso rumbo a la Sirte, banco de arenas movedizas situado a las afueras de la costa del norte de África, al oeste de Cirene, arriaron las velas (o probablemente la gavia) y quedaron así a la deriva.

Al día siguiente, puesto que aún se hallaban dentro de la tormenta, comenzaron a tirar cosas por la borda para aligerar el barco. De ordinario esto significaría lanzar al agua parte del cargamento. Sin embargo, el cargamento de trigo de este barco era tan importante para Roma, que era la última cosa de la que se podían liberar. Es probable que comenzaran con el equipaje personal y los muebles de la cabina.

Al tercer día (según su forma de contar, el día siguiente a aquél en que habían comenzado a tirar las cosas por la borda), con sus propias manos arrojaron los aparejos de la nave (entre los cuales iría probablemente el palo mayor del barco).

La tormenta siguió muchos días (probablemente once: vea el versículo 20). Sin poder ver el sol, la luna ni las estrellas, no tenían forma alguna de saber dónde se hallaban. Finalmente, mientras esta gran tormenta invernal seguía azotándolos, perdieron toda esperanza de salvar la vida.

La visión de Pablo les da ánimos (27:21-37)

Entonces Pablo, como hacía ya mucho que no comíamos, puesto en pie en medio de ellos, dijo: Habría sido por cierto conveniente, oh varones, haberme oído, y no zarpar de Creta tan sólo para recibir este perjuicio y pérdida. Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quién soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que compares ante César; y he aquí. Dios te ha concedido todos los que navegan contigo. Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confié en Dios que será así como se me ha dicho. Con todo, es necesario que demos en alguna isla.

Venida la decimocuarta noche, y siendo llevados a través del mar Adriático, a la medianoche los marineros sospecharon que estaban cerca de tierra; y echando la sonda, hallaron veinte brazas; y pasando un poco más adelante, volviendo a echar la sonda, hallaron quince brazas. Y temiendo dar en escollos, echaron cuatro anclas por la popa, y ansiaban que se hiciese de día. Entonces los marineros procuraron huir de la nave, y echando el esquife al mar, aparentaban como que querían largar las anclas de proa. Pero Pablo dijo al centurión y a los soldados: Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros. Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife y lo dejaron perderse.

Cuando comenzó a amanecer. Pablo exhortaba a todos que comiesen, diciendo: Este es el decimocuarto día que veláis y permanecéis en ayunas, sin comer nada. Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud; pues ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá. Y habiendo dicho esto, tomó el pan y dio gradas a Dios en presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer. Entonces todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también. Y éramos todas las personas en la nave doscientas setenta y seis.

Durante largo tiempo, las doscientas setenta y seis personas que iban en el barco (vea el versículo 37) no habían comido. La palabra griega podría significar que les había faltado la comida, pero en los versículos 34-36 se ve que todavía tenían comida a bordo. La palabra también puede significar

abstinencia de comida por falta de apetito o por mareo. Debido a la tormenta, muchos de ellos deben haber estado mareados. Aun cuando una persona no esté mareada, el mareo de otros basta para causarle a cualquiera la pérdida del apetito.

Entonces, una noche, un ángel se le apareció a Pablo y le dio alientos diciéndole que dejara de temer. Era necesario (formaba parte del plan divino) que él compareciera ante el César, y Dios también le había concedido misericordiosamente a todos los que navegaban con él. No se perdería una sola vida; sólo se perdería el barco.

Pablo, antes de hablarles a los demás de esta seguridad recibida de Dios, les recordó las advertencias que él les había hecho antes de salir de Creta. No les estaba diciendo simplemente "¡Se lo dije!" Recordaba que se habían negado a oírlo antes; quería estar seguro de que lo escucharan ahora. Por esto captó su atención haciendo que admitieran (en su mente) que él estaba en lo cierto.

Entonces le dio la gloria a Dios, "de quién soy y a quien sirvo". Note también que comenzó exhortándolos a tener buen ánimo (tener valor y cobrar ánimos). Concluyó de la misma forma. Pero el motivo para que tuvieran valor era la fe de Pablo en Dios.

¡Qué espectáculo! Pablo, el prisionero, comunicándoles a los demás su fe: "Señores, yo creo en Dios." Sin embargo, añadió que naufragarían en las costas de una isla.

En la noche decimocuarta, todavía el viento los llevaba a la deriva en la dirección que soplabá, a través del mar Adriático (aquí este nombre se aplica a la parte del mar Mediterráneo situada al sureste de Italia, y no al que conocemos hoy como mar Adriático). Alrededor de la medianoche, los marineros sospecharon que se estaban acercando a tierra. Por esto, tiraron una soga lastrada para sondear la profundidad y vieron que era de veinte brazas (36 metros). Poco después, posiblemente después de media hora, sondearon de nuevo y vieron que la profundidad era ahora de 15 brazas (27 metros).

Como tenían temor de que el barco se encallara entre las rocas y se destrozara antes de que pudieran escapar, echaron cuatro anclas por la popa y ansiaban (en griego, "oraban") que se hiciese de día. Es decir, oraban para que llegara el día antes de que el barco encallara.

Los marineros decidieron que sería peligroso esperar hasta entonces, así que buscaron la forma de huir del barco. Cuando fueron descubiertos, ya habían bajado al agua el esquife bajo el pretexto de lanzar anclas desde la proa del barco. Entonces Pablo le dijo al centurión que a menos que aquellos marineros se quedaran en el barco, no se podrían salvar. Como resultaría al final, hicieron falta para lograr que el barco encallara en el lugar mejor.

Los soldados que se hallaban a las órdenes del centurión cortaron entonces la soga que sostenía el esquife y dejaron que se perdiera en el mar. Pablo, el prisionero, había tomado el control de la situación debido a la necesidad.

Todavía al frente de la situación. Pablo tomó la iniciativa de exhortar a todos a que comiesen por su propia salud corporal y su bienestar. Les aseguró que no se perdería ni un cabello de la cabeza de ninguno de ellos. No sólo se salvarían, sino que saldrían ilesos. Después, sentó ejemplo tomando una hogaza de pan, dando gracias a Dios delante de todos ellos y comenzando a comer. Al ver esto, los doscientos setenta y cinco restantes tomaron valor, se sintieron inspirados por la esperanza, y comieron también.

El naufragio (27:38-44)

Y ya satisfechos, aligeraron la nave, echando el trigo al mar. Cuando se hizo de día, no reconocían la tierra, pero veían una ensenada que tenía playa, en la cual acordaron varar, si pudiesen, la nave. Cortando, pues, las anclas, las dejaron en el mar, largando también las amarras del timón; e izada al viento la vela de proa, enfilaron hacia la playa. Pero dando en un lugar de dos aguas, hicieron encallar la nave; y la proa, hincada, quedó inmóvil, y la popa se abría con la violencia del mar.

Entonces los soldados acordaron matar a los presos, para que ninguno se fugase nadando. Pero el centurión, queriendo salvar a Pablo, les impidió este intento, y mandó que los que pudiesen nadar se echasen los primeros, y saliesen a tierra; y los demás, parte en tablas, parte en cosas de la nave. Y así aconteció que todos se salvaron saliendo a tierra.

Después de que todos quedaron satisfechos con la comida, tiraron el trigo por la borda para que subiera la línea de flotación del barco. Esto los ayudaría a acercarse más a la orilla.

Cuando llegó la luz del día, no reconocieron aquella tierra. Sin embargo, lograron ver una ensenada y decidieron que si podían lograrlo, harían que el barco encallara en la playa que tenía. La bahía de San Pablo, tal como se la llama hoy en día, corresponde exactamente a las cosas relatadas en este capítulo.

Cortaron las anclas y las dejaron en el mar, porque esto también aligeraría el barco. Al mismo tiempo, largaron también las amarras del timón, izaron al viento la vela de proa y enfilaron hacia la playa.

En lugar de alcanzar la playa, llegaron por accidente a un lugar situado entre dos mares; un canal poco profundo y estrecho. La proa de la nave encalló en fango y arcilla, mientras que la popa comenzó a abrirse por la violencia de las olas.

Entonces los soldados hablaron entre sí, y su decisión fue matar a los prisioneros, no fueran a fugarse nadando. No obstante, como el centurión quería salvar a Pablo, evitó que llevaran a cabo sus propósitos. Después mandó que todo aquel que supiera nadar, saltara primero al agua para llegar a tierra. Los demás les siguieron, unos en tablas (tomadas del barco) y otros en cualquier cosa que pudieran hallar que flotara. De esta forma, todos llegaron sanos y salvos a tierra. Sin embargo, tal como lo había advertido Pablo, el barco se perdió por completo.

Comentario a Hechos de los Apóstoles

Capítulo 28

El Señor le había asegurado a Pablo que debía ir a Roma. También le había prometido que le daría las vidas de los doscientos setenta y cinco que estaban con él a bordo de la nave. Había cumplido lo que le prometiera.

Milagros en Malta (28:1-10)

Estando ya a salvo, supimos que la isla se llamaba Malta. Y los naturales nos trataron con no poca humanidad; porque encendiendo un fuego, nos recibieron a todos, a causa de la lluvia que caía, y del frío. Entonces, habiendo recogido Pablo algunas ramas secas, las echó al fuego; y una víbora, huyendo del calor, se le prendió en la mano. Cuando los naturales vieron la víbora colgando de su mano, se decían unos a otros: Ciertamente este hombre es homicida, a quien, escapado del mar, la justicia no deja vivir. Pero él, sacudiendo la víbora en el fuego, ningún daño padeció. Ellos estaban esperando que él se hinchase, o cayese muerto de repente; más habiendo esperado mucho, y viendo que ningún mal le venía, cambiaron de parecer y dijeron que era un dios. En aquellos lugares había propiedades del hombre principal de la isla, llamado Publio, quien nos recibió y hospedó solícitamente tres días. Y aconteció que el padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre y de disentería; y entró Pablo a verle, y después de haber orado, le impuso las manos, y le sanó. Hecho esto, también los otros que en la isla tenían enfermedades, venían; y eran sanados; los cuales también nos honraron con muchas atenciones; y cuando zarpamos, nos cargaron de las cosas necesarias.

Después de llegar sanos y salvos a tierra, supieron que la isla se llamaba Malta (de la palabra fenicia o cananea Melita, "refugio"). Se hallaba al sur de Sicilia y sus habitantes eran descendientes de colonos fenicios que probablemente hablaban un dialecto estrechamente relacionado con el hebreo.

A través de todo este pasaje. Lucas les llama a los naturales, bárbaroi (bárbaros). Esto no quiere decir que él pensara que eran personas degradadas o incivilizadas. Para los griegos, todo extranjero que no podía hablar su idioma era un bárbaro. Posteriormente, les dieron un poco de participación a los romanos, al incluir entre los bárbaros a los que no pudieran hablar griego ni latín.

Es fácil ver que los ciudadanos de Malta eran buenas personas, aunque no podían hablar griego. Su humanidad fue más allá de lo ordinario. Encendieron una fogata y les dieron la bienvenida a todos aquellos doscientos setenta y seis extranjeros que se habían salvado del naufragio. Debido a la lluvia y al frío, aquella fogata fue un acto de gran bondad y debe haber parecido una señal de bienvenida para todos los supervivientes del barco.

Poco después. Pablo recogió una buena brazada de ramas secas y las echó al fuego. El calor hizo huir a una víbora que había sido recogida con la leña, y el animal se prendió de su mano (es decir, lo mordió). Muchos escritores hacen ver que no hay víboras en Malta hoy en día. Sin embargo, como es una isla pequeña, sus habitantes pudieron exterminarlas después de la época en que Pablo estuvo allí.

Cuando los malteses vieron que aquel animal mordía a Pablo, dedujeron precipitadamente que Pablo debía ser un asesino y que, aunque pudo escapar ileso del mar, la justicia no lo dejaría vivir. Al hablar de la justicia, es posible que tuvieran en mente su diosa pagana de la justicia.

Pablo se limitó a sacudirse la víbora en el fuego y no sufrió daño alguno. (Vea Lucas 10:19; Marcos 16:18.) La gente del lugar habían visto otras personas mordidas por aquella misma clase de víboras, así que esperaban que Pablo se hinchara o cayera muerto de repente. Durante largo tiempo esperaron y lo observaron, pero no le sucedió nada anormal. Entonces, cambiaron de manera de pensar y dijeron que era un dios.

En las cercanías había unas propiedades (tierras, campos) que pertenecían al hombre principal (el gobernador) de la isla, cuyo nombre era Publio. Este los acogió con bondad y durante tres días les dio hospedaje con amistosa solicitud.

Entonces sucedió que el padre de Publio cayó en cama, enfermo de fiebre (fiebres periódicas) y disentería. Pablo entró a verlo, oró por él, le impuso manos y Dios lo sanó. Después de esto, el resto de los habitantes de la isla que tenían enfermedades, venían y eran sanados.

Podemos tener la seguridad de que Pablo se mantuvo ministrándoles durante los tres meses de invierno que siguieron. Como consecuencia de esto, los isleños honraron abundantemente a Pablo y a sus amigos (probablemente con ayuda monetaria para que pudieran permanecer vivos durante los meses de invierno). Cuando Pablo y sus acompañantes se hicieron a la mar en la primavera, pusieron a bordo las cosas que necesitaban para el viaje. Todo parece indicar que sus provisiones no eran sólo para Pablo, sino para los doscientos setenta y seis náufragos.

La llegada a Roma (28:11-16)

Pasados tres meses, nos hicimos a la vela en una nave alejandrina que había invernado en la isla, la cual tenía por enseña a Castor y Pólux. Y llegados a Siracusa, estuvimos allí tres días. De allí, costeano alrededor, llegamos a Regio; y otro día después, soplando el viento sur, llegamos al segundo día a Puteoli, donde habiendo hallado hermanos, nos rogaron que nos quedásemos con ellos siete días; y luego fuimos a Roma, de donde, oyendo de nosotros los hermanos, salieron a recibirnos hasta el Foro de Apio y las Tres Tabernas; y al verlos. Pablo dio gracias a Dios y cobró aliento. Cuando llegamos a Roma, el centurión entregó los presos al prefecto militar, pero a Pablo se le permitió vivir aparte, con un soldado que le custodiase.

El resto del viaje a Italia tuvo lugar en otro barco de Alejandría que había invernado en Malta, probablemente en el excelente puerto de La Valletta. Su enseña eran los llamados Discuri o Gémini (los hijos varones de Zeus, esto es. Castor y Pólux, quienes en la mitología griega eran los hijos de Zeus y Leda y eran considerados patronos de los marineros).

El barco hizo escala de tres días en Siracusa, en la parte oriental de Sicilia. Desde allí, fue costeano alrededor (de virada contra el viento) hasta Regio, en la punta de la "bota" italiana. Después de un día, el viento cambió y les llevó sólo un día más llegar a Puteoli (actualmente Pozzuoli) en la bahía de Nápoles. En aquel lugar encontraron hermanos cristianos que les rogaron que se quedaran siete días y lo lograron. Se ve claramente que el centurión que era responsable por Pablo reconocía que Dios estaba con él y no se oponía a ninguno de sus deseos.

Desde Puteoli, siguieron hasta Roma por tierra, tomando el famoso camino romano llamado Vía Apia. En el Foro de Apio (el pueblo-mercado de Apio), 43 millas romanas (63,6 kilómetros) al sur de Roma, y nuevamente en el poblado de Tres Tabernas (Tres Tiendas), a unas 33 millas romanas (48,8 kilómetros) de Roma, salieron a recibir a Pablo delegaciones de creyentes romanos y los acompañaron a él y a sus amigos de vuelta a Roma en una procesión cuyo número de integrantes le habría dado esplendor a la visita de un monarca. En realidad, la costumbre cuando un emperador visitaba una ciudad, era que sus habitantes salieran a su encuentro y lo escoltaran hasta la ciudad.

Cada vez que las delegaciones se encontraban con Pablo, deben haber tenido un momento de aclamación y regocijo. Todo esto era una sorpresa inesperada. Cuando los vio, le dio gracias a Dios y cobró aliento. Con toda seguridad, Dios le daría un ministerio en Roma, como él deseaba (Romanos 1:11, 12). Aunque Lucas no lo mencione, también podemos estar seguros de que la iglesia había recibido la epístola a los Romanos, la había estudiado con gran aprecio y ya sentía como si conociera a Pablo.

En Roma, Pablo fue entregado al prefecto militar de la guardia pretoriana de Nerón. Sin embargo, se le permitió vivir solo, ligeramente encadenado por la muñeca a un soldado que lo custodiase. Como lo indica el versículo 30, pudo alquilar un apartamento y permanecer en él durante los dos años que estuvo en Roma. Lucas y Aristarco se quedaron también en Roma para ayudarlo durante este período (Colosenses 4:10, 14; Filemón 24). Por fortuna, el apartamento era suficientemente grande para que se reuniera un gran número de personas en él, como lo señalan los versículos 23-25.

Pablo se reúne con los líderes judíos (28:17-22)

Aconteció que tres días después. Pablo convocó a los principales de los judíos, a los cuales, luego que estuvieron reunidos, les dijo: Yo, varones hermanos, no habiendo hecho nada contra el pueblo, ni contra las costumbres de nuestros padres, he sido entregado preso desde Jerusalén en manos de los romanos; los cuales, habiéndome examinado, me querían soltar, por no haber en mí ninguna causa de muerte. Pero oponiéndose los judíos, me vi obligado a apelar a César; no porque tenga de qué acusar a mi nación. Así que por esta causa os he llamado para veros y hablaros; porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena.

Entonces ellos le dijeron: Nosotros ni hemos recibido de Judea cartas acerca de ti, ni ha venido alguno de los hermanos que haya denunciado o hablado algún mal de ti. Pero queríamos oír de ti lo que piensas; porque de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella.

Después de tres días, Pablo convocó (invitó a venir) a los dirigentes judíos a su apartamento. Varias inscripciones romanas antiguas nos muestran que había varias sinagogas judías en Roma en aquel momento. Después, Pablo les dijo cómo había llegado prisionero hasta Roma. Hizo resaltar su inocencia y les explicó por qué había apelado al César, teniendo cuidado de no lanzar culpa alguna sobre la nación judía (su pueblo) en general.

Sin embargo, el propósito de Pablo era hacer algo más que explicarles por qué se hallaba allí. Quería dar testimonio del hecho de que estaba sujeto con aquella cadena por la esperanza de Israel.

Los dirigentes judíos le contestaron que no les habían llegado cartas de Judea, ni nadie había traído reporte alguno sobre el juicio de Pablo, o hablado nada malo con respecto a él. Después, expresaron el deseo de oír lo que Pablo tenía en su mente.

No obstante, no les hicieron cumplido alguno a los cristianos, porque hablaron del cristianismo como de una secta contra la cual se hablaba por todas partes. La epístola de Pablo a los Romanos muestra que la iglesia de Roma ya estaba sólidamente establecida alrededor del año 57 d.C., y probablemente mucho antes. Es evidente que aquellos dirigentes judíos habían escuchado a sus críticos y nunca se habían molestado en investigar por su propia cuenta.

Pablo les predica a los judíos de Roma (28:23-28)

Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas. Y algunos asentían a lo que se decía, pero otros no creían.

Y como no estuviesen de acuerdo entre sí, al retirarse, les dijo Pablo esta palabra: Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo:

Vé a este pueblo, y diles: De oído oiréis, y no percibiréis; Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyeron pesadamente, y sus ojos han cerrado, para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y yo los sane. Sabed, pues, que a los gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán.

Los judíos fijaron una fecha entre ellos, y llegaron al apartamento de Pablo en número considerable. A los que llegaban, él les daba una explicación de lo que pensaba, dando solemne testimonio del reino

(gobierno) de Dios. Como siempre hacía en las sinagogas, usaba los libros de Moisés y de los profetas para enseñar el Evangelio y tratar de persuadirlos de que Jesús es verdaderamente el Mesías.

Continuó su enseñanza desde temprano en la mañana, hasta el anochecer. Algunos se convencieron. Es decir, creyeron y obedecieron al mensaje y la exhortación de Pablo. Otros no creyeron.

Como no se lograban poner de acuerdo con él, se marcharon, pero no sin que antes Pablo tuviera unas palabras finales. Les citó lo que el Espíritu Santo les había dicho a sus antepasados en Isaías 6:9, 10. Después añadió que la salvación de Dios había sido enviada también a los gentiles (una referencia a su propio llamado). Ellos (enfático) oirían (y obedecerían).

Dos años de oportunidades (28:29-31)

Y cuando hubo dicho esto, los judíos se fueron, teniendo gran discusión entre sí. Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento.

Esta no fue la última oportunidad de Pablo. Durante dos años enteros pudo predicar y enseñar abierta y libremente, y recibir a todos los que se llegaran a su casa. Aquello era una respuesta a su solicitud de oración, que había sido enviada a algunas de las iglesias que había fundado (Efesios 6:19, 20; Colosenses 4:3, 4). Hasta algunos de la casa del César se convirtieron (Filipenses 4:22). Es probable que esto sucediera a través del testimonio que los soldados convertidos le darían a toda la guardia pretoriana ("el palacio") (Filipenses 1:13).

Lucas deja de escribir abruptamente. Este libro carece de conclusión formal.

El libro de los Hechos se sigue escribiendo hoy.

Autor: Stanley M. Horton -Editorial vida- ISBN 0-8297-1305-0
